

*La nueva vida
de
Jimena*



Ariadna Baker

*La nueva vida
de
Jimena*

Primera edición.
La nueva vida de Jimena
Ariadna Baker.

©Septiembre, 2020.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[EPÍLOGO](#)

Capítulo 1

Y te levantas un buen día y te das cuenta de que nada tiene sentido, que no puedes vivir encerrada llorando las penas por mucho tiempo y que a mis veintiséis años era joven, necesitaba vivir, quería volver a ser feliz...

Me estoy refiriendo a que una no está poseída por el espíritu de David Bisbal, y por tanto, lo de "*lloraré las penas...*" debía quedar en el baúl de los recuerdos.

Lo había pasado muy mal cuando mi novio me dejó por otra, de la noche a la mañana, después de diez años de relación. Comenzamos cuando yo solo contaba con quince y me dejó con veinticinco, sin esperarlo, cuando acabamos la carrera. Así de premio, un premio que no me supo a gloria sino más bien a cuerno quemado, me explico...

Lo peor de todo es que lo hizo una noche por mensaje y a la mañana siguiente ya lo habían etiquetado en una foto, una chica abrazada a él diciendo que era su príncipe azul de esos que no destiñen y por supuesto que él le contestó que ella era el amor de su vida. Cero tacto, cero empatía, cero respeto...

Me quedé en shock y debí maldecir en arameo y en otras lenguas hasta entonces desconocidas para mí. No era para menos, pues además de ser lo más humillante que me había pasado en la vida, nuestros amigos en común, todos lo tenían de contacto en la red y lo vieron al igual que yo, así que imaginad, todo el mundo preguntándome por algo que ni yo sabía, que me había cogido tan de sorpresa como a ellos, esos que luego me dieron de lado.

Así que de la noche a la mañana me quedé más sola que la una, esa era la realidad; compuesta y sin novio y con los que hasta entonces consideraba mis amigos riéndoles las gracias a la parejita de moda. Una auténtica delicia de esas que o te matan o te hacen más fuerte, porque otro camino no ves.

Esa mañana comenzaba a trabajar, era mi primer día, había culminado con éxito la carrera de Periodismo en junio y ahora a finales de octubre tenía por fin el puesto que tanto deseaba y por el que había luchado y encima en mi revista favorita. Dicen que "la suerte es loca y a cualquiera le toca" y debía ser que la providencia quiso recompensarme con algo más que con un par de cuernos de esos bien puestos. Menos da una piedra, qué se le iba a hacer...

Mi vida no había sido fácil, mis padres murieron dos años atrás, yo no tenía hermanos, estaba sola, primero Dios se llevó a mi padre en un accidente laboral y luego a mi madre a los seis meses de esa maldita enfermedad que no quiero ni nombrar. Bueno digo Dios como podría decir lo que quiera que haya allí arriba o el mismo universo, porque cuando pasan esas cosas una no sabe ya qué creer ni a qué agarrarse, esa es la única verdad, verdadera.

Tuve que armarme de valor y no puedo negar que emocionalmente Pablo, mi ex, me ayudó mucho. Lo cortés no quita lo valiente y el hecho de que luego se convirtiera en un gusano miserable no es óbice para que reconozca que en ese momento lo hizo como si fuera un hombre, cosa que más tarde él solito se encargó de poner en tela de juicio.

Yo me quedé en mi casa, de todas maneras, pues la había recibido en herencia, al igual que los ahorros de mis padres y aquella indemnización por el accidente laboral, así que salí adelante con

el alma rota de dolor, pero prometiendo acabar esa carrera que tanta ilusión le hacía a mis progenitores y a mí, que para eso la había escogido.

Si hubiera querido ser astronauta, estoy segura de que mi padre y mi madre me hubieran llevado de la manita a la misma NASA, pues menudos eran ellos en lo tocante a mi futuro. Para ambos no había una hija mejor en el mundo y hubieran hecho el pino puente con tal de que yo me hubiera convertido en aquello que deseara. Y lo que yo deseaba por encima de todas las cosas era ser una periodista de pro.

Y luego vino lo de Pablo, así que imaginad que los dos últimos años de mi vida habían sido los más tristes y penosos desde que nací, pero hoy quería volver a renacer, sacudirme los hombros y comenzar una nueva etapa en la que comenzaría a cambiar todo. Es más, pasaría de ser “la depresiva oficial del reino” a ver todo con ilusión y solo necesitaba actitud, así que lo iba a intentar por todos los medios.

La tarea que tenía por delante no era moco de pavo y yo lo sabía, para lo que había echado mano de un arsenal de libros de esos de inteligencia emocional que prometían hacer de mí una personita más feliz que una perdiz en un período no demasiado dilatado de tiempo. Y en ello estaba.

Me tomé un vaso de agua en ayunas como cada mañana y después mi vaso de leche, ese que era el pan nuestro de cada día, mi madre siempre me decía que me había quedado en la época del biberón y tenía razón. No me gustaba el café, ni el Cola Cao, ni nada típico con lo que la mayoría del planeta desayunaba, eso sí, los té me encantaban de todas clases y sabores.

Ay, mi madre... No había día que no la echara de menos hasta decir basta. Cómo me costaba que el día echara a rodar sin ella; sin sus consejos, sin sus recomendaciones, sin su ayuda y sin esa sempiterna sonrisa que jamás de los jamases se borraba del rostro de la que yo consideraba la mujer más buena que había conocido.

Me cuidaba muchísimo, pero yo tenía curvas y cuando digo curvas, es que las tenía, un buen pecho, cintura plana, pero caderas anchas, nada de ser una niña fina, delgada de esas que no tenían ni que cuidarse, yo si me pasaba me ponía más redonda. Eso sí, no me desagradaba y fea no era, a pesar de no ser el estereotipo de mujer que hoy en día nos quieren inculcar.

En eso sí tenía suerte, las cosas como son, porque yo no soy de esas que se mueren por subirse al carro de la moda y, si lo que se lleva es la delgadez, me mato a lechuga hasta conseguir que la báscula marque lo que la sociedad diga que debe marcar. Yo siempre me he negado a ese tipo de sandeces y he lucido mis curvas con arte y salero.

Me miré al espejo, por un lado, por el otro, de frente, de culo y todo para ver que ese pantalón vaquero ajustado me quedaba bien y sí, me hacía bien mujerona; una camisa suave arriba de color marfil a juego con los tacones y un pañuelo en el cuello con un nudo hacia un lado, maquillada y lista para mi primer día de trabajo.

Me veía francamente bien, esa era la realidad, y el mejor complemento que podía lucir era un halo de seguridad que indicaba que estaba dispuesta a comerme el mundo, porque en lo tocante a dejar que fuera ese mismo mundo el que me comiera a mí, no estaba dispuesta.

En el ascensor me coloqué a la perfección la chaqueta roja, me quedaba muy bien a juego con el color de mis labios y es que me veía guapa, hacía mucho que no me arreglaba y me quitaba ese roete que me había acompañado los últimos seis meses, ahora no, mi melena lucía lisa y perfectamente planchada.

Se acabaron el look marujona y las ojeras esas que ya parecía que formaban parte de mi rostro. Hasta ahí había llegado la broma y era hora de coger el toro por los cuernos, no en sentido literal,

que tanto valor como para meterme a torero no había acumulado, pero sí en el ficticio.

Me dirigí a buscar el coche que lo tenía aparcado dos calles más atrás, era el problema de mi zona que había poco aparcamiento y siempre terminaba dejándolo a bastante distancia, por un lado, me venía bien para andar un poco, bueno realmente debería de andar bastante cada día, pero yo para eso era muy floja.

Sí, sí, lo reconozco, para algunas cosillas era más floja que un muelle guita y yo andar no es que anduviera demasiado y en lo tocante a correr... eso era cosa de cobardes, menos todavía.

Llegué al polígono donde estaban las oficinas de la revista, aparqué el coche y me dirigí a la entrada donde pasé la tarjeta que me habían asignado por la puerta y el acceso se abrió.

No puedo describir la sensación de alegría que percibía al hacerlo. ¿He dicho alegría? Bueno quizás fuera satisfacción, una satisfacción no exenta de nervios, eso sí, pero satisfacción, al fin y al cabo.

El jefe de equipo me esperaba en su despacho a las ocho para ponerme al día, yo ni lo conocía, solo sabía que se llamaba Carlos y que era un estúpido, el grado no tenía ni idea, pero tocaba averiguarlo. Y seguro que a no tardar mucho. Recordé aquella frase tan típica de mi madre de “mal trago, pasarlo pronto” y me puse manos a la obra.

Me puse bien el pañuelo y toqué a la puerta, un “adelante” me hizo abrirla sonriente.

—Buenos días, soy Jimena, la nueva.

—Buenos días —su rostro reflejaba una seriedad que daba respeto, me señaló a la silla para que me sentara—. En tu despacho tienes los artículos que hay que preparar para la columna, cada uno de ellos te da las directrices de palabras orientativas que debes de hacer y el grado de formalidad que le debes dar a cada uno.

—Entendido.

—Cada día tiene que estar todo el trabajo listo antes de irte.

—Claro.

—Y por supuesto, tienes que revisarlo mucho ya que no puede ir con ningún error ortográfico.

—No se preocupe por eso, creo que no he tenido faltas de ortografía ni de pequeñita.

—Claro que me preocupo, soy el responsable de que esta revista funcione como lo lleva haciendo desde que me asignaron este puesto.

—Lo entiendo.

—Bueno, pues que tengas un buen día.

—Igualmente.

Me levanté y me fui conteniendo el aire, todo lo que tenía de guapo lo tenía de imbécil y no tenía ni idea de cómo se trataba a una persona, quizás por eso estaba en la revista pues mandaba al punto de la información para sacar los mejores titulares y sin importarle a quién se llevara por delante.

Carlos era justo la típica persona que yo consideraba que estaba en el mundo porque tenía que haber de todo, pero qué le iba a hacer, tampoco podía pretender que todos los que estuvieran en la redacción fueran de mi gusto. Además, yo estaba allí para trabajar y no para crear una “chupipandi”, así que era mejor que pensara en ponerme a trabajar codo con codo con cada uno de mis compañeros, con independencia de que unos me cayeran mejor y otros como el culo.

Me dirigí a mi despacho y saludé a dos compañeras que levantaron su mano, pero siguieron hablando, por lo visto todos iban a pasar de mí, que buen recibimiento en mi primer día de trabajo. A ver si los que me iban a caer como el culo iban a ser la mayoría, jolines vaya un comienzo.

Justo antes de entrar observé cómo otras dos compañeras me miraban de arriba abajo y hablaban entre ellas ¿No les gustaba mi cuerpo o qué diantres pasaba? Madre mía que era mi primer día y ya me daban ganas de irme por donde había venido, pero no, ya no iba a permitir más sufrir por los demás; ya estaba bien, estaba asqueada de una sociedad donde no amaban de verdad, donde un físico delgado prevalecía ante todo y donde cualquier jefe se pensaba que te podía tratar por encima del hombro.

Me estaban poniendo a caer de un burro y todavía no me conocían, menuda panda de desgraciados, pero yo a lo mío; no podía dejar que aquello condicionara lo que yo había ido a hacer allí y que no era otra cosa que trabajar.

Me senté en mi despacho después de colgar el bolso y la chaqueta, me coloqué el pelo detrás de la oreja y comencé a leer todas las directrices de los artículos que tenía que hacer. No eran pocas y aquello requería grandes dosis de concentración, pero de eso tenía yo para dar y regalar. A mí no me iban a amilanar así como así, eso lo tenía más claro que el agua.

Escribí uno por uno y los revisé mil veces, ni la media hora del desayuno utilicé, la pasé ahí disfrutando de relatar unos buenos artículos que no dieran malos comentarios sino todo lo contrario, que causaran una muy buena impresión. Se iban a enterar todos esos de lo que valía un peine, o mejor dicho, de lo que valía Jimena.

A última hora se lo envié al jefe de equipo, al señor simpático, esperaba que me contestara algo en contra de ellos, pero ni para bien ni para mal dijo nada. Mejor así, los americanos siempre han dicho que la falta de noticias, son buenas noticias, de modo que lo interpretaría de ese modo y santas pascuas.

Salí de las oficinas con la sensación de que todas hablaban a mi espalda, los chicos se veían más simpáticos y me saludaban amablemente, pero las mujeres... Qué pena que seamos entre nosotras mismas las que nos hagamos esas cosas.

Mis amigos eran los amigos de mi ex, los teníamos en común y cuando él me dejó al final terminaron dejándome de lado, quedaban con él y su nueva pareja, realmente todos tenían parejas y salíamos así por lo que imagino que fue más fácil estar a su lado que al mío que estaba sola, pero bueno, ya me había acostumbrado a sentir la soledad como única compañía.

Estaba comenzando a llover y el día se vestía de gris, para colmo era viernes, mi primer día de trabajo y ya me iba de fin de semana, la verdad que mejor, tenía que canalizar esas sensaciones tan feas que había tenido ese día y es que me había sentido el patito feo de la oficina.

Compré el pan y me fui para mi casa, aquel lugar en el que me sentía segura ya que era como mi burbuja ante la vida.

Encendí la calefacción, me puse el pijama y calenté el puchero que dejé preparado y cocí un poco de arroz.

Comí llorando, así de tonta era, se me saltaban las lágrimas, tenía pena, me pareció muy feo que nadie me hubiera dedicado una sonrisa de mis compañeras y que me miraran como un bicho raro y encima el jefe, ese chulesco que no tuvo ni una leve sonrisa para recibirme.

Tras comer con esa tristeza, recogí la cocina y me tumbé en el sofá a ver la tele con una mantita, esa era mi vida, manta, sofá y soledad, pura diversión.

Así me pasé toda la tarde con esa pena que me ahogaba, pero me repetía a mí misma que yo era más fuerte que todo eso y que me tenía que levantar y reconducir mi vida, tenía que salir la chica alegre que fui un día, la que era feliz con cualquier cosa y disfrutaba de lo que tenía sin necesidad de necesitar mucho más.

El sábado por la mañana me propuse a mí misma irme a andar un poco, pasear por la ciudad

disfrutando de comprar el pan, alguna que otra cosa y no a la prisa como siempre hacía, nada de unos leggins y un abrigo de cualquier manera, me tenía que arreglar, creer más en mí y ver la vida de una forma muy diferente a la que lo hacía hasta ahora.

Un mono vaquero estrecho con un jersey marrón de cuello alto, a conjunto con las botas altas que me había puesto, además de una chaqueta en color crudo, una cola alta y un poco de maquillaje y como la Martirio me tiré a la calle.

Entré a la panadería y la chica me saludó sonriente.

—Jimena ¡Qué guapa estás!

—Gracias, bonita, esos son los ojos con los que me miras.

—No, es que estoy acostumbrada a verte bajar con los leggins y la sudadera o un chándal directamente.

—Es verdad —sonreí—. Quiero dos bollitos rústicos y hoy me voy a dar un caprichito, dame aquella ensaimada.

—Di que sí, no podemos estar siempre privándonos.

Me despedí de ella y salí con la bolsa en la mano, pasé por delante de una floristería y oye, me apetecía vestir el salón un poco alegre, así que entré y pedí que por favor me preparan un ramo de centro como el que tenía delante de mí y es que era como de flores silvestres y unos ramilletes verdes que le hacían un contraste muy divertido.

Subí a casa y lo coloqué, dejé el pan y me volví a ir a la calle, la mañana la iba a aprovechar a pesar de estar el día más gris que mis últimos dos años.

Me fui andando una de las calles más animadas los fines de semana, llenas de bodegas, era muy bonita y mira, me paré en un barril de esos que había en la terraza techada, además había unas estufas de esas para el exterior.

Me pedí una copa Moscatel, no era de beber, pero bueno, esa tenía un sabor acaramelado y una entraría bien, además para el frío venía de escándalo.

—Perdona ¿Eres Jimena? —preguntó un chico desde el barril de al lado y al mirarlo y al que estaba con él también, una luz se iluminó en mi cabeza.

—¿Pedro y Jorge? —respondí preguntando boquiabierta.

—Los mismos —respondió Pedro sonriente y acercándose a saludarme.

Me dijo que me pusiera con ellos y eso hice. Eran dos compañeros míos del instituto, hacía por lo menos siete años que no los veía, pero me pusieron al día rápidamente. Por fin unas caras amables, a ver si era una señal del destino de que me iba a cambiar la suerte.

Resultan que eran pareja desde hace por lo menos diez años, en el instituto lo llevaban a escondidas y nadie nos dimos cuenta de que ellos dos tenían algo, es más, yo recuerdo que siempre bromeábamos por lo guapísimos que eran los dos y lo siguen siendo, todo sea dicho.

Yo les conté cómo terminé con Pablo y se pusieron la mano en la boca, primero porque no se imaginaban que hubiéramos durado tanto y menos aún ese desenlace.

Se habían acabado de comprar un apartamento y cuál fue mi sorpresa que era en mi bloque, no me lo podía creer y más saber que ellos eran los culpables de esos ruidos de taladro y una mudanza que fueron dos días de no parar el ascensor, me había quedado helada.

Se les veía muy felices y compenetrados, hacían una pareja espectacular, dos guapetones, eso sí, de lo más pijos.

Jorge trabajaba en un supermercado de una empresa nacional bastante conocida y estaba de encargado, Pedro era decorador de interiores, les iba bien profesionalmente, ambos trabajaban para terceros y estaban fijos.

Hoy Jorge tenía el día libre y Pedro nunca trabajaba los sábados, así que habían decidido salir a tomar algo y comer por ahí, cosa que me dijeron a modo exigente que yo también me iría a comer con ellos.

Hacía tanto que no me iba a comer con alguien que me hizo hasta especial ilusión y más con ellos que en el instituto nos llevábamos muy bien.

Charlamos mientras tomábamos las copas y lo mejor de todo es que sonreí muchas veces y solté más de una carcajada cosa que era de agradecer pues hacía mucho que no lo hacía.

De allí nos fuimos para un restaurante de piedra donde había una gran chimenea y te hacían la comida a la brasa.

Nos pedimos una tabla de surtido de carnes, al lado con unas patatas fritas panaderas, era una pasada cogían casi toda la mesa, de ahí podíamos comer cinco personas.

Pedro y Jorge eran unos chicos muy finos, educados, correctos, pero con ese punto de ironía y broma que te hacía reír constantemente, eso sí, a pijos no había quién los ganara y como pareja era un diez.

—Ahora atenta con las orejas —me dijo Jorge.

—Atenta estoy —sonreí.

—A partir de ahora te van a quedar clara las reglas para triunfar en la vida. Lo primero, el lunes vas a ir al trabajo y aunque te miren de arriba abajo, tú dientes, dientes como la Pantoja, eso es lo que más jode.

—Dientes, dientes —murmuré asintiendo.

—Segunda regla y la más importante —dijo esta vez Pedro—. A los jefes cuanta más indiferencia, mejor te tratan —me hizo un guiño.

—Yo solo quería trabajar —se me formó el gesto de asco.

—Recuerda, dientes, dientes.

—Jorge si yo hice eso ayer, pero de verdad, es que aquello parecía un juzgado y yo ya me veía en la soga.

—Pues a partir de ahora vas a ir allí y con el tiempo te quiero de vuelta habiendo liderado la manada —dijo Pedro con su dedo y con contundencia.

—Lo intentaré —suspiré anhelando sentirme segura y sin que nada me afectara.

—No, eso no es actitud, lo vas a hacer, intentar es no estar segura y tu lo estás.

—Acabo de salir como quién dice de llevar seis meses con la cabeza bajo la almohada, creo que demasiado que ya fui a trabajar, hoy estoy comiendo con ustedes y eso para mí es haber avanzado demasiado.

—Escucha, Jimena, a partir de ahora eres nuestra vecina aparte de amiga, nos vamos a convertir en tu sombra y te vamos a ver brillando en felicidad, hasta te veo enamorada.

—¡Jorge! —protesté riendo—. Ahora mismo lo que más lejos quiero es el amor.

—¿Por un tonto que te engañó?

—Era mi novio.

—Era un desgraciado que no se merecía ni respirar, vamos, eso no es un hombre, eso es un canalla —decía sofocado Pedro.

Y tenían razón, no debía renunciar al amor por una mala experiencia, pero es que estuve tan acostumbrada a ese hombre que imaginar en otros brazos, con otra persona desconocida, empezando de cero, como que lo veía muy asfixiante, como que nada sería igual y no conseguiría la felicidad que encontré junto a Pablo pues a pesar de lo que me hizo yo fui muy feliz.

Me animaron mucho esa tarde en la que terminamos paseando y merendando en una pastelería,

luego nos fuimos a recoger y me dijeron que me pusiera el pijama y bajara a su casa, que veríamos una película y comíamos pizzas. No aceptaron un no por respuesta.

Subí a mi casa, me duché, me puse el pijama y bajé a su piso, me recibieron con un pijama igual cada uno, me eché a reír, eran de lo más graciosos.

El piso lo tenían precioso, muy parecido al mío que por cierto lo compramos tres años atrás cuando vendimos la otra casa y adquirimos este de nueva construcción, mis padres lo disfrutaron apenas un año.

Pedimos pizzas y no tardaron en traerla, nos la comimos en el sofá mientras veíamos una película de suspense, pero aquello parecía de humor ya que Pedro sacaba chiste de todo lo que iba pasando, yo no podía dejar de reír.

Me despedí de ellos a la una de la madrugada, me dijeron que ya no me podía deshacer de ellos, que me tenían vigilada, negué riendo y les di las gracias por el día tan divertido que me habían hecho pasar y no tardaron en advertirme que sería el primero de muchos.

Me acosté feliz, había sido un día de esos que te levantan la vida, que te devuelven las ganas de hacer cosas y de pasarlo bien, tenía claro que yo quería ser feliz y no volver a vivir en la más profunda tristeza.

El domingo a las diez sonaba la puerta de mi casa y al abrir me encuentro a los dos con un papelón de churros y un bote de chocolate recién hecho, me tuve que echar a reír, los hice pasar a la cocina y desayunamos ahí.

Al final hasta nos pusimos a preparar croquetas y un caldo para el mediodía, con ellos me sentía de lo más cómoda.

Después de la comida nos fuimos a su casa que se pusieron a preparar un bollo, yo de este fin de semana me tenía que pasar luego toda la semana a verduras, fijo que cogía un kilo y ya lo que me faltaba, ponerme más hermosa.

Y quién dice la merienda, dice la cena, ahí que terminamos comiendo una ensalada para limpiar todo lo que habíamos comido el fin de semana, pero tal como cené me fui a descansar, al día siguiente trabajábamos los tres.

Pedro y Jorge me habían caído del cielo, algo me decía que iban a ser esos amigos que tanto añoré tener y es que no podía haber aparecido en mi vida mejor dúo que ellos.

Capítulo 2

Mi vaso de leche y lista para mi segunda jornada laboral.

Me había puesto monísima de la muerte, sí, estaba gordita, pero era guapa y no, las tontas de mi trabajo me iban a hacer sentir mal por ello, ese día iba con una metralleta de ego con el que pisotearía a toda la que me mirase mal.

Me sentía una nueva Jimena y se lo iba a demostrar a todo aquel que se me pusiera por delante, hombre ya estaba bien, ¿qué era eso de avasallar a las personas por su aspecto físico? Por suerte ya esas cosas debían estar más que superadas en cualquiera ámbito. Y si en aquella oficina eran unos trogloditas en ese sentido, yo iba a poner orden.

Hacía un frío de dos pares, había entrado de repente y ya se preveía que había venido para quedarse. Llegué tiritando, pero me hice la digna; signos de debilidad, los mínimos. Se iban a enterar esas de quién era Jimena.

Nada más entrar vi a la chica de recepción llamada Paola con Maca, otra compañera que llevaba la parte de cotilleos del corazón como le llamábamos a su sección, aunque todas eran así, lo que pasa que la mía era la intermedia, la parte más cuidada de esos personajes a los que se le respetaba más.

Por fortuna era así, porque a mí no me gustaba la pérdida de respeto a la que se veía sometido un nutrido grupo de personajes públicos por el mero hecho de serlo, no me parecía que hubiera derecho a eso. Yo era de las que consideraba que a la gente hay que tratarla de la misma forma que una quiere que la traten y el hecho de ser famoso no es suficiente para que el resto se crea con derecho a patalear tu imagen.

Me miraron de arriba abajo y os juro que no me pude contener, lo primero dientes, dientes, como me advirtieron el dúo y de seguido...

—Buenos días, chicas —sin quitar mi sonrisa de oreja a oreja—. Tengan una linda semana.

—Buenos días —respondieron con cara de estar amargadas, además de forma sincronizada y sin quitarme la vista de encima.

Me crucé con un compañero llamado Sebas de la sección de deportes.

—Buenos días, guapa —dijo con una preciosa sonrisa.

—Buenos días, Sebas —le devolví la misma.

Respiré, por fin alguien con una palabra agradable en la boca. Menos mal, porque si no yo iba a pensar que allí repartían los pepinos avinagrados antes de la hora de la entrada y algunos se los debían comer de tres en tres. Y digo lo de comer por no pensar todavía peor...

Entré a mi oficina y comencé el ritual, quitarme el abrigo, colgar el bolso, revisar todas las directrices de ese día y a trabajar, pues, aunque hubiera gente estúpida en mi trabajo yo estaba haciendo lo que quería y cuatro amargadas que me miraban mal no iban a quitarme la sonrisa de la cara, como decían mis amigos, dientes, dientes, ese era el lema.

El jefe apareció por mi oficina con esa cara de perro que no podía con ella ¡Qué tío más amargado! Menos mal que debía cobrar un pastizal, quién lo diría, como para que fuera un mileurista el muy inepto, era con una posición acomodada y no había forma de mirarle el hocico

por la mañana, vaya plan...

—Necesito hoy todo antes de la una —dijo dando dos golpecitos a la puerta.

—Lo tendrás —sonreí con amplitud.

—Te veo muy feliz —su tono era irónico.

—No tengo ningún motivo para no estarlo —seguí sonriendo.

—Antes de la una —me señaló con el dedo y se fue.

—Claro —respondí sin que ya me escuchara.

Lo mismo es que allí no solo pensaban que yo estaba gorda, capaces eran también de creer que estaba sorda. Y ni lo uno ni lo otro, que yo lo que estaba era más buena que el pan, para comerme con Nutella que dirían Jorge y Pedro. Ay, ellos sí que sabían levantarme la moral. Y en cuanto a lo de sorda, yo escuchaba a kilómetros, mejor que un elefante y no porque tuviera las orejas de Dumbo precisamente, que bien pegaditas que las tenía...

Y yo que me imaginaba unas oficinas llenas de buen rollo, compañerismo, apoyo y todo eso que debe ser que solo existe en mi imaginación ¡Qué asquito de todos!

Allí no era precisamente paz y amor lo que se respiraba, vamos que mis compañeros no sabían lo que era estar “in love con la vida” ni lo sospechaban, santa paciencia que tendría yo que echarle, aunque lo cierto es que esa era una de mis principales virtudes.

Velocidad es lo que cogí al escribir esos artículos que me iba saliendo bordados, así que veía que estarían a tiempo y eso me causaba tranquilidad. Yo era una buena profesional y lo iba a hacer valer. A mí no me iban a achantar los cuatro soplagaitas de turno que se paseaban por la oficina como pavos reales, es decir, el jefe y su cortejo de pelotas oficiales.

Sobre las diez de la mañana apareció Sebas por mi despacho.

—Te invito a un café.

—Lo acepto si es un té o vaso de leche —sonreí.

—Claro —me hizo un gesto de que fuera con él.

Yo tenía el trabajo avanzado e iba a estar en hora, así que me permití el lujo de irme con el compañero simpático y perder unos minutillos, esos que me correspondían de descanso. Creo que hasta debí suspirar por el camino pensando que al menos había quien se salvaba de la quema, porque allí la mayoría era para coger un soplete y mirar para otro lado.

—¿Llevas mucho tiempo aquí? —pregunté cuando salimos con los vasos en la mano hacia el exterior y que él pudiera fumar un cigarrillo.

—Tengo treinta y nueve años, llevo desde los veinticinco.

—Catorce ni más ni menos. ¿Y bien?

—Bueno, podría estar mejor si no fuera porque mi exmujer trabaja aquí y está de lo más chulesca, pero bueno, yo a mi ritmo —me hizo un guiño.

—Si no es mucho preguntar ¿Quién es tu exmujer?

—Paola...

—¿La simpática de recepción? —pregunté con ironía y él la pilló al vuelo.

—Esa misma —volteó los ojos.

—Me cae como el culo, no es por nada, pero es que cada vez que me ve me hace una visual con desagrado de arriba abajo.

—Es así desde unos meses antes de separarnos, se volvió envidiosa, prepotente, chulesca, no sé qué le pasó para cambiar tanto y eso que la cuidé y amé como a nadie. Pero ahora está como para hacer una rifa con ella y no quedarse con un solo boleto.

—Vaya...

—Y un día me dijo que ya no me amaba y que quería ser libre. Me rompió en dos, lo peor de todo es que se volvió mi mayor enemiga, nunca lo entenderé. Luego me enteré de muchas cosas, por lo visto yo tuve una venda bastante grande todo este tiempo. Así que no le hagas ni caso, te mire como te mire debes de ignorarla ya que se piensa que está por encima de todo el mundo, incluso por encima del bien y del mal te diría yo.

—Ya veo...

Sebas me parecía muy buena persona, un hombre con unos valores muy bonitos y me alegraba al menos poder haber compartido un poco de tiempo con alguien de ahí, en el fondo me jodía parecer la oveja negra de la empresa. A nadie le amarga un dulce y aquel escueto ratito me dio un poco de felicidad y de ánimo, pues allí el ambiente estaba enrarecido de narices.

Me acompañó a mi despacho y me dijo en tono gracioso que mañana volvería a por mí para repetir momento descanso y eso me encantó. Me sentí ilusionada y esperé que hubiera verdad en sus palabras, aunque no tardaría en comprobar si era así.

A la una menos cuarto ya los tenía revisados y enviados, así que me quedaba una hora por delante en la que aproveché para revisar lo del día siguiente, ya que también me lo habían dejado ahí.

Salí a las dos y me encontré de nuevo a Maca y Paola, me miraban con una cara de desprecio impresionante, ni siquiera se habían tomado la molestia en intentar conocerme.

—Hasta luego, guapas —eso con mi amplia sonrisa a lo dientes, dientes.

Ni adiós, solo un gesto de “chao” y calladas como arpías sin dejar de mirarme, eso sí, yo recta, hombros hacia atrás y contoneo de mis hermosas caderas.

Les dieran por saco a todos, menos a Sebas, ese me caía genial, menos mal que yo tenía un despacho para mí sola y me centraba en mi trabajo, gracias a eso me olvidaba del mundo así que misión cumplida y listo.

Me monté en el coche y puse música a toda voz, mi cabeza tenía que desconectar de la actitud de los demás y como me prometí a mí misma, yo iba a ser feliz.

Aparqué y escuché mi nombre justo antes de entrar al bloque. Miré hacia arriba y era Pedro; el solete de Pedro, qué alegría.

—Sube a mi casa y esperamos a Jorge que hice de comer una fabada riquísima.

—No te preocupes —reí.

—No me preocupo, ve a ponerte el pijama y te espero.

—Está bien —reí.

Ellos en ese sentido eran como yo, era entrar a su casa y quitarse la ropa y es que no había nada mejor que ponerse cómodos, eso sí, mis pijamas eran muy graciosos, divertidos y cómodos, de esos finitos porque como tenía la calefacción se estaba de lujo.

Hombre, que una cosa es que una bajara en pijama y otra muy distinta que lo fuera a hacer con uno de esos llenos de pelotillas que usa la gente. Una tenía reservada su parcelita de glamour y yo en lo tocante a mi ropita, tanto de calle como de casa, siempre había sido muy primorosa.

Bajé a su casa y me crucé a un vecino por las escaleras que sonrió al verme en pijama y es que yo me debería de haber puesto un abrigo o algo, pero bueno tampoco iba en bragas, no pasaba nada. Quien no quisiera ver, que mirara para otro sitio, esa iba a ser mi consigna a partir de entonces.

Nos pusimos a tomar un refresco y le conté mi día de trabajo, me felicitó por haberme aplicado lo de los dientes, dientes y le encantó que un compañero me hubiera sacado un rato de mi despacho.

Jorge llegó a las tres y veinte. Me dio un beso y lo tuve que poner también al día, se reía con mi forma de contarle, la verdad es que no me iba a agobiar por personas que eran indiferentes para mí y más cuando ni siquiera se habían preocupado de darme la más mínima conversación.

—Yo me cuelo cualquier día en tu trabajo y la lío, a miradas no hay quién me gane —decía Pedro poniéndose la mano en la frente—. Por cierto, el tal Sebas ese me cae ya bien por haberte tratado así. Ese tío promete, parece que se viste por los pies.

—Es un encanto, además tiene un lado de lo más seductor —me ruboricé al decirlo y se echaron a reír.

—Pues mira, quién sabe...

—Jorge, por favor —volteé los ojos riendo.

—A ver si te vas a creer que te vas a quedar para vestir santos, tú tienes que encontrar a tu media naranja, ya el limón lo tuviste, así que a espabilar.

—Jorge tiene razón.

—Ya, pero solo es un compañero de trabajo.

—Todo comienza así, además mira Pedro y yo, de compañeros de clase a pareja ¿Cuál es la diferencia?

—Ya, pero no sé, no me veo yo ni siquiera a la altura de ese hombre.

—¿Pero ¿qué dices, muchacha? ¿Tú te has visto lo sensual y bonita que eres? No me hagas hablar, ¿eh?

—Bueno, con esos kilitos de más que me sobran.

—Pero los tienes bien repartidos y eres preciosa, una hermosa mujer que muchos hombres quisieran tener.

—Pues no veo las colas.

—Normal, hija, si llevas seis meses encerrada en la cueva ¿Qué quieres ver? Como no hubiera subido el butanero, pero encima tienes gas ciudad, así que posibilidades cero...

—Creo que no estoy preparada para el amor —solté una carcajada y los dos se echaron a reír mientras negaban.

La fabada estaba riquísima y la verdad que era un chute de felicidad comer con ellos con los que tomé el café y ya me subí a casa, quería poner unos lavados y limpiar un poco, además ese día me quería acostar bien temprano.

El martes me desperté una hora antes de que sonara el despertador y es que entre la limpieza que le había dado a la casa y la madrugada para trabajar, caí en sueño profundo antes de las diez y media de la noche, así que ahora estaba arreglándome con tiempo y pensando en lo que me depararía este nuevo día.

Lo primero que me vino a la cabeza fue la imagen de Sebas, sonreí al recordarlo ¿Estaba tonta o qué? A ver si al final iba a terminar babeando por ese hombre...

¡Quita, quita! Para enamorarme estaba yo...

Además, seguro que en la última mujer que se fijara del mundo era en mí ¿O no? Vaya por Dios, el cacao que me estaba metiendo de buena mañana en esta cabecita que no dejaba de pensar.

Jersey de cuello alto en blanco, un vaquero de esos que parecían que te habían hecho una liposucción y que andabas como las muñecas de Famosa de lo apretada que iba, unas botas altas de tacón cuadrado negras como el abrigo corto que escogí para ese día.

Me vía guapa, eso o que mi espejo engañaba mucho, pero me veía bien.

Cogí el coche, cuando conducía me venía a la mente mi padre que es el que lo compró para la casa y el que más lo cogía. Cuánto lo echa de menos.

Yo tenía una tía por parte de mi padre, mi madre no tenía hermanos, pero la hermana de mi padre vivía, además que apenas tenía cincuenta y cinco años ¿Y dónde estaba? Pues con su marido, así le decía yo en bromas, Ana que así se llamaba se casó con Dios y vivía feliz en un convento en el pueblo de al lado y algún que otro fin de semana aparecía por mi casa con pasteles hechos en los hornos del convento.

Eso sí, feliz era mi tía como un regaliz, y nunca mejor dicho, pues con el hábito parecía eso o un pingüino o qué sé yo... siempre le hacía bromas al respecto y ella, aun riéndose, me decía que no ofendiera a Dios a lo que yo solía contestarle que mucho miedo no me daba que ya como no me despeinara, no sabía qué más podía pasarme.

Mi tía era lo único que quedaba en mi vida con mis lazos sanguíneos y de una forma u otra me daba rabia de que fuera monja, me hubiera encantado tenerla de una forma más cercana y aunque ella si yo la llamaba estaba la primera, la echaba en falta de otra manera más corriente.

Llegué a las oficinas echando de menos a todos en cierto modo, mis padres por no estar y a ella, por estar, pero de aquella manera, pero los amaba a los tres con todo mi corazón.

Hombros rectos, caderas andando con seguridad bajo ese embudo que era el jean que llevaba ese día y dientes, dientes, que es lo que les jode.

Paola y Maca no sé cómo se las apañaban, pero siempre estaban juntas y cotilleando ¿Les regalaban el sueldo? ¿Se tiraban al jefe? Ni idea, pero eso normal no era. Capaces eran los tres de hacer un trío, porque feeling debían sentir, que para eso parecían estar cortados con la misma tijera; en concreto con la de tener un palo o una varilla de un paraguas ensartado en el culo. Tuve que contener la risa al imaginármelos a los tres como una brocheta.

Unos buenos días con mi amplia sonrisa y andando como una modelo mientras sus miradas se recorrían cada parte de mi cuerpo, ni contestaron, un gesto con la cara y esa cara de envidia, sí, pues yo podría tener unos kilos de más, pero tenía una cara de felicidad que ya las quisieran ellas y ojito con la Paola, que desde que sabía que era la ex de mi mejor compañero, ya la tenía más tirria aún.

Me crucé a Carlos por el pasillo y sus buenos días sonaron a tristeza más que a mala leche, me dieron hasta ganas de preguntarle que si estaba bien, pero miedo me daba, con lo borde que era capaz de decirme que a mí qué me importaba.

Entré al despacho y tenía una nota en pos-it sobre mi pantalla.

“Ten un buen comienzo de mañana, tenemos una cita en el descanso”

Joder, mi cara, esa que no gesticulaba, que miraba incrédula aquella nota y no sabía si aquello parecía una declaración, un recordatorio, o una muestra de cariño. Lo de tenemos una cita me sonó tan...

¡Mierda! Era una nota como la que cualquier compañero le pondría a otro, que empieza el día bien y que luego nos tomábamos un té o un café en su caso. Qué paranoia me estaba haciendo por algo tan simple, una nota sin más.

Bueno no, que lo mismo todo el mundo no diría tenemos una cita, yo hubiera dicho luego nos vemos en el café, yo que sé, al final tenía una rayada de cabeza que ni yo me aclaraba.

—Tengo un cotilleo —dijo entrando Sebas y cerrando la puerta. Me hizo gracia esa entrada.

—Cuéntame —murmuré en bajito apretando los dientes.

—El jefe, que la cagó —se puso la mano en la boca y con su pierna cruzada se echó hacia atrás dejándose caer en el sillón.

—Estás tardando en contármelo —puse el gesto pensativo.

—Por lo visto estaba liado a escondidas con Maca.

—¿La de cotilleos del corazón? ¿La que se junta con tu ex?

—Es misma —se echó a reír.

—¿Y por qué te ríes tanto?

—Te cuento, es que resulta que Carlos está casado.

—Y le está siendo infiel con esa...

—Peor aún, que la dejó hace un mes diciendo que no quería seguir haciéndole eso a su mujer, pero resulta que la cosa se lio a lo bestia.

—¿Se enteró la mujer?

—Ni idea, pero Carlos se ha enterado que sí que dejó a Maca, pero preñada... —comenzó a reír aplaudiendo lentamente y yo...

¡Muerta! Con la boca abierta y flipando en colores, vamos que me daban una hostia ahora mismo y seguía sin gesticular ¡La había preñado! Y estaba casado.

—¿Y ahora qué?

—Ya nos enteraremos, tengo a Isa la de gestión que me lo cuenta todo y encima es amiga íntima de Maca, me entero de todo antes que nadie y como ella sabe que no cuento nada, pues mira, al día que estoy.

—Pues a mí me lo has contado —dije a carcajadas.

—Bueno, es que a las demás las conozco y son todas unas cotillas, pero tú eres diferente, así que te tendré al día de todo.

—O sea, Isa te mantendrá informado a ti y tú a mí. Mola, voy a tener información privilegiada —asentí con la cara.

—Así es —se levantó y dio dos palmadas en la mesa—. Luego vengo a por ti que tenemos una cita —me hizo un guiño y se fue.

¿Y ahora qué? ¿El guiño también se lo hacía a todas? Y lo de que no contaba nada hasta que aparecí yo ¿qué? ¿Eso también se lo decía a todas? Y venir a contarme el cotilleo...

¡Estaba loco de amor por mí! Ah no, tampoco me podía venir tan arriba que luego la caída será apoteósica. ¡Concéntrate y trabaja! Me di un golpecito en la cabeza y quise quitar a ese hombre de mi cabeza y hacer lo mío que me veía la hora encima y al capullo de mi... ¡Ni pensar que ya lo tenía frente a mí!

—Jimena, que te quería decir que a última hora te dejo todo hasta el viernes aquí, me tomaré unos días.

—Claro.

—Me lo sigues mandando todo a mi correo a última hora, yo los iré revisando y cualquier cosa te escribo.

—Por supuesto.

—Hasta luego.

—Hasta luego.

Uy que mal estaba ese hombre, no parecía al que conocí días atrás con esa altivez que le habían quitado de un plumazo, pobre la que le quedaba por lidiar, hasta en el fondo me daba pena.

Me concentré en el artículo e hice uno precioso, para ser el primero me había quedado genial, pero antes de comenzar el segundo apareció el de la cita.

Salimos sonriente para fuera y nos encontramos a Maca con Paola charlando ¡Vaya novedad! Saludamos sonriente y nos miraron con esa cara de que tal como cogiéramos la esquina nos iban a poner a parir ¡Qué problema!

—Ya me pitan los oídos —bromeó Sebas por lo de que ya nos estarían criticando.

—Y a mí y a mí —reí.

Cogimos su café y mi té, nos salimos ya que Sebas decía que en el único momento que fumaba era con el café o tomando una copa de vez en cuando.

Yo nunca había fumado ni tenía pretensión de hacerlo, pero me parecía bien que él no abusara de ese vicio tan feo y si solo era con el café, pues seguro que lo disfrutaba.

Yo no lo conocía con los demás, pero conmigo era de lo más divertido, humilde y buena persona del mundo, tenía algo tan bonito en sus modales y en su forma de ser que cautivaba, tenía un carisma impresionante.

Me reí en ese ratito un montón y se me pasaron los minutos volando, hasta me dio un poco de rabia no haber tenido más tiempo para seguir charlando con él.

Cuando salí a las dos estaba Sebas saliendo también y me acompañó hasta el coche donde estuvimos charlando un ratito, era tan mono...

El regreso a casa lo hice con una sonrisa que no se me quitaba de la cara y con la sensación de que estaba ahora en un momento tan bonito que sería ese comienzo a todo lo que yo deseaba y que no era otra cosa que el de ser feliz.

Me encontré en la puerta a Jorge que iba a recoger a Pedro e iban a comer por ahí, me estaba esperando para convencerme e ir con ellos, pero yo estaba loca por ponerme el pijama y tirarme la tarde en el sofá ya que el día anterior no pude por limpiar.

Realmente la limpieza fuerte la hacía los sábados por la mañana, pero claro, como me tiré todo el fin de semana con estos, pues no hice ni el huevo.

Esa tarde la pasé de relax y la verdad es que me vino genial, descansé bastante y ya hasta tenía ganas de comenzar un nuevo día.

El miércoles fue buenísimo pues llegué a las oficinas y estaba Maca con una cara asesina que dejaba entrever que algo le había pasado seguro y Paola consolándola, ni me miraron, me ignoraron y ya, vamos más o menos como los días anteriores.

Ni una hora y ya estaba Sebas sentándose frente a mi muerto de risa y había cerrado la puerta.

—Traes cotilleo —dije entre risas.

—Peor aún, traigo una bomba —se reía poniendo la mano en su boca.

—Suelta —reí.

—Resulta que Carlos se sinceró ayer con la mujer y encima intentando buscar su perdón.

—¿Tendrá morro? ¿Qué quiere que le perdone una continuada infidelidad con bombo incluido? A lo que hay que añadir que del dinero familiar saldrá el pago de manutención a ese niño, que es normal y lo tienen que pagar, pero que ella se lo va a comer con papas sin haber hecho nada.

—Pues eso quería, pero no, la mujer lo echó ayer mismo de la casa y se tuvo que ir de momento a casa de sus padres, con cuarenta años que tiene el tío.

—Pues dinero tiene para comprarse algo o irse a vivir de alquiler.

—Sí, dinero tiene, pero tan precipitado de la noche a la mañana...

—Se lo mereció por tonto.

—Evidentemente.

—¿Y con Maca qué?

—Pues no la quiere ni ver...

—Pero es la madre de su futuro hijo, se va a tener que joder hasta que el niño tenga dieciocho años.

—Ya, pero por lo visto anoche la llamó y le dijo que por su culpa la mujer lo había echado y que no la quería ni ver en pintura, que su abogado negociará con ella la manutención y los días que

le toca para tener al niño.

—Qué frío todo.

—Ahora ella dice que no quiere que él vea al niño cuando nazca y que no deja el trabajo porque lo necesita, pero por lo visto quiere una guerra legal con él. Además, Carlos no es el dueño de la empresa, aunque sí el máximo jefe, pero si la pone de patitas en la calle a él le puede caer un puro legal por usar su poder para joderla y más estando su hijo de por medio.

—Ya, ya, es todo un marrón.

—Bueno me voy a trabajar, luego tenemos una cita —me hizo un guiño y desapareció.

Pues vaya, otra cita con ese guiño de ojo, qué bien me lo ponía.

Me parecía de lo más fuerte aquella historia que había en la oficina y el marrón que tenían estos dos por un desliz de él y un consentimiento de ella, ahora el resultado era aquel bebé que venía en camino y que no tenía culpa de nada e iba a tener que aguantar a dos padres que estaban en plena guerra y que no había ni la más mínima empatía entre ellos. Qué locura todo.

Hasta que volvió Sebas a por mí avancé un montón y salimos al mismo ritual de cada mañana, eso sí, pasando por delante de Paola y Maca que nos miraban con un asco impresionante, pero tanto Sebas como yo, dientes, dientes, que era lo que le jodían.

Hacía un frío impresionante y nos reímos por ello, todo por un cigarrillo, pero bueno se merecía que le acompañara en ese momento y ahí estaba yo como una campeona temblando de frío a pesar de tener el abrigo puesto.

Volvimos a entrar y ahí seguían, vamos que parecían que el trabajo de ellas se hacía solo, pues siempre que pasaba por aquel rincón estaban las dos.

Me puse a mi trabajo, a la una y pico ya tenía todo enviado, así que a repasar para el día siguiente hasta que fueran las dos en la que salí flechada al coche ya que había comenzado a llover a mares.

Pedro me dijo por la ventana que subiera un momento a su casa, así que hice una parada en su planta y me salió con una ollita con puchero.

—Toma cariño, con la que está cayendo te vendrá bien y en este tarro hay una docena de croquetas del puchero, hoy trabajo de tarde así que estuve toda la mañana cocinando.

—Gracias, guapo, si te digo que por la mañana se me olvidó descongelar uno que tenía en mente... Yo me paso todo el otoño e invierno a pucheros —reí—. Ahora lo que me has hecho inmensamente feliz es con las croquetas, aunque para mi culo es malo —resoplé.

—Para mañana tengo un guiso de carne con papas, así que pasa por aquí —me hizo un guiño.

—Joder, déjame que me resuelva sola, que parece que vengo a un comedor social —resoplé riendo.

—¿Y? Si tengo que cocinar de todos modos, ya nos mandará tú alguna de tus comidas.

—No lo dudes.

—Pues eso, mañana te espera el guiso —me hizo un guiño.

Le di un beso en la mejilla y subí para mi casa. La verdad es que el haberlos reencontrado después de tantos años y tenerlos ahí como el mayor de mis regalos, era algo que no esperaba por nada del mundo y que era como una bendición del cielo.

Estaba delicioso, es que cocinaban muy bien y la verdad es que yo también, el haberme visto sola sin mis padres fue un tropiezo con la realidad y me tuve que espabilar en muchos sentidos, aunque es verdad que mi madre me enseñó un poco de todo.

Esa noche antes de dormir recibí un mensaje que no me esperaba y ni siquiera tenía su número.

Sebas: Te recuerdo que mañana tenemos una cita, mientras tanto, descansa bonita.

Joder, joder, joder, ¿eso también era normal entre compañeros? Ya empezaba mi cabeza a dar vueltas mientras miraba la foto del WhatsApp que por eso descubrí sin leerlo de quién se trataba.

Él sabía que yo lo había visto así que algo tenía que contestarle, pero ¿qué le decía buenas noches y que sueñes con los angelitos? Ay que yo ya no me acuerdo ni cómo se ligaba...

Jimena: Buenas noches, compi. No deberías de estar despierto a estas horas jajaja

Bueno una bromilla así que no sonara a mal.

Sebas: Ni debería de estar pensando en ti.

Toma ya ¿y ahora cómo se interpretaba eso? Heladita me había quedado, vamos no respondía ni muerta, así me matasen. Me ardía hasta la cara del calor que me había entrado.

No volvió a ponerme más nada, pero a mí me dejó los ojos un buen rato como un búho.

El jueves fui un poco nerviosa ya que ahora verlo me iba a poner más tonta que todas las cosas y no quería que se diera cuenta.

Sobre las nueve apareció todo feliz por mi despacho y se sentó.

—Buenos días, roba sueños. —Así tal cual, sin vaselina.

—Buenos días, exagerado —sonreí ruborizándome y me quería morir de la vergüenza.

—¿Exagerado? ¿Yo? Me quedo corto ¿Un té?

—Claro —reí negando y me levanté para poner el abrigo.

Iba andando que me temblaba el cuerpo, yo solo había estado en mi vida con Pablo y desde los quince años, nunca me había visto en una así y era como que me superaba, no sabía reaccionar.

Sebas estaba muy bromista y de repente me soltó una bomba.

—Este fin de semana te estas ganando que te invite a comer a un restaurante en el campo que es una pasada, es rural y está en un entorno inmejorable.

—Suenan muy bien.

—Adjudicado, el sábado me pones ubicación que te recojo a la una.

—Vale —reí nerviosa, no me lo podía creer, tenía una cita, pero de verdad con Sebas y la verdad es que me hacía especial ilusión.

Me pasé el resto de la mañana pensativa, sonriendo ¿me estaba quedando pillada por mi compañero de trabajo?

Se lo conté a Pedro cuando fui a por el guiso y se puso a chillar de la emoción que lo tuve que mandar a callar porque iba a sacar a todos los vecinos.

Mi amigo era más exagerado que el cine y ya me estaba imaginando vestida de novia, tenía una imaginación prodigiosa, yo es que me partía con él.

La tarde la pasé echa un manojo de nervios, era como un chute de vitalidad el que me había entrado al saber que comería con él en un par de días.

Al día siguiente como siempre vino a buscarme para tomarnos algo en un descanso y no paraba de hablarme del lugar al que me iba a llevar, estaba emocionado, se le notaba y las mujeres para eso somos muy rápidas en notar cuando a ellos les gustamos.

Ese viernes comí con los chicos, ya que se lo había prometido, así que subí a ponerme el pijama y bajé junto a Pedro mientras esperábamos a Jorge.

Estaban tan emocionados como yo y no dejaban de repetirme que le dijera de quedar todos para ir el domingo a tomar un moscatel en la bodega y tapear algo.

Yo no sabía si sería capaz de decirle eso, vamos que me moría de la vergüenza, pero todo dependía de cómo me cogiera en ese momento. Mi experiencia en esos lares era nula y no tenía ni idea de cómo iba a reaccionar.

Me subí a casa antes de la cena y eso que me insistieron en que también la hiciera con ellos,

pero ya estaba cansada y llevaba ahí desde las dos de la tarde. Además, yo era bastante prudente y lo último que quería en el mundo era causarles una molestia, aunque no parecía que fuera el caso, ni mucho menos.

En casa me preparé un sándwich mixto y me fui a la cama tal como lo comí, quería levantarme temprano ya que había cogido cita a las diez en la peluquería para que me hicieran las uñas y me peinaran.

Justo cuando ya estaba cogiendo el sueño me llegó un mensaje.

Sebas: Descansa y sueña conmigo, los angelitos ya están sobrevalorados. Mañana tenemos una cita a la una. Buenas noches, preciosa.

Preciosa y todo, yo es que no entendía cómo podían haber dejado a un hombre así, lo tenía todo y encima simpático.

Jimena: Pobres angelitos, qué te harían para que los trates así, con la de noches que me acompañaron. Sueña bonito y descansa. Hasta mañana.

¿Demasiado cursi el sueña bonito? Joder, yo me comía el coco con todo y es que no podía estar, había puesto lo que me había nacido y ¿no era bonito escribir tal como uno lo siente? Pues sí, aunque yo reconozco que me retraía mucho a la hora de contestar.

Capítulo 3

Las nueve y ya estaba yo saliendo de la ducha, me tomé mi vaso de agua, mi leche y un pan crujiente con una locha de jamón cocido.

Llegué a la hora que tenía la cita y rápidamente me pasaron al lavado, luego me cortaron un poco las puntas antes de peinarme, que por cierto me dejaron con mucho volumen y el pelo precioso.

Me hicieron las uñas a la francesa en permanente, me quedaron preciosas mis manos y es que yo tenía mis uñas muy cuidadas, herencia de mi madre que siempre las tenía intactas. Miré el resultado y de hecho las mías me recordaron mucho a sus manos. Lo que hubiera dado la pobre por verme feliz e ilusionada ese día, qué injusta era a veces la vida.

Antes de las doce estaba lista con lo cual me dio tiempo a pasar por una tienda en la que había visto un precioso vestido negro de lana en el escaparate y ese día merecía un caprichito así que me lo di. Ya estaba bien de tirar de fondo de armario, a partir de ahora me dedicaría a ir de trapitos cada vez que tuviera la ocasión, qué leches...

También pasé por una tienda de lencería y me compré unas medias en negras bien tupidas, hacía mucho frío y tenía que llevarlas bien abrigadas, además que me iba a poner unas botas altas. Yo no era de pasar frío por estar guapa, tonterías las precisas. Creía firmemente que el ir comfortable y arreglada era compatible y era más, no le veía la gracia a llevar la cara descompuesta por ir tiritando como en la comunión de Pingu.

Me preparé y a la una menos cinco ya sonó un mensaje como que estaba debajo, iba de negro entera así que me puse el abrigo hasta la rodilla en color blanco, ese me lo regaló mi madre que lo compró en el Corte Inglés y me lo había puesto muy pocas veces.

El contraste resultaba precioso y yo me sentí francamente segura. Resoplé al salir como para afianzar esa seguridad que tanto necesitaba y que por fin parecía que iba encontrando en mi aspecto. ¿Quién decía que para estar guapa debía tener la cara chupada como un pirulí?

Me monté en su coche y no tardó en decirme que estaba muy guapa, así que los rubores salieron y noté cómo ardían mis mofletes que debían estar rojos como tomates. No lo pude evitar y eso que me había prometido que la seguridad tendría que acompañarme toda la noche, pero claro, del dicho al hecho... ya se sabe.

Salimos en dirección a la sierra, el paisaje otoñal entre aquellas carreteras era una pasada y Sebas me iba comentando todo el tiempo la de veces que se había recorrido estas carreteras para hacer turismo rural, algo que le encantaba.

Si algo se notaba es que no era una persona superficial para nada y eso (que también me ocurría a mí) le hacía ganar puntos. Yo no me veía con una persona de esas que viven de cara a la galería y que hacen del postureo una especie de religión. Sebas se veía un chico de lo más natural y eso me fascinaba.

Me hubiera quedado horas escuchándole, aunque procuraba no hacerlo con cara de lerda. Al fin y al cabo, yo sabía de mi falta de experiencia y de que mis sensaciones se podían notar de lejos, pero otra cosa es que las fuera a enmarcar en un cartel luminoso.

Increíblemente paramos ante una casa preciosa transformada en restaurante, pero con un encanto de esos que te dejan boquiabierto, era una preciosa, con un salón con una chimenea que cogía toda la pared, era de lo más acogedor.

Me sentí francamente bien desde que pusimos los pies allí, por no hablar del delicioso olor procedente de los platos de los comensales que ya estaban dando buena cuenta de ellos. Y eso que era temprano, pero daba la sensación de que aquel, por su calidad, debía ser un sitio de esos que se pone de bote en bote y que es mejor visitar antes que después para no tener que afrontar las temidas esperas.

Pedimos los dos refrescos, él tampoco era de beber mucho y como tenía que conducir decía que no se fiaba de tomar algún vino.

Nos pedimos dos chuletones de esos a la brasa que te salen dos lagrimones y antes nos pusieron unos panes tostados con alioli que eran pecado pero que no te podías resistir, un sabor inmejorable.

Si íbamos a pecar, mejor hacerlo bien y no se me ocurría otra manera mejor. Bueno, en el fondo tampoco soy tan inocente y sí que se me ocurría alguna que otra manera, pero corramos un tupido velo porque eso todavía estaba muy lejos de entrar en mi cabeza en ese momento.

Sebas comenzó a contarme que no solía salir mucho desde que se separó pero que ya poco a poco fue cambiando el chip y comenzó a hacer cosas, más o menos me sentía identificada en muchas con él.

Nada como encontrarte con alguien que sepa ponerse en tus zapatos para sentir que la empatía ha llamado a tu puerta y que puedes hablar de cualquier tema sin miedo a ser juzgada. Quien ha compartido tus miedos conoce bien a tus demonios y esa era la sensación que tenía yo con Sebas.

No reímos un montón cuando trajeron el chuleton y es que con uno podríamos haber comido los dos perfectamente, aquello no era grande, era exagerado. Era uno de esos chuletones que salían en los dibujitos animados de los Picapietra y que imaginas que hay que levantar del plato con una grúa.

Desde el interior veíamos llover tras los cristales y de fondo la naturaleza en su estado más salvaje, aquello era un lugar de esos denominados con encanto y es que se lo tenía merecido con creces.

Sebas no podía haber hecho una mejor elección, que sin duda era el fruto de la sensibilidad que emanaba y que el pobre había desperdiciado a raudales con la mequetrefe de su ex, que no debía tener perdón del cielo. Mandaba narices que siempre se les hiciera daño a las buenas personas, pero es que claro, quienes no tienen escrúpulos parece no escoger parejas sino víctimas de sus fechorías.

Estuvimos charlando todo el tiempo sobre gustos musicales, viajes que yo realmente es que no había salido de España pero que era algo que tenía en mente. Y es que a esas alturas ya tenía claro que si algo te abre la mente es viajar y esperaba tener ocasión de poderlo hacer próximamente, que ya estaba bien de fantasear con las experiencias de los demás.

Sebas había hecho algunos viajes con Paola, me estuvo hablando de muchas ciudades que le impresionaron y algunos lugares a los que tenía que volver. Yo lo escuchaba embobada, era un tipo que daba gloria escucharlo, además de que era lo más humilde que había conocido, no le gustaba hacer gala de nada y mucho menos llamar la atención.

Él hablaba de su matrimonio con muy buenos recuerdos, como decía, prefería quedarse con lo bueno que con lo malo, de lo contrario viviría enfadado constantemente y no era la paz que él buscaba entonces, tenía muchísima razón, de alguna manera a mí me pasaba lo mismo con Pablo.

Dicen que una manera de conocer a la persona que tienes enfrente es valorando su opinión sobre aquellos que han pasado por su vida y el hecho de que Pablo no hablara mal de Paola era otro indicativo de su alta calidad humana.

Los chicos comenzaron a enviarme mensajes de que lo del día siguiente no dijera nada ya que había dado mucha lluvia, pero que lo podía invitar a la casa de ellos y comer ahí los cuatro, me eché a reír al leerlo y se lo tuve que enseñar a Sebas que se echó a reír, yo ya le había hablado de ellos.

Dicho esto, me daba corte ofrecérselo abiertamente, pero me apetecía muchísimo, esa era la realidad.

Me quitó el móvil y les contestó que ahí estaríamos, yo me eché a reír mientras negaba, pero me encantaba esa su forma de ser. Ea, ya había resuelto él solito la situación y no podía haberlo hecho de mejor forma, porque pensar que también compartiríamos unas horas al día siguiente me hacía sentir de lo más feliz. Y, a juzgar por su rostro, a él también.

—Mañana tenemos otra cita —se encogió de hombros, decía mientras movía el café.

—Eso parece —reí negando.

—Pues mira que completito el fin de semana, hasta me va a dar pena cuando se acabe.

El día estaba horrible cada vez llovía más y le dije que se viniera a merendar a mi casa, antes pasamos por una pastelería que me bajé corriendo a comprar dulces y él me esperó en doble fila.

Sebas había pagado la comida y ahora me quería dar el dinero de los pasteles, pero me negué en rotundo, compré una buena bandeja, sabía que al día siguiente me iba a arrepentir de ingerir tanto azúcar, pero es que un día era un día.

Ya intentaría yo bajar ese exceso de calorías como fuera, pero la ocasión la pintaban calva y era hora de darse un capricho dulce, pues la falta de sol no invitaba a otra cosa. Visto así, no era mi culpa...

Subimos a mi piso y mientras yo me cambiaba él se puso a preparar su café y mi té, yo entré a cambiarme pues no aguantaba estar vestida en casa, me puse unos leggins de algodón negros y una camiseta del mismo color de mangas cortas, el negro hacía más delgada y hombre, una quería parecer más estilizada. Me vi favorecida y eché una sonrisita.

Salí a la cocina y me dijo de tirarnos un selfie con los pasteles delante, me encantó porque puso el móvil con temporizador al final de la mesa y los pasteles delante de nosotros, así que salió un primer plano de ambos agachados con la cabeza a la altura de los dulces y la foto quedó de lo más chula.

¿Estábamos pasteando? Pues parecía que sí, y nunca mejor dicho, qué encanto de chico era y qué bien me sentía yo compartiendo el tiempo con él. Parecía que había caído del cielo. Bueno, del cielo no, mejor de la oficina, que ya se sabe eso de “santo que mea, maldito sea”.

La subió a su Instagram y los corazones no dejaron de aparecer en ningún momento, no es que fuera influencer ni nada por el estilo, pero por su carrera periodística tenía una legión de seguidores.

Me daba la sensación de que a Sebas le pasaba como a mí, había vivido mucho tiempo en relación y tuvo un tiempo ahora en el que estaba muy perdido y encontrándose a sí mismo, pero conmigo parecía pasarlo genial y mira, al final como que todo va fluyendo y al final pues terminas rodeándote de gente nueva o del pasado, como en el caso de mis vecinos.

Ni cinco minutos pasaron desde que subió la foto y ya Paola había contestado con un post, Sebas me lo enseñó riendo y negando.

Había puesto una foto de su mano con la de otro hombre y una frase que decía...

“Mientras una elige con quién, otros se conforman con cualquiera”

¿Eso iba por mí? ¿Me había llamado cualquiera? Resoplé internamente, la niñata esa no me conocía todavía, pero estaba a un tris de hacerlo.

—Cualquiera que no sea ella —dijo Sebas riendo—. Esta es la chica de la que no me enamoré, es una desconocida que hoy en día me da repulsa, cualquiera dice, no entiende de clases.

—Bueno, ni me preocupa, precisamente no permito que de personas como ella me influya nada.

—Bueno —se puso detrás de mí y me cruzó con su mano, con la otra tiró una foto mientras besaba mi mejilla.

Me puse roja como un tomate y cogió sin dudarla y la subió, puso un estado.

“No sabía con la intensidad que podía brillar un día hasta que te conocí a ti”

—Te has pasado —reí.

—En absoluto, me he quedado corto —me hizo un guiño.

—De todas formas, no deberías ni de hacerle caso.

—No se lo hago, pero si piensa que puede ofenderte, yo le demuestro que puedo declararle la guerra —me dio un beso en la mejilla y nos fuimos al salón.

Y no, no tuvo la valentía de poner más nada, quizás por no ocasionar volverse a encontrar con otro post que no le gustara, de todas formas, esa mujer era horripilante y de esas que caen mal con solo mirarla, no entendía cómo podía vivir con esa actitud que debía ser de lo más agotadora con lo bonito que era sonreír a la vida y demostrar al mundo que nada había pasado.

Pasamos toda la tarde charlando en el sofá, riendo, hasta me hizo cosquillas y nos dimos un abrazo ¿Cómo me tomaba eso? ¿También lo era con todas? No, yo algo le gustaba y eso se notaba en su mirada y su forma de ser cuando estaba conmigo.

Por la noche pedimos pizzas, de nuevo invitaba él y no hubo forma humana de conseguir pagar yo, pagué los dulces y porque me escapé del coche por la lluvia mientras él se tenía que quedar en doble fila.

Me había gustado mucho pasar el día con él y cuando se fue me recordó lo de al día siguiente con los chicos ¡Ni que se me hubiera olvidado!

Estaba feliz, mi trabajo me encantaba y después de lo que había pasado, tener esa oportunidad laboral era para mí un mundo, a lo que había que añadir la aparición de los chicos y el conocer a Sebas, mi salvador en las oficinas, aquel hombre que me causaba una sonrisa tras otra y me hacía sentir que no estaba sola.

Me quedé mirando las dos fotos de Instagram que había subido junto a mí, me parecieron preciosas, yo tenía la aplicación, pero apenas subía nada, mucho menos fotos mías, pero bueno lo de él me encantó y verme ahí, pues me sacaba la mejor de mis sonrisas.

Me costó dormir de los nervios de felicidad que se formaban en mi estómago y es que hacía mucho tiempo que no me sentía en ese estado de ver todo tan positivo y bonito.

El domingo por la mañana a las diez el timbre de la puerta sonó y pensé que eran los chicos, pero no, era Sebas con un papelón de churros y dos vasos de chocolate recién hecho.

—Por favor —sonreí indicando a que pasara.

—Pensé que una mujer como tú, necesita un domingo un desayuno como este.

—Yo sí, mi culo no, pero me lo comeré —reí y le indiqué que pusiera todo sobre la mesa.

Esa maldita sonrisa que hacía volver loca a la mía así era la de Sebas, ese hombre que estaba teniendo detalles de esos que no recordaba, de todas formas, mi expareja no era así, era más soso que todas las cosas y ahora recordaba el post de esa chica al día siguiente de dejarme en el que lo etiquetó diciendo que era su príncipe azul, de esos que no desteñían...

Me gustaba mucho la condición de Sebas, un hombre nada prepotente, nada ostentoso, no era rico, obvio, pero su trayectoria profesional lo hacía tener un salario bastante desahogado, no una brutalidad y menos en los tiempos que corrían, pero sí para vivir cómodamente. Se notaba que no escatimaba en invitar a comer sin mirar el precio, pero por ejemplo tenía un coche normal, nada de esos de lujo, vivía según me había dicho en una urbanización de pisos nuevos, pero nada de unifamiliares y chalets, cosas que me gustaban ya que hoy en día la mayoría del planeta vivía por encima de sus posibilidades con tal de aparentar.

Mi ex era tremendo, sus padres le pagaban los estudios y todo, pero el tipo siempre tenía que llevar un reloj caro, a pesar de saber que eso a sus padres les ocasionaría el estar pagando varias letras, hizo que le compraban un BMW, cosas así que luego me di cuenta de que era todo un caradura y que le importaba más una marca que el vivir feliz y sin aparentar.

Sebas llevaba un reloj precioso de la marca *Festina*, una marca que cualquier persona puede adquirir sin necesidad de gastar una millonada, pero el reloj era una pasada, la esfera en tono celeste y azul brillante, la correa era de aluminio en color plata.

El coche era un monovolumen en negro de Volkswagen, que era un buen coche, pero no había tirado como la mayoría de los empleados por algo más ostentoso, no sé si me explico, pero que era un tipo normal y eso lo hacía diferentemente especial.

Estuvimos charloteando hasta las doce que bajamos a casa de los chicos y los presenté, se notó buen feeling entre ellos, aunque eso ya lo sabía yo.

Abrieron una botella de moscatel decían que si por la lluvia y el día tan feo que hacía no podíamos ir a la bodega, la bodega vendría a nosotros.

Por la cara de los chicos sabía que Sebas le caía genial, yo los escuchaba con ojos como platillos pues las burredas que decían bromeando era como si se conocieran de toda la vida, yo no podía dejar de abrir la boca y alucinar.

Al final terminé entrando en conversación con la ironía que me provocaban los tres en esos momentos y cuando mi ironía salía es que estaba realmente a gusto con la situación y así era.

El moscatel estaba buenísimo, lo saboreaba mojándome los labios, pero no le daba tragos, el alcohol y yo nos llevábamos fatal y es que nunca me emborraché ni me fui toda una noche de copas, salía, pero creo que era la única que bebía refrescos.

Sebas nos contó que sus padres tenían en la nieve una casa tipo cabaña de montaña y que nos podríamos ir a pasar el fin de semana siguiente, vamos, había acabado de soltar algo que puso a los chicos más que contentos pues no paraban de aplaudir felices.

El viernes era fiesta local, con lo que ninguno trabajábamos y el sábado lo tenía libre Jorge, así que perfecto, cosa que quedamos que saldríamos a la cabaña bien temprano y en el coche de Sebas, por el camino pararíamos a comprar comida y bebidas.

Bueno, la comida y la sobremesa todo era hablando de que llevaríamos para ese fin de semana, había nieve, pero chimenea y calefacción también, la cabaña por lo visto estaba totalmente equipada y en un entorno que nos dijo que nos sorprendería muy gratamente, según él decía que cuando se separó se iba muchos fines de semana allí a desconectar y lo conseguía.

Jorge hasta sacó un block para ir apuntando durante la semana todo lo que llevaríamos para el fin de semana, aquello parecía que nos íbamos de escapada por Europa, se nos notaba a todos de lo más deseosos, inclusive a Sebas que estaba acostumbrado a ese lugar, se le veía muy emocionado con irnos todos juntos.

Caía una que era monumental, se escuchaba llover tras los cristales del salón mientras contábamos anécdotas de nuestras vidas, ellos café en mano y yo con mi té.

Estuvimos juntos hasta después de cenar, esa noche pedimos comida al restaurante chino y la verdad es que fue un día increíble, todo el día charlando, riendo, de relax, en una tarde donde más que otoño parecía un duro invierno y es que el clima estaba desatado.

Me acompañó hasta la puerta de mi casa y me recordó dándome un golpecito en la nariz que al día siguiente teníamos una cita ¡Como si no lo supiera! Era lunes y tocaba trabajar, con ello tendríamos el rato de descanso que se había convertido en nuestra cita obligada.

Capítulo 4

Joder, cómo sonaba la alarma del móvil y a mí parecía que me había pasado un tractor por lo alto, no podía ni abrir los ojos y tenía un sueño monumental, era como si no hubiera descansado lo suficiente esa noche.

Me miré al espejo del baño y comprobé unas ojeras que me desagradaban bastante, resoplé mientras buscaba en la bolsa del maquillaje un corrector para ello y bingo, a cubrirlas para que no se notara. No quería volver a lo de tiempo antes, siempre ojerosa, aunque tenía que reconocer que ahora mis ojeras eran fruto de la felicidad y no de la pena.

Me maquillé suave con un poco de rubor brillante, no exagerado, pero le daba un toque ahí de lo más bonito, me gustaba como me había quedado, ya iba mejorando la cosa desde que me desperté y vi esa cara que casi me asusto de mí misma.

Aquella situación me hizo recordar una bonita anécdota de cuando era niña. Yo iba a acudir a la fiesta de Halloween del colegio y llevaba puesta una máscara fantasmagórica. Al entrar con mi madre en el ascensor y verme reflejada en el espejo, se ve que no recordé mi disfraz y pegué un salto de un metro hacia atrás, del susto que me llevó. Jamás olvidaré las risas que se echó mi madre ese día, cómo resonaban en todo el edificio, qué alegre era y qué ejemplo de vida tan bonito me había dejado.

Me metí otro jean de lycra, pero de los de embudo, tuve que ir haciendo el pingüino por toda la habitación hasta conseguir colocármelo.

¡Mierda! Me notaba un poco más rellena, joder, qué trabajo me costaba mantenerme, qué asco de metabolismo y qué cansancio todo. Bueno, enseguida pensé en Sebas y en que a él no parecían molestarle en absoluto mis curvas y, si eso era así, ¿quién era yo para contradecirle?

No había tregua, aquel principio de noviembre era el anuncio a que iba a ser un invierno muy frío de esos que cuesta salir a la calle y solo te apetece quedar en casa, menos mal que teníamos planazo para el fin de semana ya que el tiempo decía que iba a estar peor aún ya que las temperaturas bajarían mucho más.

Sin embargo, la situación era contradictoria, porque por muy frío que se planteara el fin de semana, a mí me entraba un enorme calor solo de imaginarlo, fruto de los nervios y de una serie de extraordinarias sensaciones de las que Sebas era el causante.

Llegué a las oficinas y como siempre Paola y Maca, os juro que las envidiaba en esa jornada laboral tan suave que tenían ambas, no entendía cómo Carlos era capaz de aguantar esa situación, bueno lo comprendo porque como se acostaba con Maca, pues mira, se tuvo que comer muchas cosas así, en fin, qué locura todo.

Ni educación, ni leches, no pensaba saludar, ya estaba bien de que me tomaran por tonta, además después de lo que puso Paola en la red en respuesta a nuestra foto, la guerra se veía que estaba declarada. No iba a seguir fingiendo, que les dieran a las dos.

Me miraron y hasta carraspearon, por mí como si se ahogaban, vamos que no me iba a ayudarlas en ese caso, pasé de ellas, eso sí, dientes, dientes, cuerpo recto, hombros hacia atrás y solo me faltó sacarles el dedo. Eso sí, aunque no lo hice me imaginé dedicándoles mi mejor

peineta y reí para mí.

Cerré la puerta y me pegué atrás a resoplar, de verdad, era un trayecto el pasar por delante de ellas con tan malas energías que me encendía yo sola.

Dos golpes en la puerta me asustaron, ya que yo estaba pegada a ella, abrí y me sorprendí al ver a Carlos.

—Buenos días, Carlos.

—Buenos días, Jimena.

Me aparté para que pasara.

—¿Todo bien?

—Sí, muy bien —al menos no aparentaba ser ese ogro de los primeros días—. Tus artículos están teniendo muy buenos comentarios y estamos pensando ampliar dos diarios más.

—Me alegro mucho por vosotros —sonreí.

—Claro, lo queremos ampliar, pero siempre y cuando los hagas tú, que eres la que lo estás petando.

—Yo encantada, pero antes de la hora de la salida me sería imposible, no me importa quedarme dos horas más...

—No, te quería proponer que esos dos los hicieras en tu casa por la tarde y me los pasas por la noche por email, serían para colgarlos por la mañana en la página, así como los que haces por la mañana se cuelgan por la tarde como sabes. De todas formas, solo de lunes a jueves ya que el último de la semana sale el viernes.

—Perfecto, cuenta con ello.

—Por supuesto eso te lo pagamos aparte, por artículo y plus por horario extra.

—Gracias —sonreí.

—A la una de la tarde tendrás las directrices de ambas cada día y ya sabes, tienes hasta la hora que quieras para enviarlos, yo lo revisaré a las siete de la mañana cada día.

—Vale.

—Otra cosa, el viernes como sabes no se trabaja, pero he pensado que serán muchos días sin la sección ¿Sería posible que me hicieras poco a poco dos para colgarlos el viernes sobre las nuevas modas a las que se apuntan los famosos?

—Sí, cuenta con ella, no hay problema.

—También se te pagará aparte —sonrió y se fue.

Joder la primera vez que le veía sonreír, eso sí, ya me había jodido de lunes a jueves por la tarde, aunque a mí como siempre me sobraba una hora lo haría en la oficina y el resto en mi casa, encima iba a cobrar por artículo aparte, eso aumentaría considerablemente mi nómina y la verdad es que me venía bien, no es que con lo que ganara fuera asfixiada, pero así ahorraría un poco más.

De lo de mis padres aún me quedaban un dinerito, pero lo quería dejar guardado para cualquier cosa que me pudiera surgir, ahora viviría con mi sueldo que conociéndome me sobraría bastante ya que yo no era derrochona.

Observado desde esa óptica, todo eran buenas noticias y más si tenía en cuenta que el jefe parecía súper contento con mi trabajo, por lo que no estábamos hablando de una cuestión de aumento salarial únicamente.

Sebas me mandó un mensaje diciendo que tenía un cotilleo pero que me lo contaría en la cita, así que yo sabía que iba sobre Maca y Carlos, el qué en un rato lo averiguaría.

Ya estaba ávida de noticias, me estaba aficionando a marchas forzadas al cotilleo de la oficina, como no podría ser de otra forma...

A la hora del descanso vino a por mí, las chicas cómo no charlotteando en el pasillo, si es que ya les tenía un asco por flojas e irresponsables que me carcomía por dentro.

Cogimos las bebidas y nos pusimos fuera bajo el techo que siempre teníamos como costumbre.

—Carlos no está al final en casa de sus padres, un amigo de él le vendió este fin de semana su apartamento, mientras que preparan la firma en notaria ya le dio la llave.

—Pues nada eso se llama independizarse y ya le tocaba, que es mayorcito —me reí.

—Y lo peor de todo es que no quiere hablar con Maca más que a través de los abogados y todo por el tema del bebé para firmar un acuerdo. Lo más gracioso que la acusa a ella de ser la responsable de haber arruinado su vida, vamos ni que a él le hubiera puesto una pistola en la cabeza. Hace falta ser cínico también, qué gran verdad es esa de que “Dios los cría y ellos se juntan”.

—Hoy me trató sonriente, encima me dio trabajo extra para por las tardes.

—Joder pues sí que le has gustado, no creas que es nada fácil que se comporte así con los empleados. Tiene una fama de hueso duro de roer increíble, como ya habrás imaginado.

—Lo imagino, pero me dijo que tenían muy buenas críticas mis artículos.

—Sí, yo lo vi, además escribes muy bonito y limpio, me gustan tus artículos. No ha exagerado nada, créeme. Vales mucho, Jimena.

—¿Te los lees?

—Claro, no como otras que no se leen los míos —carraspeó haciéndose el despistado.

—Tienes razón, pero me da tanta pereza el deporte —reí.

—Pues eso, pobre marrón tiene Carlos y Maca que se pasa todo el día rascándose y luego envía todo a la prisa, está súper quemado.

—En fin, eso le pasa por meterse donde no le llaman y buscar lo que debería de valorar en su casa.

—Efectivamente.

Si algo tenía claro es que el karma era el encargado de poner todo en su sitio y a estos dos le estaba dando de lleno. Vamos que el karmazo que habían recibido en plena jeta lo tenían más que merecido, por creerse superiores a los demás.

Me encantaba Sebas, cada día más y es que no podía negarlo, me sacaba una sonrisa tras otra y se había vuelto ese confidente, amigo y persona que está ahí en todo momento, tomándote como preferencia.

Esa mañana me puse las pilas para no dormirme en los laureles y a la una ya tenía todo enviado, me puse la última hora con los dos de por la tarde ya que me lo había dejado en el correo.

Adelanté un montón y el primero casi lo dejé listo, en casa lo remataría, así que ese día dormiría una minisiesta y luego me pondría a ello un rato. Jolines, qué motivada me sentía y sabía que en esos Sebas tenía un peso específico.

Al día siguiente me puse de nuevo las pilas bien temprano, esa mañana solo me crucé a Paola y no a Maca, cosa que me pareció raro, pero bueno que ni miré a esta ya que, con mis dientes, dientes, ya se podía dar por saludada.

Sebas no estaba ese día ya que se iba a hacer una entrevista que había pactado con un jugador de fútbol, así que ni perdí el tiempo en salir a por el té, adelanté todo lo que pude lo de ese día por la mañana que lo envié antes de la una y lo de por la tarde que me dejé la mitad hecho.

No voy a negar que le eché de menos pero el adelantón que di me vino de perlas, que no es que me entusiasmara pasar toda la tarde trabajando, no era yo adicta al curro, aunque ni mucho menos

vaga como mis compañeras. Solo que cada cosa en su justa medida.

Cuando salí me fui a casa de los chicos a comer que me habían puesto un mensaje y habían hecho unas patatas con huevos rotos y jamón que yo no había comido en mi vida y la verdad que me sorprendió, los huevos y jamón rotos por encima le daban su punto. Qué mano tenían para la cocina y cómo me mimaban. Sin duda que la suerte me había cambiado.

Los chicos no paraban de decirme lo que le gustaba para mí Sebas y a mí que también me gustaba, pero realmente no sabía qué clase de sentimientos tenía él hacía mí, si como una amiga o como alguien con la que le gustaría tener algo más ¡Esa era la cuestión! La pregunta del millón, una pregunta cuya respuesta cada vez me intrigaba más.

Estaban locos de contentos con irnos el finde a la cabaña de la sierra y ya tenían hasta preparadas las bolsas con sus pijamas cuquis como ellos decían, eran tremendos.

Subí a casa pronto porque tenía que terminar los dos artículos y no quería que me dieran las tantas ni mucho menos. Era hora de ponerse a currar un poquito para poder dar por finalizado el día laboral.

La semana volaba y ya estábamos a un saltito de irnos de finde y más que ese viernes no se curraba.

Miércoles por la mañana y con ganas de ver a Sebas, la verdad que el día anterior lo había echado de menos, pero bueno, ya, mi mente no me podía fallar y tenía que estar a la altura de las circunstancias, no quería llevarme un palo por creer algo que no existía y que quizás no iba más allá que una amistad bonita.

Paola me llamó como si fuera un gato con un siseo al verme llegar.

—Dime —dije en tono a la defensiva.

—¿Sabes que soy la ex mujer de ese hombre con el que tontearas?

—¿Y tú sabes que a mí me importa una mierda quien quieras que seas?

Me giré para irme y la escuché murmurar la palabra gorda, me giré la miré de arriba abajo y le iba a contestar, pero no, no merecía la pena si quiera contestar a una persona con unos valores a la altura de un descerebrado.

Me metí en el despacho y a las diez apareció Sebas.

—Me acaba de contar Judith que escuchó lo que te dijo Paola y el insultó que dijo después.

—No te preocupes, no me ofende quien quiere, sino quien puede.

—Vamos a tomar algo.

Salimos y para sorpresa me echó la mano por el hombre para pasar por delante de Paola que se le puso una cara de perro a punto de morder que no podía con ella, yo como siempre dientes, dientes, pero la verdad que es gesto por parte de Sebas me pareció muy protector y de cariño, como queriéndome proteger de alguna manera.

—Vaya caída has pegado, Sebitas —le respondió la descarada.

—¿Caída? Ojalá me pase toda la vida con una caída como esta —dijo sonriente le hizo un guiño y me dio una palmada en el culo.

—¿Me has tocado el culo? —pregunté riendo cuando atravesamos la puerta.

—Ajá, se me fue la mano —se dio un golpe en la frente cuando se apoyó en la barra para pedir.

No, no se le había ido la mano, eso lo sabía yo, lo había hecho en un arranque de querer decir que la dieran por saco y que para él yo valía mucho, así lo había percibido y realmente me encantó para qué voy a mentir.

El día había dado tregua la lluvia y el frío, aunque era fuerte tampoco era como los días anteriores que se helaba la cara y es que nuestra ciudad era una de las más frías de España.

Esa mañana se me pasó volando y no volví a ver ni a Paola que ya no estaba en su puesto cuando entramos ni cuando salí a las dos, de Maca no había noticias en la oficina y nadie sabía nada, seguramente se pilló la mañana libre para algo.

Esa tarde aparecieron a merendar Jorge y Pedro, ya estaban con los nervios por irse a la cabaña y me estaban atacando a mí.

Les conté lo de por la mañana, cachete en el culo incluido y se pusieron a aplaudir por la actuación de Sebas que la vieron como brillante.

Los chicos decían que a él se le veía que estaba pillado por mí y yo en cierto modo algo notaba, pero me daba tanto miedo a ilusionarme con algo que luego no funcionara que prefería no despegar los pies de la tierra y no quitarme del todo esa coraza que llevaba a modo protección.

Estuvieron un rato y luego se marcharon, quedamos en hablar al día siguiente.

El jueves Sebas me sorprendió tal como llegué a la oficina, me había dejado una rosa sobre la mesa y una nota en la que decía únicamente “Guapa”.

Me sacó una sonrisa que tardó bastante en quitarse de mi cara.

Carlos apareció por mi oficina como la visita del médico, solo para agradecerme lo bien que estaba haciendo mi trabajo y darme las gracias, lo de ser padre y el divorcio lo tenía de lo más suavecito, vaya golpe que le había dado la vida.

Más tarde fui con Sebas a tomar algo en el descanso y las chicas estaban ahí juntas, esta vez estaba Maca, pero pasaron de nosotros, estaban hablando por lo visto de algo muy interesante que por fin ya no se paraban en ojearme de arriba abajo con esas caras de desprecio.

La mañana pasó volando y quedé con Sebas que a la mañana siguiente nos recogería a las ocho de la mañana.

Ese día comí relajada, me puse con el trabajo y luego bajé a merendar a casa de los chicos que estaban con todo listo para el día siguiente, parecían dos niños de diez años a unas horas de irse de excursión.

Esa noche me llegó un mensaje de Sebas que me sacó una de esas sonrisas.

Sebas: Mañana tienes una cita conmigo de las de tres días...

Capítulo 5

En la cama se estaba de muerte, pero me tenía que levantar para estar lista a la hora acordada, aunque me hacía especial ilusión irme a la cabaña de la sierra con Sebas y los chicos.

Hay que ver lo distinto que resulta cuando suena el despertador para pasarlo de categoría que cuando es para ir a trabajar, aunque yo tenía que reconocer que aquel hombre había logrado que acudir al curro supusiera para mí también toda una fiesta.

Me metí en la ducha y luego me tomé mi vaso de agua, el de leche y ya estaba lista. Arreglé pero informal, que diría mi querida Martirio en las célebres sevillanas aquellas de “Estoy atacá” que tanta gracia le hacían a mi madre y que tantas Navidades bailamos las dos juntas con dos espumaderas de la cocina en la cabeza a modo de improvisada peineta.

Cuánto le hubiera gustado a la pobre conocer a Sebas y qué bien le hubiera caído. La imaginaba diciéndole uno de sus consabidos “a la niña me la cuidas o te las verás con tu suegra”, como aquellos que solía soltarle a menudo a Pablo. Poco sabía ella entonces lo mal que me iba a cuidar este al final o, mejor dicho, lo bien que iba a cuidar a otra...

Dicho esto, y pese a que yo no pudiera evitar que mi imaginación volara una y mil veces al pasado, ahora tocaba disfrutar el presente, que era lo único que teníamos y de paso ilusionarme con el futuro que estaba por venir y podría depararme esperaba que no pocas alegrías.

Bajé al portal donde ya estaban los chicos y Sebas acababa de llevar, así que metimos todo en el coche y yo me senté en el asiento del copiloto.

Estaban todos con una cara de felicidad que no podían con ella, así que se avecinaba un fin de semana que sabía que sería de lo más divertido y especial. No había que ver más que el rostro de Sebas para constatar que esto sería así.

Atento como él era, enseguida levantó su pulgar en señal de que le gustaba cómo me había vestido para la ocasión, ¿y cuándo no le gustaba a él? Si Sebas parecía que había nacido para alabarme. Por Dios, yo no había conocido antes a un hombre tan halagador, aunque he de decir que mis vecinos también practicaban conmigo la táctica de inyectarme un chute de moral y autoestima en vena que era mano de santo.

—Pero chicos, ¿habéis visto que acaba de montarse un ángel en el coche? Y yo que creía que esos iban volando a todas partes —bromeó.

—Sí, un angelito de Victoria’s Secret soy yo ahora —reí.

—¿Cómo que no, niña? —me preguntó Pedro.

—Eso digo yo, a ver si vamos a tener que darte un sopapo, que aquí tonterías las mínimas —añadió Jorge.

—Pues que en todo caso sería una angelaza talla XXL —reí.

—Sí claro, ahora vas a tener tú la envergadura de una furgoneta, no te fastidia —Pedro estaba al quite para darme un capón.

—Ya quisieran muchas tener tus curvas, bonita, a mí lo que me gusta es que haya carne, déjate de querer ser un tallarín como otras, hazme el favor —Sebas aprovechó para acariciarme la mano.

Allí el que no corría volaba y lo que estaba claro es que aquel trío parecía hecho de encargo

para que yo me sintiera como una reina.

Faltaba música y no tardamos en ponerla. En concreto un repertorio extenso de Romeo Santos al que sacamos un partido extraordinario, cantando todos a la vez y casi compitiendo por ver quién decía la mayor de las barbaridades.

El camino cada vez se veía más salvaje, natural, una pasada y tres horas después casi ya estábamos. El verde de ciertas zonas contrastaba con el blanco de las cumbres, pues a aquella altura ya habían caído una serie de copiosas nevadas en las semanas anteriores que las había cubierto de un manto blanco que invitaba a la ensoñación.

A mí me gustaban todas las estaciones y, aunque no voy a negar que el verano me resultaba especialmente alegre, también reconocía sentir debilidad por el invierno, pese a sus gélidas temperaturas.

Eso de pasar largas horas con una mantita por encima con la que refugiarme de las inclemencias del tiempo era algo que siempre me había podido, y si tenía la posibilidad de compartir dicha mantita con una buena compañía, entonces ya era mi perdición.

Paramos en un autoservicio de la sierra que tenía una carne espectacular y compramos de todo para el fin de semana. Salimos con un carro que parecía que era para suministrar comida al reparto entero de la peli de “Los trescientos”.

Para qué se me ocurriría a mí hacer ese comentario en alto. Menudo pitorreo el de Jorge y Pedro con el dichoso temita de los soldados espartanos y con lo desaprovechados que estaban, destinados a un sacrificio a sus ojos de lo más estéril.

En particular, Pedro estaba desmadrado, decía que ese día nos iba a emborrachar a base de darle a todo lo que tuviera una graduación alcohólica. De la borrachera decía que no se iba a salvar ni el gato y lo hacía mirándome a mí... A mí, que nunca había bebido.

Yo creía que se le había ido un poco el norte, el norte o el sur o lo que fuera, pero ya se vería. A decir verdad, la nueva Jimena que estaba resurgiendo de sus cenizas como el Ave Fénix tenía bastante poco que ver con la antigua, por lo que todo podría ocurrir en la viña del Señor.

—Tú déjame a mí que te voy a enseñar lo que son los placeres de la vida —me dijo entre risas.

—Cuidadito, que de ciertos placeres prefiero ocuparme yo —Sebas estuvo de lo más rapidito.

—¡¡Para el carro!! ¿Qué has querido decir con eso? —me quejé en broma cuando en realidad estaba deseando que entre nosotros ocurriera algo.

Bueno, deseando y temiendo, que mi falta de experiencia con los hombres hacía que no me las prometiera yo todo lo felices que debiera a ese respecto, aunque también tenía muy claro que llegado el momento Sebas no me iba a soltar de la mano; ni de la mano ni de ningún lado, si lo pensaba bien. Ains, hasta escalofríos me entraban solo de pensarlo.

Lo que era evidente es que la tensión sexual existente entre Sebas y yo estaba alcanzando tal consistencia que podía cortarse con un cuchillo a aquellas alturas, por lo que las intensas miradas entre ambos se fueron sucediendo durante todo el camino.

Durante dicho camino, tampoco perdió la ocasión de soltar su mano derecha del volante para acariciar mi muslo levemente, un gesto que hacía que mi piel compitiera con la de una gallina y que mis mejillas ardieran al mismo tiempo.

Y llegamos a esa cabaña en la sierra, apartada de todos y todos, había más casas alrededor, pero a cierta distancia. Era una pasada aquel entorno que se vestía de puro invierno en un otoño que estaba siendo especialmente frío, las copas de los árboles también estaban vestidas de blanco. Se trataba de una estampa de esas que te dejan con la boca abierta.

—Huy, huy, aquí hace un fresquito que invita a pegarse, yo no es por nada —soltó a bocajarro Jorge, pues si a mis amigos les faltaba alguna cosa eran pelos en la lengua.

—Yo creo que has dado en el clavo, Jorgito —añadió Sebas a quien el hecho de que ellos dos fueran tan desinhibidos le venía de perlas.

—Que corra el aire, que os veo venir —puntalicé con el dedo levantado y Sebas hizo ademán de darme un bocado en él, provocando la risa de los otros dos.

La casa estaba construida con piedra y madera. Se trataba de una casa rural más que de una cabaña y por dentro era increíble. Estaba distribuida en una cocina, un baño, un salón inmenso con chimenea y dos dormitorios; uno con cama de matrimonio (que no tardaron en coger los chicos) y otro con dos camas que es donde nos íbamos a quedar Sebas y yo.

Ni que decir tiene que a mí me daba tranquilidad que las dos camitas fueran a ser ocupadas por nosotros, porque no me encontraba todavía lo suficientemente segura como para compartir con Sebas una cama de matrimonio, si es que hasta el nombre me hacía gracia.

—A saber lo que estará pensando la niña esta —Jorge le dio un codazo a Pedro al comprobar que yo me había quedado en babia pensando en el tema de las dos camas.

—Pues en las cosas del cuore, no hay más que verla para saber que esta va a estar “in love” en menos de lo que canta un gallo y no precisamente con la vida —le respondió el otro como quien lava y no enjuaga.

Por Dios que juntos eran una bomba de relojería y a mí me sacaban los colores que era un gusto. Menos mal que luego me tenían siempre entre algodones, porque las que me hacían pasar en momentos como aquel para mí se quedaban.

A Sebas solo le faltaba comer pipas cuando los veía hablar así y no era para menos. Qué risas se echaba a costa de los dos, a menudo me decía que no podíamos disfrutar de otra compañía mejor.

Colocamos todas nuestras cosas y luego nos pusimos a sacar la compra entre todos. En el caso de Sebas se encargó de encender la chimenea para calentar la casa que estaba muy fría del tiempo cerrada. Él era bastante manitas y esas cosas como que se le daban muy bien.

—Aquí, mi mejor aliada —susurró Jorge abrazando a la botella de moscatel y besándola como si no hubiera un mañana. Si es que la gracia la tenían aquellos dos a esportones.

—Ya estás tardando —le contestó Pedro deseoso de probar el dulce vino.

—Ahora mismo pongo cuatro copitas que ya tengo localizadas —señaló a un aparador cercano.

—Yo solo me mojaré los labios —sonreí.

—Tú hoy vas a echar alcohol hasta por las orejas, tu primera borrachera viene en camino y te va a dejar un recuerdo memorable, quédate con la copla de lo que te digo.

—Mira Jorge, yo no me voy a emborrar ni hoy, ni nunca —advertí riendo y comprobando cómo Sebas sonreía.

A él aquellos dos le parecían como Los Morancos y no era para menos. Menudas disputas graciosas que se formaban en el momento menos pensado. Allí había que estar dispuestos a morir de risa sí o sí.

La chimenea ardía y nos sentamos frente a ella en los sofás con las copas de moscatel y un surtido de embutido ibérico que habíamos comprado. El ambiente reflejaba una paz sin par y eso que los petardos de mis amigos eran pura dinamita.

Todos nos habíamos puesto los pijamas, ese iba a ser nuestro uniforme durante el fin de semana y Sebas estaba de lo más atractivo con un pantalón de pijama y una camiseta blanca de mangas largas. Nos tapamos con una mantita que puso al efecto en cada sofá; Sebas y yo con una mientras

que los chicos encontraban calorcito bajo la otra.

Sebas de vez en cuando me hacía una caricia en la mano, igual que sucedió en el coche. Yo me encendía, convirtiéndome en rubor puro, ese que me provocaba un gesto que no era de otra cosa que de cariño y me encantaba. No obstante, que lo hiciera me producía una sensación en el estómago que debían de ser esas mariposas que revolucionaban todo mi interior.

Los chicos me miraban sabiendo de esas muestras de cariño que Sebas me prodigaba y por sus gestos sabía que estaban felices de verme en aquella tesitura. Además, sus miradas yo podía descifrarlas sin necesidad de mediar palabra. La complicidad que había surgido entre nosotros era mayor que la que se podía esperar en un primer momento y no hacía más que crecer.

Nos pusimos a charlar de episodios de miedo y yo estaba descojonada de la risa, solo me mojaba los labios con aquella bebida, pero me estaba subiendo de una manera descomunal. Era lo que tenía no estar acostumbrada, qué se le iba a hacer...

A continuación, y antes de que aquello se nos fuera de las manos nos dispusimos a preparar el almuerzo. En realidad, que no se me quede en el tintero, he de decir que los chicos habían llevado una tortilla de patatas gigante que cocinaron a primera hora de la mañana, así que se pusieron a freír las croquetas de puchero que llevaban. Yo tampoco era manca y me encargué de calentar un caldo que había preparado y al que añadiría al servir los platos unos huevos duros que estaba cociendo y un jamón serrano a taquitos, además de un poco de arroz.

Una vez con todo listo y oliendo a gloria, almorzamos en el sofá, ya que teníamos delante la mesa camilla gigante y al lado de la chimenea se estaba que daba gusto. No se podía pedir más, esa era la realidad, vaya buena idea que habían tenido los chicos.

Un sofá estaba frente a otro, así que parecíamos dos parejas en todo momento y joder, esa sensación ya se me había olvidado y la estaba viviendo con una intensa emoción. Qué fuerte, como podían cambiar las cosas en tan poco tiempo y qué felicidad me embargaba.

Sebas no dejaba de acariciar mi mano, mi rodilla y encima me hacía guiños que los chicos veían y todos terminábamos riendo de los nervios que me entraban, hasta le di con la mano un tortazo en el hombro para que parara de buscarme. No podía evitarlo, lo deseaba al mismo tiempo que me cortaba y para ellos constituía todo un espectáculo, pues nunca me habían visto así. Siendo sincera, no podía imaginarlo ni yo, me estaba amoldando muy pronto a una situación que para mí era totalmente novedosa.

—Joder, ¿quieres dejar de guiñarme el ojo? —refunfuñé riendo.

—Ah, pensé que era por la mano, entonces, me quedo tranquilo —hizo un gesto bromista. Sebas tenía gracia hasta decir basta y le encantaba escucharme.

—La mano no, hombre, por favor —murmuré con ironía.

—Por cierto, está riquísimo todo —cambió el tema, era un maestro del escapismo el tío.

—¿Todo, todo? —preguntó Pedro con segundas, menudito era él, otro que mejor bailaba, a mi allí me iban a dar la del pulpo entre todos, se veía venir.

—Todo, sin dudas —me miró a mí y voltee los ojos. Ya estaba resignada y en el fondo me sentía la estrella de la reunión. Aquellos tres sabían cómo hacerme sentir especial y echaban toda la carne en el asador para que así fuera.

Pese a ello no era capaz de relajarme, estaba nerviosa y es que así me ponía Sebas con el que la conexión cada vez era más fuerte, como los colores de mis mejillas que debían haber alcanzado ya todas las tonalidades

Tras el almuerzo preparé un té y después de tomarlo mientras recogíamos la cocina, nos tumbamos los cuatro en el sofá para ver una película y veréis, el caso es que los sofás se abrían

como camas de matrimonio, así que pusimos hasta las almohadas y nos tiramos bocarriba a verla cómodamente. No se podía estar más a gustito allí, qué gran acierto.

Sebas tenía una mano por debajo de la manta y jugueteaba con ella en mi barriga por debajo de la camiseta del pijama. Menos mal que los chicos no lo veían al estar tumbados, ya que se encontraban al otro lado de la mesa, así que nos escuchábamos, pero no nos veíamos. Mejor así porque de otro modo el cachondeo hubiera alcanzado ya proporciones astronómicas.

De mi barriga se iba a mi pierna, dándome un masaje relajado lleno de tiernas caricias y yo... Yo me dejaba llevar, sin duda sentía por él, no sabía qué exactamente, bueno sí, me sentía seducida por ese hombre.

Nos levantamos después de dos pelis y nos fuimos duchando. Jorge se encargó de la cena, ya que decía que nos iba a preparar la mejor empanada del mundo, así que lo dejamos allí con todos los ingredientes después de que él se duchara primero. Eran todo atenciones para con nosotros, nos trataban de lujo nuestros vecinos-amigos.

De nuevo a esa abundante mesa a cenar y ya habíamos puesto los sofás bien para mayor comodidad. Yo estaba en una nube, Sebas no paraba en ningún momento haciendo gestos cómplices y bonitos que a mí me hacían vibrar.

Tras la cena Sebas sacó una botella de crema de café, con alcohol y la sirvió en cuatro vasos pequeños con un hielo. Yo no la había probado antes y reconocí que estaba buenísima, si bien la tomaría a pequeños sorbos, pues me resultaba bastante fuerte.

Comenzamos a charlotear mientras bebíamos y a mí me iba subiendo considerablemente, me notaba los cachetes ardiendo y solo quería reír con cada tontería que soltaban. Por Dios que aquella sensación no la había experimentado nunca y era de desinhibición total. Con razón decían las sevillanas aquellas lo de *“el vino, ¿qué tiene el vino? Que alegra las penas mías...”*. Ahora lo entendía.

Su mano jugueteaba con mi rodilla por debajo de la mesa. Yo me la imaginaba recorriendo mi piel y mi imaginación volaba por fuera de esa conversación que Sebas tenía con los chicos. Ya iba viendo yo lo que tenía el vino, la crema de café y lo que me echaran...

Y cada vez me subía más y como se dice me solté la melena cuando entramos en contar anécdotas, digo que me la solté como referencia a que comencé a contar cosas que quizás en otro momento nunca las hubiera comentado ya que pertenecían a mi pasado con Pablo.

Pero sí, conté esas anécdotas de cosas graciosas que nos pasaron y que eran de las que quería que la tierra te tragara y te escupiera en otro planeta. Y, sin embargo, allí estaba, vomitándolas como si tal cosa y sin pensar que nada malo hubiera en ello.

Les conté, por ejemplo, que en una ocasión un chico me había metido mano en el cine y yo, con mi despiste habitual, estaba tan tranquilita pensando que era Pablo. El asunto es que no me di cuenta de la jugada hasta que miré para el lado y me di cuenta de que mi novio estaba sentado en el lado opuesto del que venían las caricias y casi me muero.

—¿Y qué hiciste entonces? —me preguntó Pedro con los ojos como platos.

—¿Pues qué iba a hacer? Le arreé un sopapo que casi lo mando a Pernambuco. ¿Qué hubieras hecho tú?

—¿Era guapo?

—No, encima era más feo que Picio.

—Ah, no, pues entonces yo también le hubiera arreado un sopapo, no te jode.

—¿Y si hubiera sido guapo lo hubieras dejado estar? —Jorge puso los brazos en jarra y los demás nos reímos.

—No, cariño, nunca —dijo bromeando con los ojos como diciendo que sí, que, de ser guapo, hubiera cambiado el cuento.

La cara de Jorge era para enmarcar y mis carcajadas resonaban en toda la estancia. Sebas siempre me decía que le hacía muy feliz escucharlas, por lo que ese día no debía caber en sí de gozo. Sordito lo iba a dejar a ese paso.

Mi vida pasaba por un momento de lo más dulce y lleno de color, ese que me estaba causando Sebas y cómo no, los chicos que se habían convertido en esos hermanos que nunca tuve.

El alcohol fue subiendo y me noté súper mareada, no me podía ni levantar del sofá, solo recuerdo que Sebas me cogió en brazos, me llevó a la cama y me tapó, él se acostó a mi lado y caí en un profundo sueño.

Pese a él, notaba la respiración de Sebas a mi lado y eso me reconfortaba sobremanera. No sabía cómo pero el que comenzó siendo solo un compañero de trabajo se había convertido de repente en puntal de referencia en mi vida. Qué suerte la mía...

Capítulo 6

Y como no podía de ser otra manera me levanté por la mañana conociendo el concepto de esa palabra que tantas veces escuché de mis amigos; resaca.

—Me muero —murmuré en voz baja.

—No te mueres —respondió Sebas que me miraba sonriente.

—Noto que todo me da vueltas y me duele la cabeza. No sé lo que es esto, pero tiene toda la pinta de ser espantoso.

—Date una ducha y ahora te tomas el vasito de leche con una pastilla que traigo para estos casos. No te preocupes que en nada vas a estar recuperada, preciosa. Ya me encargo yo.

—¿A ti no te duele? —le pregunté con interés, no dando crédito a que alguien pudiera engullir alcohol y levantarse como si tal cosa.

—No bebimos tanto, solo que tú no estás acostumbrada —puntualizó con cariño, mientras me proporcionaba un suave pero firme masaje en el cuero cabelludo con sus fuertes dedos.

Ni podía con mi alma, me fui directa a la ducha y me metí bajo ese grifo que me aliviaba en cierto modo la presión que tenía en la cabeza. Necesitaba que cesaran aquellas palpitaciones que sentía en mi sien y que me daban la impresión de que iban a volverme loca.

Salí al salón y me senté en el sofá donde ya tenían el desayuno preparado y mis amigos me decían que me tenía que comenzar a acostumbrar, pero yo ni caso, no podía ni responder, era una sensación tan fea que no volvía a saborear el alcohol en mi vida. Me lo prometí a mí misma, segura de que iba a cumplir esa promesa. O al menos eso creía...

Se me fue pasando con la pastilla y ese desayuno que nos metimos entre pecho y espalda. Estaba claro que el comer amortiguaba un poco los efectos de la resaca y si hacía falta yo engulliría un rinoceronte con tal de sentirme mejor.

—Me habéis liado, pero bien —les reprendí a todos a la vez.

—Bonita, que tampoco te pusimos una pistola en el pecho para que bebieras, no digas cosas que no son. Y, además, no lo tendrías que agradecer, que el moscatel te soltó la lengua, pero bien y te pusiste de lo más graciosa —Jorge me lanzó un besito.

—¿Cuánto de graciosa? ¿Qué conté? Ay, Dios, espero que nada de lo que tenga que arrepentirme —Me coloqué las manos delante de la cara en señal de que aquello era la monda.

—Nada que no provocara nuestras carcajadas, guapa. De veras que estabas sembradita, no tienes nada de lo que arrepentirte —me aseguró Sebas y yo lo miré como no teniendo nada claro que fuera así, pero qué se le iba a hacer; a lo hecho, pecho.

Nos echamos los chaquetones encima y salimos a respirar aire puro, el frío era tremendo, pero merecía la pena pasarlo con tal de disfrutar de esa sensación que te aportaba la naturaleza en su estado más natural.

Nos hicimos fotos, nos reímos y fui mejorando considerablemente, al mediodía nos pusimos a hacer unos chuletones que habíamos comprado en la carnicería ¿y donde los hicimos? En la chimenea, con una rejilla que tenían adaptada y aquello estaba quedando con una pinta buenísima.

Suerte que la casa estaba de lo más acondicionada y así teníamos diversas posibilidades de

disfrute, aunque yo sentía que con aquellos tres ya me lo podría pasar bien hasta debajo de un puente, pero claro que no hubiera sido lo mismo.

Yo me puse a freír unas patatas para acompañarlo y eso sí, les advertí de que lo más fuerte que iba a tomar era un refresco cero.

—No seas sosa, niña —dijeron Jorge y Pedro.

—Ni sosa ni nada, liantes que sois unos liantes. A mí no me cogéis en otra igual, que me voy a tener que tomar una pastilla del tamaño de un globo aerostático y no me da la gana. Vamos que no, lo digo desde ya...

Sebas me miraba como asintiendo, aquel malandrín estaba queriendo aliarse conmigo y yo lo miraba como diciendo que cuidadito él también, lo que provocaba aquellas risas suyas que tanta ternura inspiraban también en mí.

Los chicos sí que se abrieron una botella de Rioja que yo no podía ni oler, vamos más que feliz estaba yo con mi lata de refresco. De hecho, cuando miraba sus copas hacía el gesto de que iba a vomitar y ellos se retiraban pensando que capaz era. Ya nos íbamos conociendo todos y las bromas eran una constante en nuestra relación.

La tarde fue preciosa, frente a la chimenea como el día anterior y esos ventanales desde los que se podían ver los copos de nieve cayendo. Sí, cayendo porque volvía a nevar y aquella nevada no tenía precio. Encima acostada en el sofá de nuevo junto a él que me sostenía la mano y jugueteaba con ella ¿No era un momento de aquellos que tocas la felicidad sin necesidad de tener mucho más que lo que nos rodeaba en ese momento?

Así me sentía yo...

Dicen que las mejores cosas de la vida son aquellas que no puedes comprar con dinero y en momentos así a mí no me cabía la más mínima duda de eso.

Por la noche cenamos una crema de verduras que cocinó Sebas mientras escuchaba música y yo lo acompañaba ayudándolo y aprendiendo a hacerla a su forma. Desde luego que allí a ninguno se nos caían los anillos por meternos en la cocina ni por realizar ninguna otra tarea de la casa.

—Somos un equipo fenomenal, ¿no te parece? —le pregunté.

—¿Te refieres a los cuatro o a nosotros dos? —me contestó con uno de sus característicos guiños de ojo.

—No tienes tú guasa ni nada...

—Sí, tengo guasa, WhatsApp y todo lo que tú me pidas...

—¿Y si te pido la Luna?

—Pues yo voy corriendo a por una escalera y te la bajo. Y si no la encuentro, te la bajo de un salto, le pongo un cordel y te la regalo.

Cualquiera que escuchara la convicción de sus palabras diría que estaba hablando en serio. Sebas era un gran hombre, eso lo iba teniendo yo cada vez más claro, con independencia de hasta dónde pudiera llegar lo nuestro.

Y me sentía especial, con cada mirada y gesto que me regalaba, al igual que aquellos besos que se le escapaban hacia mi mejilla cuando pasaba por mi lado, era todo tan bonito que hasta me daba miedo.

Esa noche los chicos se acostaron pronto y nosotros decidimos quedarnos a dormir en el sofá, frente a la chimenea, por supuesto juntos, eso estaba más que decirlo y ahí, sin saber cómo, me dio el primer beso... Y después del primero, llegaron otros que encendieron mi alma como si de un candil se tratase.

Y no era unos besos de esos con intensidad, era uno de los que te roban las sonrisas, tiernos,

cortos y con esas miradas que lo decían todo. Menudo lenguaje no verbal que habíamos desarrollado en tan poco tiempo...

Así pasó un buen rato en el que no faltaron esos besos al igual que esos abrazos en los que nos fundíamos transmitiendo todo lo que sentíamos en ese momento; al menos así los percibía yo y era feliz, feliz de volver a sentirme querida, de notar cómo gustaba a una persona y más que eso era recíproco.

No pasó más allá nada, pero para mí lo fue todo, quedar dormida en sus brazos era aquello que necesitaba para volver a sentir y lo estaba haciendo, además de una manera más pasional y fuerte de lo que yo había sentido por nadie hasta ahora ¿Cómo era posible descubrir que aún se podía amar con más intensidad?

Por la mañana me levanté al sentir a los chicos levantarse, Sebas me besó y se levantó para preparar el desayuno, yo aproveché para ducharme y ponerme un chándal ya que ese día volvíamos. Aproveché para quedarme unos minutos a solas con esa sonrisa bobalicona de quinceañera que se formaba en mi cara gracias a Sebas.

La mañana pasó rápida y almorzamos antes de salir por última vez en esa cabaña, bueno, quien dice por última vez dice por ahora, eso sí, ya nos había advertido que volveríamos más veces cosas que a los chicos les hizo especial ilusión. ¿Y a quién no? Si es que allí no podíamos haber estado mejor, además de tener en cuenta que aquel siempre quedaría en nuestra mente como el primer lugar en el que nos besamos y en el que se empezó a fraguar lo nuestro.

El regreso se convirtió en una especie de tristeza y felicidad, una mezcla de las dos cosas. Sebas iba todo el camino haciéndome caricias en la pierna y con la otra mano en el volante, la carretera estaba tranquila e íbamos disfrutando relajadamente de ese paisaje que nos acompañaba por todo el recorrido de la sierra y es que era espectacular.

Sebas nos dejó en la puerta de casa y me recordó antes de darme un beso en los labios que al día siguiente teníamos una cita y vaya si la teníamos, para mí ya se había convertido en el pan nuestro de cada día.

Subí a casa y, al abrir la puerta sin él, constaté que mi vida había cambiado. De repente noté que era con ese hombre con quien deseaba compartir las llegadas a mi hogar, mis anocheceres y mis despertares, no había duda.

Me acosté esa noche echándolo de menos, el haber dormido a su lado me había causado una especie de enganche y es que habían sido las dos mejores noches de mi vida a pesar de que una la bebida me dejó casi en un sueño profundo, pero estuvo ahí y eso lo notaba.

Lo notaba mientras dormíamos y lo notaba en cualquier momento del día. Sebas se había convertido en mi apoyo incondicional y eso para mí era oro líquido.

Me acosté recordando cada uno de los momentos vividos en el último fin de semana y es que las risas que nos habíamos echado se podían contar por centenares.

Sebas estuvo presente también aquella noche en mis sueños y eso no lo esperaba. Fue una sensación muy gratificante, pues así pude notar en cierto modo que seguía conmigo.

Curiosamente, soñé con nuestra vuelta al trabajo, con la diferencia de que al llegar allí todo era paz y amor. Cómo se notaba que era un sueño, pues hasta Paola y Maca se mostraban encantadoras y solícitas, como si no tuvieran aquella lengua sibilina y viperina tan propia de ambas.

Sebas y yo entrábamos por allí de la mano y Carlos nos daba los buenos días de lo más amable. Después se acercaba a Maca y le daba un beso y tocaba su barriguita, ya bastante abultada, por cierto.

Nosotros les respondíamos a todos con una sonrisa amplísima y les deseábamos un buen día.

Allí había más azúcar que en una fábrica de Kinder Sorpresa y eso fue lo que pensé riéndome cuando me levanté para ir al cuarto de baño y caí en la cuenta de que quizás todo lo que nos rodeara no fuera así de maravilloso, pero que igualmente sería magnífico mientras Sebas y yo fuéramos capaz de mantener y acrecentar aquello tan bonito que ya estaba naciendo entre los dos.

Capítulo 7

El lunes me desperté con menos ganas de ir a trabajar que de que me dieran una patada en la barriga.

El recuerdo del increíble fin de semana que habíamos pasado juntos provocaba que me hiciera la remolona y le dijera al despertador que le dieran dos duros, pero enseguida comprendí que no estaba en su ánimo dejar de sonar y me levanté como si me hubieran pinchado en el culo, viendo que ya habían pasado diez minutos más de la hora de rigor.

Me miré al espejo y me vi rematadamente guapa, no lo voy a negar. Una ya no tenía abuela y lo que no se dijera una misma no se lo iba a decir nadie. Bueno, lo de nadie era un decir, que mi Sebas tenía un piquito de oro que era cosa fina y no escatimaba en palabras para decirme siempre lo guapísima que estaba y lo loquito que le volvían mis curvas. Ahí era nada.

Recordé que en muchos momentos de mi vida los lunes se me habían antojado como una especie de tortura china y, sin embargo, ahora, una vez que logré quitarme la torta que tenía encima, enseguida me vine arriba, tanto que me sorprendí a mí misma cantando “como una ola...” de la más grande, de Rocío Jurado, la artista que tanto le gustaba a mi madre.

Un mensaje mañanero de Sebas me recordó por qué estaba tan contenta.

Sebas: “Las noches no son lo mismo sin ti. Te he echado mucho de menos, deseando ese ratito de cigarrillo...”

Ese “ratito de cigarrillo” decía, las ganas de fumar se las iba a quitar yo a Sebitas. Ains, que me perdía en mis pensamientos y al final iba a llegar esa mañana más tarde que un desfile de cojos, qué tonto era el amor...

¿El amor? Bueno sí, el amor, por mucho que no le pusiéramos etiquetas, como diría Dani Martín, para mí aquello ya iba oliendo a amorcillo y del bueno... Miedito me daba y no me quería hacer ilusiones, pero Sebas no parecía el tipo de tío que te quiere usar como mujer clínex y si te he visto no me acuerdo.

Al menos yo no lo quería pensar así porque el número de mariposas que habitaban en mi estómago no hacía sino ir en aumento y mi corazón no estaba para más sustos.

Elegí un favorecedor vestido de punto en tono marfil que combinar con mis complementos en camel y le di las últimas pasadas a mi melena con las planchas. Aunque, a decir verdad, a lo que parecía que le había pasado la plancha era a mi pobre lengua, pues con las prisas me tomé el primer sorbo del vaso de leche hirviendo y mi “sin hueso” no tardó en pagar las consecuencias.

Una vez ocurrido esto, no me quedaron más ganas de terminarme el blanco contenido del vasito de marras, pues la lengua se me había quedado como la suela de un zapato. Lo noté sobre todo cuando me subí al coche e intenté cantar a dúo con Ana Belén la canción de “cuéntame el cuento del árbol dátíl de los desiertos...” y comprobé que para cuentos estaba yo... más bien para sopitas y buen vino y ni eso, que las sopitas tampoco suelen servirse frías.

Llegué a la oficina un tanto de mala leche (nunca mejor dicho) por lo acontecido y allí que estaban Paola y Maca con ganas de guerra, por lo que se veía. Y es que ni a la una el bombo ni a la otra su nuevo novio (que ya podía distraerse haciéndole otro bombo también) parecían quitarles

las ganas de buscarme las cosquillas.

—Mira ahí viene la... —noté que iban a decir “la gorda...”

Por fortuna se callaron a tiempo, porque gorda era como llevaba yo la lengua, gorda como la suela de un zapato, para ser más exactos y gorda iba a ser la zapatista que les iba a formar como tuvieran el valor de seguir por ahí.

—Calladitas las dos que estáis más guapas o ateneos a las consecuencias —les dije y noté la incredulidad en sus miradas ante la contundencia de mis palabras.

—¿Eso es una amenaza? —se quejaron a dúo.

—Eso es lo que me dé a mí la real gana y ojito que no tengo el chichi para farolillos.

—Huy, qué vulgar —soltó Paola y la miré de forma iracunda.

—¿Tú vas a hablar de vulgaridad? —le pregunté, aunque tampoco es que se me entendiera demasiado.

Me quedé en la recámara lo de llamarla zorrilla de tres al cuarto, primero porque estábamos en el trabajo y no quería yo tener gaitas a consecuencia de aquellas dos y segundo porque me lo reservaba para mejor ocasión y lugar, que lo mismo ese día lo desperdiciaba.

Entré en mi despacho y había una preciosa rosa sobre mi mesa con un mensaje de Sebas que rezaba “Cita en un ratito, preciosa mía”.

Aquellas citas mañaneras me hacían la misma ilusión que si fueran en pleno París en día de fiesta.

No obstante, me sorprendió que aquel día no pudo esperar a la hora convenida, sino que entró en mi despacho como elefante por cacharrería un ratito después de que yo hubiera comenzado a redactar.

—No puedo vivir sin un beso —me dijo poniéndome morritos.

—No me seas loquito, aquí no puede ser...

—¿Qué te ha pasado en la boca? —me miró con extrañeza.

—Es una larga historia, la leche que estaba a punto de ebullición.

—A punto de ebullición es como me tienes tú a mí y estoy calladito como en misa, guapa, anda dame ese beso que además va a resultarte curativo, te lo digo yo...

Me tenía que reír con sus cosas porque lo dijo con tal convicción que cualquiera pensaría que era cierto. Una y otra vez me iba poniendo morritos y en una de esas vi, a través de los cristales translúcidos de mi despacho, pasar a Carlos.

Aguanté la risa y me seguí haciendo la digna con Sebas, quien no parecía estar en absoluto dispuesto a dejarme marchar sin darle ese beso que, según él, “le debía”. Vivir para ver...

Al final claudiqué, no ya por lo pesado que era, es decir, más que matar a un cochino a besos; sino porque yo tenía ganas de probar de nuevo esos labios cuyo aterciopelado contacto tenía la facilidad de encender mi alma.

A la hora del café, yo ese día el té me lo tomé helado y comprobé con alegría que mi lengua volvía a su grosor habitual.

—¿Te hace dar un paseíto esta tarde? —Esa semana el tiempo parecía habernos dado algo de tregua y a mí me apetecía, sin duda que me apetecía.

Una de las cafeterías más bonitas de la ciudad fue testigo de nuestro encuentro horas después y de una serie de fotos hechas por parte de Sebas que bien sabía yo que no tardaría en subir a sus redes, incendiando a Paola, que parecía el perro del hortelano la muy hija de la gran china, que esa ni comía ni dejaba comer.

Antes de cenar nos despedimos en la puerta de mi casa con un cálido beso que permaneció en

mis labios hasta el mismo momento en el que me fui a dormir. Por cierto, que en ese instante Sebas volvió a aparecer en mis pensamientos, aunque nunca se iba de ellos. Lo hizo con renovada fuerza y en forma de mensaje.

Sebas: “No hace falta que te diga que tú y yo ya pasamos de angelitos. Sueña conmigo directamente, preciosa. Te garantizo que nadie te va a hacer más feliz”.

La primera hora de la mañana del martes anunciaba calor y eso que el termómetro decía justamente lo contrario. Tan pronto entré en las oficinas entendí que venía del mostrador y es que Paola parecía volveré a estar calentita con las fotos subidas por Sebas la tarde anterior y Maca le seguía el juego, que para eso las dos parecían remar en el mismo barco.

—Las hay oportunistas y después está esta, que se va comiendo las sobras de las demás —murmuró Paola a mi paso.

—“Las sobras”, como tú las llamas, tienen más categoría humana que tú como de aquí a La Habana —le dije en referencia a Sebas.

—Huy que cursi, y sin haberlo preparado, le ha salido un pareado —añadió Maca, que era otra arpía de marca mayor.

—¿Qué tal tu barriguita? —le pregunté con sorna—. Igual de aquí a un tiempo no tienes tantos ratos libres para meterte con las demás. Tú sabes e incluso igual te quedan también unos kilitos de más y se te quitan las ganas de llamar gordas a otras... Lo digo por la posible flacidez de la piel de la barriga y esas cositas que a las mujeres normales no es que les importen mucho, pero igual a las Barbies recauchutadas como tú hace que se las lleven los demonios...

—Antes muerta, ¿te enteras? —me dijo con un tono tan altanero y a tal frecuencia de voz que no solo debí enterarme yo, sino hasta el último de los empleados de las oficinas.

—“Antes muerta que sencilla, ay que sencilla, ay que sencilla...” —comencé a cantarle e incluso a bailarle en plena recepción.

—Mírala si es una chabacana de libro, déjala que ahora se le va a cortar todo el rollo del tirón —le dijo Paola a Maca y enseguida comprendí la razón.

Miré en la misma dirección que lo hacían ellas y vi que allí estaba plantado Carlos, con los ojos más saltones que un sapo, por lo esperpéntico de la escena.

—Perdón, pero es que han comenzado ellas, que son unas provocadoras natas —acerté a decir antes de que ese hombre articulara palabra alguna.

—Todas a sus puestos, señoritas —contestó.

En contra de lo que yo pensé, la escena no había desatado su cólera y eso no era poco. Carlos parecía estar bastante cambiado en los últimos días y el bombo de Maca le había proporcionado una cura de humildad que parecía ser mano de santo.

Con las mejillas a punto de entrar en erupción me fui corriendo hacia mi despacho. Parecía que la cuestión era que cada mañana me ardiera algo; si no era la lengua eran las mejillas. Reí pensando que, para colmo, cuando Sebas hacía acto de aparición por allí, encima me ardía también otra cosa y negué con la cabeza como si así se me fuera ese pensamiento.

No me dio tiempo a ver si me había dejado algo encima de la mesa cuando comprobé que ya lo tenía detrás.

—No hay derecho, a mí todavía no me has hecho uno de esos bailecillos. Me reservo el derecho a un pase privado —me dijo muerto de la risa y agarrándome por detrás.

—No seas indiscreto, hombre, que nos pueden ver —le contesté dándome la vuelta y encarando sus ojos, cuyo verde iris era el campo en el que yo me hubiera perdido esa mañana y todas.

—No distraigas mi atención, vamos a lo que vamos, ¿y ese bailecito?

—Son esas dos, que se creen que soy un monito de feria...

—Y tú has decidido demostrarles que eres más bien la flamenca del WhatsApp, ole mi niña y la madre que la parió...

“Mi niña”, cómo molaba aquello... Cada día me gustaba más percibir la extrema cercanía con la que Sebas me iba tratando.

El resto de la mañana transcurrió entre trabajo y esa hora del té que cada día me dejaba un sabor más dulce. Pasar tiempo con Sebas se estaba convirtiendo en mi pasatiempo favorito y yo disfrutaba de él más por momentos.

Al mediodía nos despedimos hasta el miércoles porque él tenía un compromiso familiar. En cuanto a mí, había recibido un mensaje de Jorge de que esa noche no me libraba ni la Caridad de cenar con ellos para contarles cómo estaba transcurriendo la semana.

Tras pasar una tarde de lo más apacible, me coloqué mi atuendo casero favorito y, en pijama, me dirigí a cenar a su casa. Para colmo de males, y por si habíamos comido poco el fin de semana anterior, Pedro había preparado una tarta de chocolate de la abuela que estaba de vicio.

El chocolate, las risas y las bonitas vivencias que estaba experimentando con Sebas hicieron de aquella una velada preciosa en la que mis amigos me animaron a que siguiera dando pasos adelante en pos de mi felicidad.

Mientras estaba en su salón no paré de recibir fotos de Sebas en las que aparecía con sus familiares. Aunque no estuviera allí en ese momento, ardía en deseos de demostrarme que me tenía en mente en todo momento y eso me hacía la mujer más feliz del mundo.

Dar por acabada la velada con los chicos se convirtió en toda una odisea, pero el miércoles había que trabajar de nuevo.

Una vez en la cama recibí varios mensajes de Sebas, que ya estaba también en la suya, diciéndome lo mucho que le apetecía verme al día siguiente y que teníamos que plantear algo para el fin de semana.

Si algo estaba ya claro es que él me incluía en todos sus planes y eso tenía que significar algo por fuerza. Me lo decían sus mensajes, me lo decían los chicos y me lo decía algo en mi interior. Estaba segura de ello y tenía que vencer esos miedos que cada vez parecían quedar más lejos para dar paso a la más bonita de las ilusiones.

Capítulo 8

El miércoles se presentó con sorpresa, no estaba dispuesto a pasar desapercibido...

Nada más llegar a las oficinas, las dos sabandijas aquellas mascullaron una especie de “Carlos te espera en su despacho” que por el tono de su voz parecía que les hacía tela de gracia.

Por mi parte, deseaba que la tierra me tragara, esa era la realidad, pues me dio por pensar que me iba a llevar una bronca de campeonato por el espectáculo del día anterior.

Cierto era que Carlos no parecía haberle dado importancia a lo sucedido, pero igual recapacitó más tarde, entendiendo que ese tipo de comportamientos por parte de una empleada fueran intolerables.

Algo de razón no le faltaba, si yo dijera lo contrario mentiría. Se me había ido la pinza tela a consecuencia de las provocaciones de aquellas dos hienas y lo mismo era hora de afrontar las consecuencias.

Santiguándome, entré en su despacho y pensé que fuera lo que Dios quisiera.

—Buenos días, Carlos, me han dicho que quieres verme. Ante todo, debo disculparme por lo que pasó ayer, entiendo perfectamente que estés contrariado y te doy mi palabra de honor de que no volverá a ocurrir.

—Buenos días, Jimena. Relájate, mujer. Si te soy sincero, he de reconocer que no estoy acostumbrado a ese tipo de escenas aquí, pero tampoco tuvo mayor importancia...

El caso es que su forma de decirlo, casi aguantando un poco la risa, me hizo entender que no solo no le había dado importancia, sino que además le había hecho hasta un poco de gracia.

En el fondo no me extrañaba, el ambiente en la oficina resultaba rancio a tope y mi llegada parecía haber coloreado un poco el gris que allí se respiraba de serie.

—De acuerdo, me quedo más tranquila. Entonces, ¿a qué obedece que quieras verme?

—Bueno, pues a que tengo el honor de volver a felicitarte de nuevo en un corto espacio de tiempo. Tu trabajo está siendo más valorado por días por parte de nuestros colaboradores y quería pedirte por favor que sigieras en la misma línea.

—No pensaba cambiarla, pero muchas gracias.

—Lo que quisiera transmitirte, de hecho, es que, de seguir en ella, es probable que con nosotros tengas trabajo para largo. Y no me refiero a un trabajo cualquiera, sino a uno de calidad, ¿me explico?

—Como un libro abierto y créeme que eso es música para mis oídos.

La cara de aceptación de Carlos ante mi comentario me hizo entender que mi trabajo allí le complacía tanto como a mí. Y yo que pensaba el primer día que entré que lo mío en ese lugar iban a ser habas contadas... ¡lo mismo terminaba siendo hasta el fichaje estrella de la redacción!

Su sonrisa se mezcló con la mía, contenta como estaba, y fue entonces cuando hizo un comentario que me dejó un tanto patidifusa.

—Jimena, ¿te gustaría que tú y yo saliéramos a cenar alguna noche? Por aquello de estrechar vínculos laborales y demás, tú ya me entiendes —carraspeó.

—Yo, bueno... no sé qué decir. La verdad es que ando un tanto atareada, con el aumento de

trabajo y eso, Carlos...

Solté lo primero que se me vino a la boca, pero es que aquello acababa de sobrepasarme un poco. ¿Qué se me habría perdido a mí cenando con mi jefe así de buenas a primeras?

Además de eso y, para más inri, pensé en Sebas. Tenía que reconocerlo, nos estábamos conociendo y a mí no se me había perdido absolutamente nada cenando por ahí con Carlos, pues aquello me olía más a intento de hincar el diente que a otra cosa. Si me ponía en su lugar, a mí no me haría ninguna gracia que él le bailara el agua a ninguna otra en la oficina, por mucho que fuera jefa.

—Bueno, no te preocupes. Yo lo dejo ahí y si algún día te apetece no tienes más que decírmelo.

Salí del despacho tomando aire, ¿realmente me había llamado para darme una palmadita en la espalda o para intentar dármele en el culo próximamente?

Llegué a mi despacho y en vez de un mensajito mañanero, me encontré al mismo Sebas apoyado en la mesa.

—¿Cómo está lo más bonito del mundo? —me preguntó mientras se acercaba a mí para intentar darme un piquito.

—Un tanto azorada...

—¿Y eso? —preguntó sin poder contener su curiosidad.

—A la hora del café te cuento...

Y se lo conté y le sentó a cuerno quemado, ni más ni menos.

—Ese puñetero de Carlos no da puntada sin hilo —opinó mordiéndose el labio inferior por el coraje, lo que le hizo todavía más atractivo a mis ojos.

—Hombre, no nos pongamos en lo peor, que igual solo quería estrechar vínculos como ha dicho...

—El cuello es lo que le estrechaba yo, que se lo cogía y se lo retorció, qué gracioso el tío, no te fastidia...

Tenía un ataque de celos tal que me hizo sonreír.

—Venga, Sebitas, si tú sabes que el que me mola eres tú —le dije con gracia para quitarle hierro al asunto.

—Me está hirviendo la sangre, fijate lo que te digo...

Y esa noche, mientras compartíamos cena en una hamburguesería cercana a mi casa, comprobé que era cierto y que la sangre le hervía. Otra cosa era que siguiera siendo por los celos o que ya más bien se tratara de ese hervor que le entra a uno cuando está cerca de la persona amada.

¿Sería posible que Sebas estuviera empezando a sentir por mí lo mismo que yo por él? ¿Y por qué no? Ya era hora de subir esa autoestima tan baja que yo había mostrado en los últimos tiempos...

Jueves y las dos trepas aquellas me miraron con cara de no dar crédito cuando entré triunfante en las oficinas.

—¿Todavía sigues aquí? —me preguntaron con la cara de estar oliendo mierda que las caracterizaba.

—Sí, y si tenéis algo que alegar ya sabéis dónde está el despacho del jefe...

—Lo que hay que ver, es el último mojón que ha entrado por la redacción y se cree con derecho a pisotearnos. A esta lo que le vendría estupendamente es una carta de despido —le comentó Paola a Maca.

—Pues podíais ir probando a redactar las vuestras, que como sigáis sin dar palo al agua yo creo que aquí os quedan dos telediarios —les auguré.

—Mira, niñata, antes sales tú con los pies por delante que nosotras despedidas —A Maca parecía que se le estaban revolucionando las hormonas a base de bien a consecuencia del embarazo.

—Yo de ti me tranquilizaba no sea que en vez de dar a luz a un niño se adelante el asunto y lo des a una aceituna...

—A mi ni niño ni lo nombres, te lavas la boca antes...

—A tu niño lo respeto porque no tiene la culpa, bastante desgracia tiene el pobrecito con la madre que lo va a traer al mundo como para añadir más leña al fuego.

—¿Qué tienes tú que decir de su madre? —me preguntó Paola de lo más airada.

—Hombre, así de sopetón, tendría que estar horas explicándolo, pero si quieres te hago un resumen...

—Pues menuda madre que va a ser y encima yo voy a ser su madrina.

—Lo vais a petar entre las dos, lo veo pronunciando “socorro” como primera palabra.

—Socorro es lo que vas a tener que pedir tú, por cierto, ya te vemos la lengua muy sueltcita, no como el otro día, que a saber dónde la habrías metido para traerla así de acartonada —sonrió Maca.

—Hace falta tener valor, pero lo que se dice valor, para tirar por ahí. Desde luego que no conoces la vergüenza, tú que tienes que ostentar el récord olímpico de Lewinskys en despacho... ya me entiendes.

Lo de compararla con Mónica Lewinsky mucha gracia no debió hacerle porque la jodida sacó las uñas como un gato y comprendí que era hora de meterme en mi despacho antes de que liáramos de nuevo una zapatiesta de las nuestras.

En la puerta de este casi me como a Sebas, que parecía agazapado como un gato y que me empujó hacia dentro con pasión.

—Tú estás loquillo —le dije haciendo con el dedo en la sien el gesto de que le faltaba un tornillo.

—Ansioso por hacer contigo planes de fines de semana es lo que estoy, que ya es jueves y me estoy poniendo nerviosito.

—Ya lo veo, león —le dije casi teniéndomelo que quitar de encima.

—¿Me concederías el honor de pasar conmigo el finde en mi humilde morada? —me preguntó con carita de cordero degollado.

—De eso nada, que tú lo que quieres es llevarme al huerto —argumenté en contra de su propuesta.

—¿Tengo yo cara de plantar tomates?

—A ver... —le toqué los mofletes y le di a entender que lo que la tenía era muy dura.

Sebas era todo un showman y a cada gesto mío respondía poniendo unos caretos que me hacían doblarme en dos.

—¿Qué me dices entonces, preciosa? —Se notaba su impaciencia por saber al respecto y no me pareció bien hacerle sufrir.

—Te digo que mejor en la mía, así lo tengo todo más controlado y además también estarán cerca los chicos, por si tengo que pedirles asilo político —le saqué la lengua.

La forma tan graciosa en la que volteó los ojos hizo que me carcajeara y enseguida comprendí que era hora de que se marchara de mi despacho antes de que levantáramos las sospechas del resto de compañeros. Aunque lo de las sospechas era un decir porque allí de lo nuestro ya debía haberse enterado hasta el apuntador, gracias a Paola.

Comencé a trabajar con la sonrisa en los labios. Me fascinaba la idea de pasar el fin de semana con Sebas, pero prefería hacerlo en mi casa porque aquella era mi zona de confort.

El hecho de no haber estado con nadie más que con Pablo en el pasado hacía que todavía me mostrara un poco insegura en el terreno del amor y estar en casa ajena no me ayudaba.

Además, y aunque lo hubiera dicho en broma, que Pedro y Jorge estuvieran cerquita de mí me ponía las cosas mucho más fáciles, porque ellos me servían de amortiguador en aquellos momentos en los que necesitaba templarme un poco, parándome a coger aire. Y, además, eran de los más divertidos y siempre sabían sacarme de un apuro con una risa a tiempo.

Un rato después, mientras me calentaba las manos con el café y Sebas se fumaba su pitillo, ya estábamos enfrascados en los planes del fin de semana.

Me llamaba la atención lo fácil que resultaba pasarlo bien, sin necesidad de hacer grandes planes, con la persona con la que te apetecía estar. En nuestro caso, cualquier cosa se convertía en una fiesta. Ya fuera preparar una cena juntos, ver una peli en el sofá o acurrucarnos hechos un ovillo en la cama... todo valía para pasarlo de fábula.

Por otra parte, el hecho de que aceptara pasar el finde con él supuso que Sebas se tranquilizara un poco respecto a lo sucedido con Carlos, que todavía le soliviantaba cada vez que se acordaba.

A mí la situación me hacía gracia, seguramente porque los celos no los sentía yo, y estaba segura de que los chicos me dirían al respecto que esa era la prueba inequívoca de que Sebas estaba loco por mis huesos.

Yo esperaba que así fuera, porque también empezaba a estarlo por los suyos, y suspiraba pensando cómo sería ese primer encuentro íntimo entre ambos, en el que la pasión surgiera a borbotones.

Estaba inmersa en ese pensamiento cuando Sebas me robó un beso y yo pensé que le daría uno y un ciento y un millón de ellos...

El viernes por la mañana nuestras caras anunciaban que la llegada del fin de semana era inminente y con ella la de un montón de horas de felicidad y diversión que compartir.

Sebas llegó del mejor humor y a la hora del café los nervios se le notaban a la legua.

—Oye, cuando salgas te sigo con mi coche, ¿eh? —me decía como si fuera un niño pequeño que no deseara que nadie le robara su caramelo.

—No sé, no sé —le dije mientras él ponía cara de puchero.

—Dime que te hace la misma ilusión que a mí —me pidió mientras me abrazaba.

—Ya sabes que sí —le contesté.

—Pero no es lo mismo saberlo que escucharlo —argumentó.

—Me hace la misma ilusión que a ti si es que a ti te hace muchísima —reflexioné.

—A mí me hace más que muchísima. —Aquello parecía una competición en el patio de una guardería.

—Pues entonces te espero a la salida. —Comencé a andar hacia mi despacho.

Por fortuna, Maca y Paola no atacaron ese día, cosa rara en ellas, pero que agradecí sobremanera. Se limitaron a mirarme con su cara de estreñidas y punto.

Al contrario de lo habitual, las horas pasaron lenta y tediosamente aquella mañana. Por mucho que miraba el reloj las manillas parecían estar siempre en el mismo lugar, pero por suerte todo llega... y llegó la hora de salir.

Sebas me buscó con la mirada y siguió haciéndolo hasta que me monté en el coche. Me siguió de cerca, como si de veras para él fuera importante no perder el contacto conmigo.

Cada vez que parábamos en un semáforo, nos sonreíamos y hacíamos aspavientos con las

manos. Parecíamos dos loquillos al volante, dos loquillos... ¿enamorado?... Podía ser, solo el tiempo tendría la respuesta para esa pregunta.

Capítulo 9

Y llegamos a casa, yo rebosante de felicidad y él con esa sonrisa que no se le borraba de la cara.

Nos pusimos a preparar la mesa ya que antes de subir habíamos comprado un menú de pollo en el asador, con unas patatas al bastón y unos pimientos fritos.

Muchas ganas de cocinar no es que tuviéramos a esas horas, por lo que merecía la pena pasar ese día de los fogones e ir directamente a eso que tanto nos apetecía y que no era otra cosa que disfrutar el uno del otro sin condicionamientos de ningún tipo.

El trabajo en esos momentos ya no formaba parte de nosotros, ahora nos tocaba relajarnos en ese fin de semana tan merecido y que era completamente para nosotros, el resto del mundo quedaba en un segundo plano. Así debía ser porque ya se sabe lo que ocurre en los comienzos, que todo el tiempo nos parece poco para dedicárselo al otro.

Mientras almorzábamos nuestras miradas y sonrisas no se nos borraban, yo no sabía cómo definir a aquello, ni quería hacerlo; solo deseaba que todo fluyera y que el tiempo se encargara de poner todo en su sitio, aunque anhelaba con toda mi alma que fuera juntos, algo me decía que era la persona con la que yo quería compartir mi vida.

Nuestra relación me recordaba tanto y tanto a la canción de Dani Martín, la de “Emocional” cuando dice eso de *“Y pensar y dejarse llevar y no ponerle nombre...”*

Lo nuestro no necesitaba etiquetas o al menos yo así lo veía, ¿quién quiere ponerle nombre a algo que es bonito por sí mismo sin necesidad de ser catalogado?

Si de algo me había arrepentido a posteriori en mi relación con Pablo era de no haber sido algo más flexible en ciertos momentos, queriendo ponerle etiquetas a todo. Ahora huía de esa rigidez y me limitaba a sentir, que era de lo que se trataba.

—¿En qué piensas? —me preguntó acercando su cara a la mía todo lo que la mesa nos permitía.

—En que todo esto es muy bonito y en que tú también eres muy bonito —le contesté sin dilación.

Era lo que sentía y no me apetecía utilizar estrategias ni corazas, cosa que le expliqué.

—A mí tampoco, que esto es la vida real, no una partida de ajedrez, pequeña —me dijo dándome un toquecito en la punta de la nariz.

“La vida real”, así era, ni un juego ni nada parecido. Una vida real, la mía, que había dado un giro de ciento ochenta grados en poquísimo tiempo y que ahora llevaba la ilusión por bandera.

No sabía lo que aquel fin de semana me depararía, pero de lo que tenía la absoluta certeza era de que sería algo emocionante. Así me lo decían nuestras miradas.

—Te como... —añadí por toda respuesta, en plan loquillo y sin pensar en las consecuencias, que era como yo hacía las cosas cuando me salían de corazón.

—A ver si es verdad —suspiró como diciendo que moría porque llegara ese momento tan íntimo en el que nuestra unión no haría más que acrecentarse.

Fue tal la intensidad de su mirada que terminé apartando la mía, presa del rubor una vez más.

Estaba apañada, como no lo controlara, un día de aquellos mis mejillas iban a explotar.

—No me digas esas cosas que no sé dónde meterme —terminé confesándole con la cara al completo ya al rojo vivo.

—Tendré que seguir diciéndotelas porque en momentos así te vuelves todavía más deliciosa y mira que es complicado —me comentó.

Recogimos la cocina y lo escuché tras de mí, no tardó en rodearme por la cintura mientras yo fregaba los platos, apoyó su cabeza sobre mi hombro y me susurró un...

—Gracias por dejarme estar en tu vida.

—No me digas eso, gracias a ti por estar aquí.

—Lo estaría todos los días de mi vida —decía sin soltarme.

—El tiempo será el que lo decida.

—Y nosotros —rio y luego me besó la mejilla.

También tenía razón... yo era muy dada a hablar así: “que si el tiempo decidirá”, “que si lo hará el destino”, cuando en realidad al tiempo y al destino hay que echarles una manita y nadie mejor que los interesados para hacerlo.

Se apartó para preparar el café y mi vaso de leche, ese día no quería té, tenía el cuerpo un poco cortado y necesitaba algo más consistente. Lo cierto es que no sabía ni lo que necesitaba, pues el asunto era que los nervios estaban haciendo mella en mí, pero pensé que la leche me vendría bien para calmarme.

Nos lo tomamos en el sofá sentados uno al lado del otro y mi pierna por encima de la suya, él fue quién me la colocó así, yo aún no me atrevía a mucho y me sentía un poco avergonzada, Sebas me imponía mucho, menos mal que él sabía cómo manejar la situación.

Sí, lo tenía pensado, lo mejor sería que él la manejara y yo me dejara llevar. Seguro que así lograría que mis nervios se esfumaran, que era de lo que se trataba.

En un momento de esos que sueltas el vaso sobre la mesa y no sabes cómo, me vi encima de él comiéndonos a besos y es que en ese instante sentí que ahí pasaría algo, entre los dos había mucha tensión sexual y estaba a punto de explotar.

Un pellizco en mi estómago se hizo en el momento que noté cómo su miembro se endurecía y es que estaba sobre él, pero me gustó que yo fuera el motivo que produjera esa sensación.

Normal, llevaba demasiado tiempo casi muerta en el plano sexual, no sintiéndome deseada por nadie y Sebas estaba suponiendo para mí esa válvula de escape a través de la que canalizar lo mucho que yo tenía para entregar.

Mi sofá era bien amplio y se estiraban más los asientos, así que teníamos todo perfecto para que sucediera aquello que se iba viendo y es que terminó deshaciéndose de mi pijama dejándome en ropa interior.

Reconozco que me daba vergüenza ya que como sabéis tenía unos kilos de más, pero en sus ojos vi tanto deseo que poco a poco se me fue quitando eso de la cabeza y me relajé en las caricias que iba recibiendo por todos los rincones de mi cuerpo.

—Sebas yo... No sé si estoy del todo preparada, cariño. Verás, que no es que no lo desee, que lo deseo más que cualquier otra cosa en el mundo, solo es que...

—Solo es que debes dejarte llevar, relajarte y disfrutar, preciosa. No te preocupes, que todo va a ir como la seda...

Me lo dijeron sus labios y me lo demostraron los suaves besos con los que fue regando todo mi cuerpo. No se podía negar que él era consciente de que para mí aquella situación suponía un trago que no sabía cómo pasar y que estaba dispuesto a dejarse la piel porque todo fuera de lujo.

La cosa fue intensificándose y ya estaba yo debajo de él mientras jugueteaba a besos por todo mi cuerpo y conseguía quitar aquel sujetador que dejaba mis pechos al aire para él...

Yo misma los miré y comprendí que aquellos kilitos de más favorecían mi delantera, que era bastante generosa. Pronto comprobé cómo se convertía en objeto de su deseo, ya que parecía amasar mis pechos como si de un tesoro se tratara.

Para mí el auténtico tesoro estaba siendo el sentir que la complicidad entre nosotros aumentaba en ese momento, por lo que terminé resoplando, aliviada.

—Espero que ese resoplido sea de alivio y no de queja —añadió, bromista.

—Es alivio, es alivio, pero no tientes a tu suerte que no sé si soy una sola Jimena o tres, de los nervios que tengo.

—Eres una sola y preciosa, por cierto. Si ya te intuía bonita, no puedo expresar con palabras cómo te veo ahora.

Con palabras no podría hacerlo, ni falta que hacía. Me lo indicaban sus ojos, unos ojos que recorrían toda mi anatomía acariciándola con tanto tacto que ya intuía yo que ese hombre iba a saber cómo llevarme al cielo antes siquiera de que yo tomara conciencia de que me estaba elevando.

Los tocó, besó, acarició, los puso duros como una pared y se me escapó un jadeo que lo hizo continuar por mi zona más prohibida, por esa que hacía tanto tiempo que no tocaban. Bueno, mi expareja fue el único que la tocó, ya que yo comencé con él siendo bastante joven y desde que lo dejamos no había pasado ningún hombre por mi vida.

Me dejé llevar por sus masajes, besos, su lengua se volvió loca por toda mi zona al igual que sus dedos, esos que me llevaron a jadear incansablemente hasta llegar al orgasmo.

Ya lo imaginaba yo, Sebas me haría tocar las estrellas, ¡y cómo! Alcancé ese orgasmo mencionando su nombre. Bueno, quien dice mencionándolo dice chillándolo, pues llegó un momento en el que me encontré absolutamente desinhibida y ya me daba igual ocho que ochenta.

Ahora sí que me había soltado la melena y en Sebas encontré esa mezcla de suavidad inicial que fue quedando a un lado para dejar paso a un amante pasional que sabía cómo hacerme pasar de cero a cien en décimas de segundos.

La graduación que supo darle a aquel primer asalto sexual entre ambos logró que pronto adquiriera la seguridad que tanta falta me hacía en ese terreno.

Laxa, lo miré con devoción y la forma en la que me devolvió la mirada volvió a encenderme como si de un radiador se tratara.

Luego lo hicimos de mil formas, sentada sobre él, acostada debajo, luego encima, más tarde a cuatro patas como se solía decir, pero lo hicimos de mil maneras y sentí que aquello era mucho más de lo que jamás había tenido; el sexo con él me hacía entrar en dimensión y su cuerpo espectacular, sería delito el no perderse en él ¡Vaya cuerpo!

El reflejo de ambos que encontramos en el espejo que yo tenía situado enfrente invitaba a perderse en él.

—Formamos una pareja fabulosa —me decía agarrando mi cara para que la viera junto a la suya.

—Te como esa fábula de la que hablas —añadía yo, relajada y muerta de la risa.

Ese día se nos fue de las manos, lo pasamos todo el tiempo desnudos en aquel sofá, sin dejarnos de tocar, de acariciar, no paramos hasta la cena y ahí ya llevábamos triplete... ¡Vaya aguante el del nene!

Me reí pensando que Pablo me había vendido la moto en el pasado, pues aunque el sexo con él

no había sido malo, tampoco se parecía ni por asomo a este al que acababa de asomarme con Sebas.

Cielos, no podía ni imaginarme lo que podría ser mi vida al lado de él, con un amante tan ardiente cada noche en mi cama. Al final íbamos a necesitar pinzas en los párpados para ir a trabajar, porque como no reguláramos la faena, allí dormir, dormir, lo que se dice dormir no íbamos a dormir demasiado.

Esa noche fue especial, nos fuimos a la cama donde de nuevo nos perdimos en esa intensidad de los deseos y es que no podíamos parar de hacerlo, no me esperaba la explosión que había surgido entre nosotros y en lo que había derivado.

—Esto es una locura —le chillé feliz.

—Una locura sería perdérselo, pequeña. Prepárate para disfrutar porque esto va a ser...

—¿Cómo una montaña rusa?

—No, porque aquí todo va a ser estar en la cima, sin caídas —me guiñó el ojo y a mí lo que se me cayó fue el resto, porque yo me perdería en ese guiño para siempre.

El sábado por la mañana no estaba en mi cama, ni en mi casa, me extrañó mucho y me di cuenta de que tenía un mensaje en el móvil diciendo que había bajado a por pan calentito para desayunar. Era un amor y seguidamente lo escuché entrar, se había llevado mis llaves.

Resultaba curioso, unos segundos sin él y ya lo estaba echando de menos...

Le sonreí y besé, es que no podía ser de otra forma, era muchos los sentimientos surgidos entre nosotros y sobre todo algo que no se podía definir pero que nos llevaba a notar que solo queríamos estar el uno con el otro.

Un rato después, sin poder dejar de tocarnos, decidimos ducharnos juntos y fue un momento de esos de lo más divertidos y es que Sebas tenía un carácter muy irónico y todo lo hacía de forma que te terminaba sacando una sonrisa o te dejaba pensando si era en serio o te estaba vacilando. Sin embargo, me encantaba, tanto como que me notaba enganchada emocional y sexualmente a él, a partes iguales.

—Como esto siga así, no sé dónde vamos a llegar —le dije entre risas mientras dejábamos que el agua refrescara nuestros ardientes cuerpos, pues a pesar de ser invierno era tanto el calor que emanábamos que optamos por ponerla templada.

—No seré yo quien le ponga cortapisas a esto que estamos sintiendo —me contestó con su mirada penetrando la mía, mientras su miembro amenazaba con hacer lo mismo con otra parte de mi cuerpo.

No dejaba de decirme lo bonita que era y lo mucho que le ponía, me hacía gracia, pero me sentía halagada y feliz por causarle aquello. Y más siendo él un Adonis que debía estar acostumbrado a tener a la chica que le apeteciera en su cama.

Bajamos a comer a casa de los chicos, ya que se lo habíamos prometido y Pedro había cocinado un pastel de carne con verduras que quería que probáramos.

—Tienes cara de bien follada —murmuró Jorge a mi oído cuando quedamos los dos solo preparando la mesa del salón.

—Te pueden dar por saco —reí.

—Y a ti, te dieron a ti —me sacó la lengua y se hizo un silencio entre sonrisas cuando llegaron los chicos.

De bien follada y de bien querida, de eso es de lo que tenía cara y me sentía feliz por ello. Y encima tenía la oportunidad de compartir esa felicidad con aquellos amigos que ya sabía yo que siempre estarían para lo bueno, pero también para lo malo. La amistad que habíamos fraguado era

de esas para siempre.

Durante el almuerzo nos reímos un montón, los chicos comenzaron a decir que el Fin de Año lo deberíamos de pasar en la cabaña todos juntos, hablaban de irnos unos días antes y regresar unos días después, que ellos tenían que estar con sus familiares el día veinticuatro por la noche y veinticinco al mediodía, pero que luego se quedaban libres.

Yo protesté diciendo que aún faltaban muchas semanas para ello, pero no, Sebas dijo que estaba de acuerdo y que podíamos contar con ellos, además en esos días todos teníamos vacaciones, ya que en la revista desde el veinte de diciembre al seis de enero se trabajaba telemáticamente y podíamos hacerlo desde allí.

En Navidad yo solía comer con mi tía, siempre el veinticinco al mediodía, luego el resto de los días los había pasado con la familia de Pablo desde que murieran mis padres, así que nunca me había sentido realmente sola y por lo que se veía este año tampoco lo estaría. Además, Sebas dijo que el veinticuatro por la noche me llevaría con su familia ¿En serio estaba haciendo ese tipo de planes conmigo? Moría de amor...

—Estáis todos muy loquillos, pero apoyo la moción —terminé diciendo mientras alzaba mi copa para brindar con ellos una vez más, allí los brindis no faltaban.

—Tú estás muy contenta porque te han “apoyado” pero de otra manera —soltó Jorge con descaro y se formó la marimorena en la mesa.

Después de media tarde nos despedimos y subimos para mi casa, nos pusimos a preparar la cena entre abrazos, besos y hasta bailamos un poco de salsa que sonaba desde la radio del salón, Sebas transmitía mucha buena vibra, sabía hacer cualquier momento especial y conmigo todos lo eran, me sentía en un cuento de hadas y me daba mucho miedo que aquello terminara.

La cena fue preciosa, puso una vela grande sobre un lado de la mesa, apagó la luz y con esa y otras que puso por el salón, cenamos en un ambiente de lo más romántico y...

Sí, en esos momentos todo nos ponía como una moto y durante esa cena se podía ver por el tonteo que nos traíamos que el postre sería aquello que había comenzado a elaborar el día anterior, un chute de sexo para nuestra tensión sexual.

Y así fue cómo pasó, de la cena pasamos al lío y del lío a quedarnos abrazados eternamente, de la misma manera que amanecemos.

Llovía a mares, se escuchaba desde la cama donde comenzaban aquellos primeros besos de la mañana y donde la felicidad seguía constantemente adueñándose de mí y es que me sentía pletórica.

—No te muevas, ahora vuelvo, voy a por pan.

—Pero si hay de ayer y se puede tostar.

—No, lo mejor es pan recién hecho —me besó y se levantó.

Era como si lleváramos toda una vida juntos y nuestras vidas ya estuvieran de alguna manera afianzadas y eso me daba miedo, en cierto modo no quería ilusionarme con algo que luego no siguiera, pero es que no había una sola razón que me hiciera pensar que esto para él era un juego.

Desayunamos entre charlas y luego nos fuimos a casa de los chicos a ayudarles a preparar el almuerzo, ya que íbamos a comer con ellos. Ese día habíamos quedado en hacer una pasta y unas *brusquetas*, tocaba italiano.

Pasamos varias horas con ellos y por la tarde Sebas subió a por sus cosas, pero antes de marcharse me dijo algo que no esperaba...

—Vente conmigo, yo es que no tengo aquí la ropa de trabajo, pero tú puedes cogerla y venirte conmigo, mañana después del trabajo yo te traigo.

—¿No te aburres de mí?

—Creo que no puedo estar sin ti —me besó y me dio un cachete en el culo haciendo el gesto de que me fuera a preparar una bolsa con mis cosas y a mí, me faltaron cero como dos segundos para preparar todo e irme con él.

Recogimos por el camino unas pizzas que pidió por teléfono y que fue llegar y se la entregaron del tirón, yo me esperé en el coche, pues él lo había dejado en doble fila.

Llegamos a su piso directos desde el ascensor que había en el garaje y que llevaba a todas las plantas del edificio. Su casa era preciosa, tenía mucho gusto y una cocina que era más grande que mi salón, con muebles de lo más modernos y en roja, una pasada, un rojo vivo con una encimera de piedra en blanco que llamaba poderosamente la atención.

Era un piso amplio, decorado de forma que si Pedro lo viera le daría un diez y es que lo miraras por donde lo miraras no le faltaba un detalle.

Cenamos en la cocina y luego nos fuimos al salón a ver un poco de tele mientras permanecíamos abrazados y siguiendo con ese tonteo que no cesaba entre nosotros.

Nos fuimos a la cama temprano, nos quedamos dormidos abrazados y sintiendo que aquello era el inicio de algo muy bonito entre nosotros.

Capítulo 10

La alarma nos advirtió de que era hora de levantarnos para ir al trabajo, así que nos fuimos directos a la ducha para que nos diera tiempo a tomar mi vaso de leche y su café.

Llegamos al trabajo y las chicas estaban ahí, nos miraron de arriba abajo y yo como siempre sonreí con esos dientes, dientes que era lo que les jodía. Qué bien me había aplicado el cuento que me enseñaron mis amigos.

Escuchamos que Paola murmuró a Maca que lo nuestro sería visto y no visto, como que no aguantaríamos y en ese momento Sebas me echó la mano por encima antes de entrar a mi despacho y me besó los labios. Ahí lo llevaban y si querían más que vinieran a por otra.

Me puse a trabajar a contrarreloj, quería acabar lo antes posible para dejar una parte de los artículos de por la tarde también finiquitados, así que no me distraje y me centré en ello hasta la hora de mi cita con el hombre causante de mi nueva felicidad.

Sebas me advirtió en el momento café de que al mediodía me tenía una sorpresa y que debía comer con él, con ese descaro me dejó con la intriga todo el resto de mañana en la que los nervios se apoderaron de mí, tanto fue así que escribí como una loca y a la hora de la salida ya tenía todo terminado, inclusive lo de la tarde ¡Con dos ovarios!

Cuando salimos Paola nos miró con ese desprecio que vivía en ella y que era constante, yo ya me había acostumbrado y era como un mueble por el que debía pasar por delante, absoluta indiferencia, eso sí, con unos dientes, dientes que le jodían bien.

Llegamos a un restaurante y nos pasaron rápidamente hacia dentro, se veía que lo conocían y cuál fue mi sorpresa que allí me tope con...

—Ellos son mi madre, Lili; mi padre, Anselmo y mi hermana, Julia.

—Hola —dije apretando los labios y besando a uno por uno.

—Ella es la mujer que está poniendo mi mundo patas arriba —soltó y rieron todos e incluso me felicitaron por ello.

Su familia era lo más noble que había visto en mi vida, personas sencillas con unos valores preciosos que consiguieron que en pocos minutos me sintiera uno más de ellos y eso sí que no me lo esperaba.

Estuvimos almorzando entre risas, confidencias y sin tener que explicar más que lo que ya les habría dicho Sebas antes de aquella comida.

Me hicieron prometer que en estos días iría a comer con Sebas a su casa y por supuesto me pareció un gesto de lo más bonito. Como no podía ser de otro modo acepté encantada.

Tras unos cafés de sobremesa nos despedimos de ellos y fuimos a casa de Sebas a por ropa, esta noche decía que dormía con su novia, así me llamó y se quedó tan pancho ¿Era verdad todo aquello que nos estaba pasando o eran mis miedos los que me impedían ver que él iba en serio conmigo?

Tras recoger las cosas nos fuimos hacia mi casa, me hizo mucha gracia porque cogió un montón de cosas y sobre todo de aseo personal y lo puso en un lado en el baño.

—Yo voy a dejar aquí ropa para que no tengamos que estar así y tú vas a dejar en mi casa para

lo mismo.

—Me estás acojonando —preparaba mi pijama para después de la ducha.

—Te estoy advirtiéndote de que me da igual que sea aquí o allí, pero que no me pienso separar más de ti.

En ese momento un escalofrío recorrió mi cuerpo, las mariposas comenzaron a despertar en mi estómago y lo miré fijamente, levanté la ceja, fruncí el labio y...

—¿Vamos a vivir juntos?

—Ya lo hacemos ¿no?

—Bueno... —me tapó la boca con un beso y no me dejó terminar.

—¿Estás feliz junto a mí? —me preguntó mirándome fijamente y sin soltar mi cintura.

—Lo estoy, demasiado feliz...

—Pues no hay nada que más que hablar, solo espero que confíes en mí y yo ser capaz de hacerte sentir la mujer más amada del mundo.

—Me vas a hacer llorar...

Fue en ese mismo instante en que comprendí que a veces a quien cuidas durante diez años y crees que será el único hombre de tu vida, de repente desaparece y te cambia por alguien que conoce un día.

Y sin embargo algo que surge de forma imprevista y rápida, puede ser aquello que colme tu vida de dicha.

Desde entonces todo fue sobre ruedas, cogimos la rutina de unos días en mi casa y otros en la suya. Muchos días comíamos con los chicos y algún que otro fin de semana pasábamos los cuatro el día juntos, a fiesta pijama como decíamos.

Volvimos otro fin de semana a la casa de sierra y lo pasamos en grande.

Maca y Paola siempre andaban provocándonos, pero pasábamos de ellas, la verdad es que no nos importaba un bledo lo que pensarán de nosotros.

Los padres y hermana de Sebas tenían pasión conmigo y siempre estaban pendiente a mí, comíamos con ellos de vez en cuando y su madre me regaló una preciosa pulsera de plata vieja que era una preciosidad. Yo sentía como que me trataba igual que lo hacía mi madre, esa mujer era una bendición en mi vida.

Todo marchaba sobre ruedas y veía nuestro amor afianzándose cada día más.

Capítulo 11

A pocos días de las Navidades, yo no cabía en mí de gozo...

Y no me refiero a que hubiera engordado, ¿eh? De hecho, Sebas y yo hicimos un pacto para comer lo más sanito posible en los días de entre semana, de modo que pudiéramos cometer ciertos excesos en los fines sin sentir demasiados remordimientos.

Después de unas semanas de duro trabajo, pues yo era cada vez más consciente de que si daba el do de pecho en aquella redacción podría llegar alto, nos estábamos mereciendo un descanso que sin duda nos llevaría a pasar aquellas fechas tan entrañables de un modo extraordinario.

Era el día veinte de diciembre y tocaba la célebre comida de Navidad que suele celebrarse en todas las empresas. A Sebas y a mí no es que nos apeteciera en absoluto tener que acudir, pero entendíamos que era un mal menor y que después de aquel ratito de parafernalia ya lo tendríamos todo listo para dar el pistoletazo de salida a unos últimos días del año que serían memorables.

—¡Toma ya! Estás impresionante, las arpias esas se van a arañar cuando te vean —Sebas dio un silbidito cuando me vio salir del baño esa mañana.

Las ocasiones especiales estaban para lucirse y yo me había comprado un modelito en amarillo mostaza con el que mi chico me indicaba que estaba que quitaba el hipo.

—Pues anda que tú, estás que vas a dejar muda a más de una, ni el Lucifer ese de la serie te haría sombra...

—¿Lucifer? ¿Te gusta el tal Lucifer? —me dijo como haciéndose el celoso y a mí me dio un ataque de risa.

—¿A mí? Para nada, para nada —me hice la tonta.

—Que no me entere yo, que le corto el rabo, por muy demonio que sea...

Lo mejor no era ya escucharlo sino ver sus gestos mientras decía esas cosas, yo me doblaba en dos con sus bromas.

Nos montamos en el coche resoplando porque ese día teníamos faena por delante con la dichosa comidita, aunque afortunadamente en las últimas semanas las cosas estaban más tranquilas por la oficina. Incluso llegué a pensar que era posible que Paola y Maca se hubieran hartado por fin de tanto juegucito sucio como se traían y hubieran entrado en razón, que para algo aquella era una redacción y no un parvulario.

El asunto era que tuviéramos la fiesta en paz y nunca mejor dicho.

La mañana se me hizo algo más larga de lo habitual, aunque siempre con la alegría de esa “cita” a media mañana que Sebas y yo seguíamos manteniendo cada día, que para eso los dos teníamos muy claro que las buenas costumbres no se debían perder.

Al mediodía, todos los empleados nos dirigimos a uno de los mejores restaurantes de la ciudad, que Carlos tendría otros defectos, pero no precisamente el de ser tacaño.

La comida fue opípara y además Sebas y yo, con mucho ojo, nos rodeamos de algunos de los compañeros con los que más feeling sentíamos, lejos de Maca, Paola y compañía.

Curiosamente, yo notaba como si en los últimos tiempos me hubieran puesto una vacuna contra esa pandilla de ineptas, que eran ridículas a más no poder. A Maca ya se le notaba su estado de

buena esperanza, pero aun así se empeñaba en embutirse en unos vestidos tan estrechos que al final el pobre niño iba a gritar lo de “socorro” incluso antes de nacer.

Paola estaba súper pendiente de ella y es que a menudo mi chico y yo hacíamos bromas con el hecho de que parecían pareja, de lo mucho que se respaldaban y cuidaban.

—Míralas, Dios las cría y ellas se juntan —me decía Sebas con alguna copita de más.

—Sí, sí, pero ni mires, que igual nos detectan y nos lanzan un rayo asesino que nos fulmine.

—Huy, si esas nos hubieran podido fulminar lo habrían hecho ya, te aseguro que no estábamos tú y yo aquí todavía tan campantes....

—En eso tienes razón, cariño, pero por si acaso...

Después del almuerzo, baile con barra libre... Por Dios si aquello más que una comida de Navidad parecía una boda.

—Dos miradas le he visto ya echarte al jefe, Jimena. Ese no se quiere bien, vamos a bailar para enseñarle quiénes forman la pareja de moda de la oficina —me indicó Sebas un tanto afectadillo ya por el alcohol y con la broma de que Carlos seguía un poco por mí.

—Te recuerdo que somos la única pareja de la oficina, después de que Carlos y Maca terminaran como el rosario de la aurora...

—Pues mira, eso es verdad, pero vamos a bailar igualmente que quiero presumir de chica.

Tres, cuatro, cinco, seis... perdí la cuenta de cuántas canciones pudimos bailar los dos y de cuánto pudimos reírnos, pues con Sebas las cosas funcionaban así, nuestra vida era un continuo festejo.

—Mi amor, voy al baño que tengo que cambiarle el agua al canario —me indicó mientras se señalaba la bragueta.

—Dale, anda...

Yo no podía estar más encantada con él. Inmersa en ese pensamiento, no me di cuenta de que Carlos se acercaba para pedirme bailar con él...

Calor, lo que se dice calor, sentí tela marinera. Qué poquita gracia sabía yo que le iba a hacer a Sebas salir del baño y encontrarme bailando con él, pero también me parecía de lo más descortés negarle un simple baile a un hombre que en el fondo jamás se había pasado un pelo conmigo y que para colmo era mi jefe.

No obstante, reconozco que el baile se me atravesó un poco y que, a pesar de ser pegado, yo traté de que entre nosotros corriera el aire. Mientras, buscaba a Sebas con la mirada sin resultado alguno.

Un escalofrío empezó a recorrerme, ¿y si me había visto desde algún rincón del salón y le había sentado tan mal que se había marchado?

Desde que estábamos juntos yo no sabía lo que era ni una simple discusión con Sebas y no tenía ganas de que tuviéramos la primera tontería precisamente en un día tan señalado. Pero algo me decía que probablemente iba a importar poco lo que yo quisiera...

Contando los segundos para que acabara el baile, esperé a que esto sucediera para correr en dirección al baño por si mis sospechas no eran ciertas y simplemente Sebas seguía allí.

Fue entonces cuando noté que mi móvil vibraba. Esperaba que fuera él y que me dijera que había salido a tomar aire a la calle o algo parecido. Seguro que iba a ser eso, no debía ser tan pájaro de mal agüero, que a veces tendía a ser un poco ceniza...

Desbloquéé el móvil y en décimas de segundo el que se bloqueó fue mi cerebro. No podía dar crédito a lo que veía...

Desde el teléfono de Maca, que yo tenía registrado porque ambas estábamos en un grupo de

WhatsApp de los trabajadores de la oficina, me llegó un vídeo y lo que se vio en él dejaba poco lugar para la duda; de espaldas se veía a Paola besándose con un hombre, un hombre al que yo conocía muy bien...

En un momento toda mi felicidad se hizo añicos, ¿cómo había podido ser tan miserable? Me venían muchas teorías a la cabeza y ninguna era buena, ¿se trataba de un bajabragas al uso al que le habían bastado un par de copas para tirarse en brazos de su ex? ¿O quizás el hecho de que yo estuviera bailando con Carlos le había molestado lo suficiente como para creerse con derecho a ponerme los cuernos?

Fuera como fuese, aquello no tenía perdón del cielo. Debía ser más bien esto último, estaba segura, sus celos eran reales y no de broma. Joder, cómo se las gastaba Sebitas. Y encima a la otra le habría faltado el tiempo para morrearse con él con tal de que su amiguita lo grabara todo y pudieran partirme el corazón a placer...

Atajo de desgraciados, no quería volver a verlos a ninguno ni en la hora de mi muerte. Y encima eso no sería posible porque tendría que volver a trabajar allí cada día...

¿Qué iba a pasar a partir de ahora? ¿Se harían amiguís los tres y me criticarían al entrar en la redacción cada día?

Por el amor del cielo, la cabeza me daba tantas vueltas que creía que me iba a dar un soponcio. Y encima estaba lo de mi corazón, que parecía que se me saldría del pecho en cualquier momento, ¿cómo podía doler aquello tanto y tanto? Era una auténtica maldición...

Sí, sí, una maldición. Me perseguían los sinvergüenzas y yo era una tonta del bote que todavía no me había enterado de cómo funcionaba la película. Solo dos nombres vinieron entonces a mi cabeza; Jorge y Pedro, mis amigos del alma, que sabrían comprenderme y consolarme como nadie.

Capítulo 12

Corrí hacia mi coche y un manto de agua me acompañó. Había empezado a llover torrencialmente mientras estábamos en la fiesta, ¿un oscuro augurio de lo que estaba por venir? Pues seguramente...

No sé cómo pude ponerme al volante en esas condiciones, ni siquiera recuerdo lo que pasaba por mi cabeza en esos momentos, ni cómo llegué hasta mi edificio sin sufrir un accidente. Parecía como si hubiera puesto el piloto automático y el coche me hubiera llevado solito hasta allí, ¡qué horror!

Cogí el bolso y comprobé que incluso el móvil me había dejado en la fiesta, se me debió caer de las manos del impacto que sufrí por culpa de la mierda de vídeo que acababa de cambiar mi futuro para siempre.

Con el pelo que se me podía exprimir y los ojos inyectados en sangre toqué a la puerta de los chicos y Pedro abrió.

—Jimena, por Dios, ¿qué te ha pasado? Vienes que le das un susto al miedo, hija mía.

—Pedro, mi vida se ha acabado. Soy una tonta, una mema, una ilusa, una...

—¿Qué dices? Por favor, qué estrés, nena explícate.

—Sebas me ha puesto los cuernos en la comida de la empresa con Paola. —Utilicé el dorso de mi mano para retirar algunas de las lágrimas que empañaban mis ojos y así poder ver a mi amigo con mayor claridad.

—Lo parta un rayo, ¿qué dices?

—Lo he visto con mis propios ojos...

—¿Con tus propios ojos? Me caigo muerto en la piedra —Hizo como que le daba un vahído.

—Bueno, a través de la cámara, pero con mis propios ojos. Me ha enviado el vídeo Maca.

—¿La gremlin preñada esa? Esto es un sainete, a mí me va a dar algo. Entra que preparo ahora mismo una tila triple para los dos.

Si no hubiera estado rota de dolor, me habría reído con su comentario de la “gremlin preñada”, pero aquello es que me estaba superando por todos lados.

—La misma, ¿tienes clínex?

Necesitaba sonarme los mocos y después chillar y patalear y...

—¿Clínex? Una sábana de algodón del bueno es lo que vamos a coger y cada uno se va a sonar por cada lado, yo estoy en shock...

Con las piernas temblando lo esperé y en estas entró Jorge por la puerta.

—Jimena, me ha llamado Sebas, está que le va a dar un infarto.

—¿Un infarto? No caerá esa breva, un miserable corneador es lo que es...

—Jimena, temple esos nervios, tengo algo que contarte.

—Si es de ese malparido puedes ahorrártelo, no quiero verlo ni en pintura.

—Pero criatura, ¿tú qué crees haber visto?

—Yo he visto un vídeo que menos mal que era el comienzo del temita, porque tenía visos de convertirse en una película porno. Qué ascazo, yo le retorcí el pescuezo con mis propias

manos...

—Y estarías cometiendo una gran injusticia.

—¿Una gran injusticia? Tú no sabes lo que es eso. Una gran injusticia es haber querido a otro cerdo y que me vuelvan a haber clavado una daga en el corazón, así en pleno día de fiesta.

—¿Y si te dijera que la daga en el corazón se la han clavado a él?

—Y una mierda, el que iba a clavar algo era él y no precisamente la daga, era más bien el sable, que lo he visto yo con estos dos ojitos que tengo en la cara.

—No seas necia, ¿de verdad creías que Paola y Maca se habían dado por vencidas, así como así? Te han tendido una trampa y tú has entrado hasta el fondo, no eres más inocente porque no entrenas.

—¿Cómo? ¿Una trampa?

—A ver, guapa, ¿cuánto duraba el vídeo?

—Unos segundos, yo qué sé...

—Unos segundos, ¿y no sería el tiempo suficiente para quitársela él de encima? Mira que casualidad que pudiéndote enseñar más cosas que te hicieran tela de daño solo dura unos segundos... Paola se le ha tirado encima y la otra hiena ha grabado el tiempo justo antes de que Sebas pudiera reaccionar y la mandara a tomar por donde amargan los pepinos, que es lo que ha hecho.

—¿Te lo ha contado él?

—Pues claro que me lo ha contado él y te lo hubiera contado a ti si no hubieras salido corriendo, dejándote allí hasta el móvil. Él lo ha encontrado y ha visto que Maca te ha enviado el vídeo...

—Joder, ¿me lo dices en serio y no es para que arreglemos las cosas?

—¿Me crees tan malnacido como para volver a lanzarte a los brazos de un hombre al que yo considerara un mujeriego?

—No, amigo, yo sé que me quieres mejor que eso.

—Pues entonces, termina de sonarte los mocos que tu novio viene para acá en un taxi y ahora los clínex los va a necesitar él.

Diez minutos después llegaba el taxi con Sebas. Yo apenas podía creer que en tan corto espacio de tiempo hubiera mandado al garete la relación para luego volver a retomarla.

Le esperé en la puerta de la calle y nos abrazamos como si estuviéramos rodando una película. Enseguida comprobé que Jorge tenía razón y que ahora la sábana la iba a necesitar Sebas, pues venía totalmente compungido.

—Mi niña, ¿de verdad creías que yo te había dejado para irme con la bruja esa? —me preguntó mientras me ahuecaba en su pecho.

—Es que reconoce que las pruebas eran bastante determinantes. Ahora que te prometo una cosa, a esa la cojo por el moño en cuanto volvamos de vacaciones.

—No te preocupes que acabo de informar a Carlos del asunto y me ha dicho que ya pueden ella y Maca sacarse la tarjeta del paro, que hasta hoy han llegado en la empresa.

—Me da una pena que no sé si voy a poder resistirla, pero bueno, qué se le va a hacer. Cada uno tiene lo que se merece. Y esas dos se merecen que el karma se encargue de ellas...

—Sin duda, preciosa, pero mientras se va a ir encargando el jefe, por aquello de si al karma le da por tardar, tú me entiendes...

Entenderlo era un gusto, y volver a escucharlo, abrazarlo y besarlo. En cuestión de una hora mi vida se había ido entera a pique y ahora se reflotaba gracias a un Sebas que me demostró ese día

que nuestro amor era fuerte como el acero y que ninguna triquiñuela maligna iba a poder con él.

Jorge y Pedro bajaron también a la calle y, ni cortos ni perezosos, empezaron a aplaudir, lo que atrajo la atención de algunos transeúntes que hicieron también lo mismo, quedando esa escena para siempre en nuestras mentes.

Capítulo 13

Era Nochebuena, estábamos cenando en casa de los padres de Sebas y aquello era un momento de lo más bonito que habíamos vivido hasta la fecha.

Su madre nos dio un regalo a cada uno y me sorprendió al comprobar que el mío era exactamente el mismo que el de su hija, un caro reloj de una marca conocida y que era precioso; gracias a esos detalles me daba cuenta de que me trataba como a una más de ellos y eso me emocionó mucho.

Esa noche salí de su casa de lo más feliz y al día siguiente vino mi tía a comer con nosotros, con su hábito incluido. Sebas y ella ya se conocían porque había estado comiendo con nosotros un par de veces, así que todo fluyó de manera muy natural.

A la mañana siguiente salimos con los chicos a pasar hasta el día dos a la casa de la montaña, en nuestra revista este año nos dieron hasta el siete de enero trabajando a distancia, así que todos como de vacaciones y con ganas de pasar los previos y el día de Fin de Año desconectados del mundo.

Hicimos una compra que fue brutal, daba miedo verla, vamos que no íbamos a tener que salir en todo el tiempo de allí. Además, nos iban a dejar el pan cada mañana en la puerta colgado ya que el super tenía un hombre que surtía a toda la zona.

La zona estaba cubierta por un manto de nieve, aquello era una preciosidad de esas que te hacen sentir alejado de todo, era algo inexplicable pero que te conectaba con el lugar.

Colocamos primero la compra, lo que nos llevó un buen rato y luego deshicimos las maletas. Eran para verlas, chándales y pijamas.

—Anda que venimos nosotros preparados para las fiestas —les dije viendo el percal.

—¿Quieres tú más fiesta que la que vamos a montar aquí nosotros, niña? —me contestó Pedro enarcando la ceja.

Entre Sebas y yo existía una complicidad bastante grande, nuestras miradas hablaban lo que no hacía falta que hicieran nuestros labios. Nos sentíamos como el primer día en el que las mariposas comenzaron a aparecer, desde entonces ahí estaban, revolucionadas y bailando al son de nuestros sentimientos.

Los chicos se habían convertido en nuestros hermanos de corazón, había una unión entre los cuatro que iba más allá de las risas y quedar; se trataba de estar en las duras y en las maduras y con ellos eras así, de modo recíproco.

De hecho, yo nunca iba a olvidar que días antes su intervención había resultado crucial para que se resolviera aquello que de otro modo hubiera supuesto el caos entre Sebas y yo. Ellos y solo ellos con su buen hacer pudieron hacerme entrar en razón. Valían su peso en oro nuestros amigos.

Horas después decoramos la casa, bonitos eran los chicos para pasar una semana como esa sin que allí se plasmara la más absoluta esencia navideña y como ellos decían, hasta después de Reyes era Navidad.

Y no penséis que decorar y ya, no, hasta en un rincón de la cocina que daba al salón a través de una mesa de piedra gigante se puso una bandeja con bebidas como moscatel, anís y demás, además

de otra bandeja con dulces navideños que no parecían tener fin, ¡impresionante el cargamento que habíamos llevado!

—Esto tiene que estar así hasta que nos vayamos —dijo Jorge aplaudiendo al ver todo tan bien colocado.

—Me pongo a preparar el pollo al horno que vosotros estáis locos —dije negando y sacando toda la verdura y especias que les echaría por encima.

—Yo te preparo la vida —murmuró Sebas por detrás agarrándome por la cintura.

—Tú quita que hay gente y ya te veo queriendo rematar la faena en aquella mesa —carraspeé.

Los chicos comenzaron a decir que si queríamos se iban al cuarto y les amenacé con un gesto con el cuchillo.

—De aquí no se mueve ni Dios, este está bien servido —hice un guiño y seguí a lo mío mientras ellos se carcajaban.

Se avvicinaban días de lucha con los chicos, en este caso con los tres y es que estaban todos desatados; de una forma u otra estaban con ganas de vivir unas constantes fiestas.

Pasamos un día tranquilo porque habíamos entregados varios artículos por adelantado de diversos temas actuales así que íbamos bien, pero al día siguiente nos teníamos que poner a ratitos las pilas.

Nos sentimos de lo más relajados, ya que todo se redujo a comer, ver películas, charlar y ver tras los cristales cómo nevaba. Sobre todo por la noche en la que la luz exterior de la casa nos dejaba ver por la ventana esos copos que caían sin cesar, era una auténtica belleza.

Los siguientes días transcurrieron de igual manera; desayunar plácidamente, salir un poco a disfrutar de la belleza del entorno, trabajar, comer, ver pelis y charlas. Eso sí, por las noches en nuestros momentos de intimidad aprovechábamos para desfogar todos los deseos que se acumulaban a lo largo del día.

Los chicos no paraban de gemir a cada momento y era de felicidad, con cada comida, con cada momento de tumbarse en el sofá a disfrutar de la chimenea a relajarse; un relax ese que realmente teníamos desde que nos levantábamos.

Los días pasaron volando y ya amaneció ese tan especial último día del año.

La música es lo primero que escuché desde la cama y no una acorde al día, no, una bien bachatera.

—Yo los mato —reí tirándome en el pecho de Sebas.

—No mujer, los necesitamos vivos y por mucho tiempo.

—También tienes razón, pero me han despertado.

—Venían avisando que este día la iban a liar desde bien temprano.

—Ya, pero podrían haber esperado a que me hubiera levantado al menos.

—¿Te hubieras o nos hubiéramos?

—Me hubiera, me hubiera.

Me lo busqué, comenzó a hacerme cosquillas de tal forma que hasta los chicos entraron al cuarto al escuchar las carcajadas.

—Anda que habéis llamado —les dije sin poder parar de reír.

—A ver, sabíamos que otra cosa no estabais haciendo, vamos seriáis las únicas personas que lo harían a carcajadas —soltó Jorge haciendo el bailecito de la canción que estaba sonando en ese momento.

—Ya, ya —salí despavorida de la cama y me fui corriendo a la cocina.

Tenía un hambre brutal y en ese momento sentí el coche que venía a dejar el pan. Salí para

desearle a su conductor un muy buen Fin de Año, vamos como si lo conociera de toda la vida, pero es que estaba en medio de la sierra, una semana sin ver a nadie y era el día más fuerte del año; qué mínimo que salir a saludar al único ser viviente que vería ese día aparte de los tres cabritos que tenía dentro.

Desayunamos con un alboroto increíble, no eran ni las diez de la mañana, Jorge y Pedro no dejaban desde el asiento de bailar todo lo que iba sonando de música, Sebas se reía mirándolos y yo me tiraba sobre la mesa a modo agotada mientras todos me ignoraban; no pensaban parar y es que habían esperado ese día con mucha ansia.

Comenzamos a preparar las viandas de la cena, querían hacer de todo y a mí me estaban volviendo majara. Al mediodía íbamos a comer una empanada gallega que había hecho Sebas el día anterior, así que eso y poco más ya que lo fuerte sería por la noche.

Toda la mañana metidos en la cocina y es más, la empanada nos la comimos de pie.

No podía entender cómo seguían haciendo comidas si tenían un pavo relleno en el horno, en un rato nos iban a traer el marisco fresco de una empresa que repartía por la zona y a la que le encargamos todo dos días atrás y aun así no paraban. Vamos que nos íbamos a comer la cena esa noche, al día siguiente por la mañana, al mediodía y por la noche de nuevo, aquello nos lo íbamos a comer a lo largo de los dos días que nos quedaban para marcharnos.

Llegó un momento que me preparé un vaso de leche y me fui al sofá. Lo abrí como cama y tras tomármelo me acosté ahí felizmente a descansar de la locura en la que estaban metidos con tanta comida, ni que se fuera a acabar el mundo.

Les había quitado la música, pero nada, ahí seguían cantando por Alaska la de *“a quién le importa lo que yo haga”* ¡Qué cruz me había caído!

Un rato después los escuché venir hacia mí y Sebas se recostó a mi lado, yo me hice la dormida, estaba claro que si se daban cuenta de que seguía despierta me las iban a dar todas juntas.

Al final los cuatro nos quedamos dormidos hasta las siete de la tarde que nos levantamos, nos duchamos y nos pusimos todos los pantalones de pijama rojos y la camiseta blanca de mangas cortas; ese iba a ser nuestro uniforme para la cena más fuerte del año.

Preparamos la mesa con mucho cariño, quedó espectacular con todos los entrantes y el marisco. Más tarde sacaríamos el pavo, bueno no, os adelanto que no lo sacamos ya que nos dimos tal atracón de marisco y de canapés que no fuimos capaces de sacar lo siguiente y no solo el pavo; había quedado mucho más, pero bueno que lo dijimos con unanimidad, lo comeríamos al día siguiente...

Yo desde que empecé la cena estaba con una copa de vino, la tenía por más de la mitad, los chicos ya se habían bebido cinco o seis, por ahí; yo sabía que esa noche se me desmadraban, bueno, ya lo estaban.

Las uvas, ya sabéis, esas que se comen a las doce de la noche y luego todos se besan deseándose un Feliz Año Nuevo, pues esas, que cuando nos dimos cuenta eran las doce y diez y se nos había pasado.

Yo los mataba, les dije de todo, pero salimos con ellas cada uno en un cuenco e hicimos un simulacro, total, comer había que comerlas como mandaba la tradición.

De aquello no nos íbamos a olvidar en la vida...

Luego abrimos una botella de champán y brindamos por el nuevo año, eso sobre las doce y cuarto; a ese paso un poco más y hacíamos el brindis el día de Reyes.

Nos dieron las tres de la mañana a carcajadas, los chicos estaban de lo más graciosos, sobre

todo Sebas que decía que la próxima celebración sería nuestra boda.

Ni caso, estaba borracho, ni más ni menos, por eso soltó eso y encima consiguió con ellos que los chicos ya hasta nos organizaran cómo serían la ceremonia y el convite, así como nuestros vestidos.

Yo me moría de la risa, como ya dije era en broma, pero nos tuvo distraídos hasta altas horas de la noche.

Esa noche lo hicimos, pero como en las películas de comedia romántica, creo que tardó como media hora en encontrar la diana y yo lo hacía peor, yo no dejaba de llorar de la risa y su cara... Su cara era para grabarla en video y verlo cada día.

Nos levantamos al día siguiente sobre las once de la mañana, bueno corrijo, me levanté a esa hora. Sebas estaba en otra dimensión y no parecía que se fuera a despertar por el momento. Luego me acerqué al cuarto de los chicos y miré por el hueco que estaba abierto, ni que decir tiene que a cada cual peor, así que me preparé mi vaso de leche mientras me tomaba el de agua como cada mañana y me salí con una mantita por encima.

Era el primer día del año, acababa uno en el que me había cambiado la vida y comenzaba otro lleno de ilusiones, sueños y una felicidad de esas que no podía describir.

Me acordé de mis padres mientras miraba el paisaje y sostenía el vaso de leche entre las manos, ellos debían de sentirse muy felices desde donde estuvieran al comprobar como por fin me iba todo.

Les hubiera encantado conocer a Sebas, ese hombre que entró con fuerzas a mi vida y lo hizo para quedarse, de eso no había dudas.

Me pasé un buen rato allí afuera haciendo un repaso por mi vida y sabiendo que todo lo anterior quedó en el pasado y ahora tenía un presente que sería el que me llevaría al futuro que quería y eso era lo importante.

Un hombre que me amaba con esos kilos de más que por cierto ahí seguían, pero yo me quería y me gustaba. Había aprendido a quererme tal como era, eso sí, quizás algún día me los quitara de encima, pero con Sebas y los chicos era imposible, siempre andaban preparando comidas que no me dejaban hacer dos días seguidos de dieta.

Se levantaron justo antes de la comida, yo tenía el pavo calentado, cortado a rodajas y toda la comida bien puesta sobre la mesa.

Decían que se morían, normal, entendían que la resaca que tenían no debía de ser de plato de muy buen gusto. Bebieron todo lo habido y por haber y mira que se los avisé.

Comieron en silencio, estaban blancos tirando para transparentes y a Sebas jamás lo había visto así, ni gesticulaba.

Tras la comida nos acostamos en los sofás para ver una peli, no les dio tiempo a ver ni el título cuando ya estaban durmiendo, pero bueno, yo sí la vi y luego me quedé un rato dormida.

Cuando me desperté ya Sebas se había duchado y tenía mejor cara. Los chicos siguieron durmiendo hasta justo antes de cenar, también habían mejorado, pero sufrieron las consecuencias de beber más de la cuenta.

Durante la cena ya hablaban más pero no eran ellos, yo les puse la cabeza como un bombo. Les tenía que devolver las que me dieron el día anterior, pero eso sí, les conseguí arrancar alguna que otra carcajada.

Tras la cena volvimos al sofá y se quedaron dormidos de nuevo todos, yo me puse a leer un libro que había adquirido y que iba sobre una historia de amor en Navidad. Me enganché tanto que lo estuve leyendo hasta las dos de la mañana, pero lo terminé, me había encantado y encontraba

muchas similitudes con mi historia de amor.

Al día siguiente después de desayunar nos pusimos a recoger las cosas, ya se nos acabó lo bueno y aunque faltaban unos días para trabajar presencialmente, ya era hora de ir a preparar las cosas para el día de Reyes, cuya llegada sería inminente.

Todo el trayecto lo pasé haciendo un recorrido por el momento en el que pisé la revista y mi mirada se cruzó con Sebas, además de esos muchos momentos en los que venía a buscarme para la cita o para contarme algún chisme de Paola y Maca, solo de recordar se me escapaba la sonrisa.

Y ahora juntos, más unidos que nunca, con una complicidad impresionante y es que nos compenetrábamos muy bien. Nos era muy difícil enfadarnos en serio, lo nuestro era hacerlo en plan bromas y es porque veníamos de unas relaciones que nos habían partido en dos y ahora lo único que queríamos era ser felices. Las disputas se pueden evitar y todo se puede hablar, eso era algo que teníamos muy claro.

Luego su familia, esa que me había acogido como una más, que todo nos lo ponía muy fácil y que demostraban que estaban ahí para todo y siempre, tenía unos padres y una hermana que eran ejemplares.

A todo esto, había que sumar a los dos cafres que iban detrás mirando las redes, Pedro y Jorge; esos dos ángeles que me habían caído del cielo, esas dos personas que habían vuelto a mi vida con mucha más fuerza y para demostrarme que sería para siempre.

Este nuevo año era la muestra de lo bonito que estaba por venir y sobre todo, lo que yo sentía como el regalo a una nueva vida en la que estaba arropada por grandes personas y que estaba segura que mis padres desde ahí arriba habían puesto en mi camino.

Capítulo 14

Abrí los ojos ese día de febrero y no estaba Sebas a mi lado, ni siquiera lo escuchaba por la cabaña, era sábado y nos habíamos venido a pasar el fin de semana en plan romántico, ya que precisamente era el día de los enamorados.

Yo intuía que algo me prepararía ese día, porque su foto era la que venía en la Wikipedia cuando se hablaba de romanticismo, pero no tenía ni la más remota idea de qué podía tratarse.

En cualquier caso, solo era coser y cantar o, mejor dicho, esperar y esperar y seguro que algo me caía del cielo, o mejor dicho, de mi Sebas, el hombre que hacía de cada uno de mis días una fiesta.

Me estiré, salí hacia la cocina y fue al abrir la puerta encajada del dormitorio cuando me encontré con un pasillo de pétalos de rosas en color blanco y rojo, al fondo un cartel lleno de corazones y con una rodilla en el suelo Sebas, con una sonrisa y sosteniendo un anillo.

—¿Quieres casarte conmigo? —soltó sin anestesia y yo me quedé frente a él con las manos en la boca y llorando de la emoción.

—¿No te estás quedando conmigo?

—Jamás lo haría...

—¿Estás seguro de que te quieres casar?

—Completamente seguro, no quiero perder un minuto de mi vida sin que esté a tu lado, quiero ser el hombre que te acompañe hasta el final de tus días.

—Espera, que lo mismo te mueres tú antes —me reí.

—Pues me tendrás que acompañar tú.

—Venga, levanta —dije cruzándome de brazos y negando —Claro que me quiero casar contigo. ¿Acaso lo dudabas?

Nos fundimos en un precioso beso después de ponerme esa sortija en el dedo. Se nos saltaron las lágrimas de la emoción y permanecemos abrazados un buen rato.

Desayunamos sentados en dirección al mirador del salón, observando aquel paisaje blanco e idílico para un día así.

La fecha de la boda la teníamos clara; sería en junio, así pillaríamos los quince días que nos pertenecía por la boda y en agosto el mes de las vacaciones, lo teníamos todo bien cuadrado.

Carlos, nuestro jefe, estaba feliz con mi trabajo e inclusive me habían hecho fija en enero, así que todo marchaba bien en nuestras vidas. Y además mi trabajo estaba mejor valorado por días y me habían ofrecido un sustancial aumento de sueldo, que también hay que decirlo.

Maca la había liado y bien parda, resulta que el embarazo fue una auténtica patraña por su parte y allí ni había niño ni había nada. Total, que como yo le vaticiné en su día, esa lo único que iba a dar a luz era una aceituna y si eso.

Así fue cómo nos convertimos en los favoritos del jefe y no por chuparle el culo ni mucho menos, sino por demostrarle la impecabilidad de nuestro trabajo.

Vivíamos repartidos entre su casa y la mía, pero él ya había decidido que iba a alquilar la suya y quedarnos en mi piso. Nos pareció la mejor opción porque gustaba la zona, estaban los chicos y

quedaba más cerca del trabajo. Además, ese piso me traía muy buenos recuerdos de mis padres y lo compraron con mucha ilusión a pesar de que lo disfrutaron bien poco.

Permanecimos casi toda la mañana en ese mirador charlando y planeando la boda, era un momento de lo más bonito e intenso, de esos que te endulzan la vida y es que Sebas había entrado muy fuerte en mi vida y me había demostrado que lo quería todo conmigo.

La hora del almuerzo fue toda una sorpresa ya que a la una vino un furgón de reparto y nos trajo un cordero hecho en un horno, una pasada, además de una tarta en forma de corazón con dos novios, como de boda. Por poco me da un infarto ese día con tantas emociones que estaba viviendo.

Sebas estaba radiante de felicidad, a lo largo de esa comida me tomé dos copas de vino, increíble, pero es que me las bebí como agua, o estaba delicioso o era los nervios por esa situación tan bonita que estábamos comenzando a abordar.

Tras la comida nos echamos en el sofá un rato y sobre las seis escuchamos un coche aparcar delante y salimos.

—¡¡¡Sorpresa!!! —gritaron Jorge y Pedro.

—¡¡¡Madre mía!!! ¿Qué hacéis aquí? —pregunté emocionada saliendo a saludarlos.

—Ya os dejamos la mañana de enamoraditos y pedida, ahora nos toca disfrutar a todos juntos de este día y de vuestra promesa de amor.

Me di cuenta de que lo sabían todo y es que Sebas se lo había contado, además que con él planearon el aparecer por la cabaña, que por cierto me hacía mucha ilusión.

Nos comimos la tarta con unos cafés, hasta yo me tomé uno. Poco a poco me iba engancho a la cafeína por culpa de todos y es que ya me parecía raro un día sin ese estímulo.

Los chicos comenzaron a dar ideas para la boda, pues estaban tan felices como nosotros, habíamos formado un grupo de lo más divertido y es que ya no podíamos estar los unos sin los otros.

Esa noche preparamos una cena romántica para los cuatro. Pedro decoró todo aquello precioso y nos tiramos un montón de fotos de lo más bonitas, acorde con ese día que no se me olvidaría en la vida; el día de los enamorados más bonito que jamás había tenido. No era por comparar, pero yo viví con Pablo una relación que pensé que era especial, pero nada que ver con lo que estaba viviendo con Sebas y con lo que me enseñó de cómo vivir una verdadera historia de amor.

La cena duró varias horas, es más nos sentamos en los sofás a las diez para comer y no movimos el culo hasta las dos de la madrugada.

Charlas, copas de vino a los que ya me estaba aficionando y risas, muchas risas con las ocurrencias de los chicos para la boda y es que la gracia estaba en que, incluso siendo generosos e invitando a todo Dios, no habrían más de veinte invitados.

Por mi parte solo mi tía. Por la de Sebas sus padres y hermana, unas primas y tíos y del trabajo unas cuatro personas, incluido el jefe, poco más. Y por supuesto nuestros chicos, así que podíamos escoger unos cubiertos bien caros pues no íbamos a gastar mucho, ya que había pocos invitados.

Esa noche nos acostamos rebosantes de alegría, hicimos el amor desde la emoción de los sentimientos tan bonitos que estábamos viviendo y es que todo se había convertido en un camino de rosas, de esos que antes tienes que pasar por las espinas hasta dar con la flor. Y mi flor ahora era Sebas, bueno, ahora y desde que llegó a mi vida.

Fue impresionante todo eso recorrido hasta llegar al día de la boda; preparativos, su familia muy volcada, los chicos ayudando con todo... una eterna felicidad materializada en los nervios

que afloraban más cada día.

Mi tía estaba feliz, me había querido regalar el vestido de novia y aunque ella lo quería más tapadito y a lo antiguo, respetó el modelito que yo había escogido para ese día. Es más, se emocionó en una de las pruebas a la que vino conmigo ya que las demás las hice con Jorge y Pedro, que me habían ayudado en la difícil elección y es que había unos cuantos vestidos que me gustaban mucho.

Los chicos nos regalaron las alianzas a nuestro gusto, de oro blanco con unos labrados preciosos. Sus padres nos regalaron el convite y la luna de miel, además que no había ser humano que les dijera que no, pero es que estaban igual o más ilusionados que nosotros.

Su hermana estaba loca de contenta, me quería un montón y yo a ella. Nos había regalado las maletas para el viaje de novios, un conjunto para cada uno de lo más cuqui, las de él en blanca y las mías en rosa claro.

Teníamos todo preparado, el lugar, las flores que se lucirían, todo aquello que necesitábamos para ese día que ya iba a llegar, se podía oler y con él un montón de sensaciones bonitas que iluminaban mi día.

Debo reconocer que había momentos que lloré a solas, echaba mucho de menos a mis padres en esos días y me hubiera encantado que él me llevara al altar y que ambos me hubiera ayudado con todos los preparativos, pero la vida era así de caprichosa; se los llevó cuando más falta me hacían.

Pero bueno, tocaba ser positiva y disfrutar del momento al que me iba a enfrentar y es que si algo tenía claro es que todo formaba para parte de una nueva vida para Jimena, o sea, para mí.

Capítulo 15

Los nervios se apoderaron de mí aquella mañana en la que desperté junto a los chicos, se habían quedado a dormir conmigo y Sebas con sus padres.

Mi tía se incorporaría en la ceremonia, estaba triste pues no nos íbamos a casar por la iglesia, pero lo respetó. Decía que ella iba a pedir a Dios que nos diera su bendición, cosas de la fe.

Mi vestido era entallado y palabra de honor, con un broche antiguo a un lado y la caída a modo de princesa.

Llevaba unos pendientes que me regaló la madre de Sebas, de oro blanco, a juego con una gargantilla que me regaló mi tía junto al vestido de novia y Sebas me compró la pulsera.

La peluquera y la maquilladora llegaron puntuales y no tardaron en ponerse manos a la obra; pelo suelto con blondas y un lado del flequillo hacia atrás con una peineta de plata vieja a juego con el broche del vestido.

Estaba preciosa, radiante y con los nervios a flor de piel por ese día que se iba a convertir en uno de lo más felices de mi vida y es que no podía ser de otra manera; había encontrado a mi alma gemela y esa era la que estaba pintando de color toda mi vida.

Bajamos al coche que nos esperaba y me monté atrás junto a Jorge, delante de copiloto iba Pedro, los pitidos no tardaron en llegar.

Llegamos al castillo donde se iba a celebrar el enlace y en sus jardines el convite.

El padre de Sebas me llevó hasta su hijo, su madre estaba junto a él esperándonos y los testigos fueron los chicos.

Sebas se emocionó al verme y comenzó a llorar, nos fundimos en un precioso abrazo.

La ceremonia fue divertida, el momento anillos fue de lo mejor cuando me puso el de él y yo con la mirada le decía que no, pero no me entendía ni viendo lo grande que me quedaba ¡Nos echamos a reír todos!

La música comenzó a sonar tras el beso con esa preciosa canción de Luis Miguel “Por debajo de la mesa”.

Nos dieron unas copas de champagne y brindamos, luego las tiramos hacia atrás.

La noche anterior nos había puesto un mensaje Carlos de si podía llevar acompañante. La sorpresa fue mayúsculas al llegar con su exmujer, lo supe cuando me la presentó, pero Sebas ya la conocía y entonces entendí la cara de asombro de mi ya marido.

Se habían dado una oportunidad, nos lo dijo así de claro y que él iba a luchar cada día por hacerla feliz, cosa que me gustó escuchar y pensar que esta segunda parte la vivirían con más amor y fuerza.

Mi tía emocionada me entregó una cajita y la abrí. Me eché a llorar en esos momentos.

Una foto de mis padres dentro de un reloj de plata de colgante, que lo abrías y ahí estaban ellos, me emocioné mucho.

—Ellos desde ahí arriba están felices con este enlace...

—Gracias, tita —me comencé a secar las lágrimas después de darle un fuerte abrazo.

Pocas personas, pero todo precioso, no faltaba detalle y tras la comida comenzaron las copas.

Eso sí, yo ese día estaba que me salía del pellejo, solo quería beber, bailar, reír y brindar por haber conseguido casarme con el hombre de mi vida.

Había tres mesas redondas formando un semicírculo hacia la mesa rectangular en la que estábamos sentados los dos frente a todos. Lo habíamos decidido así y quedó divertido ya que nuestros invitados estaban por la parte de fuera mirándonos y ahí pudimos charlar, brindar, reír, llorar y emocionarnos.

Por la noche solo se quedaron con nosotros los chicos, la hermana y tres primas de Sebas, Carlos y su mujer, además de tres compañeros de la revista.

Me escapé como si fuera al baño y me metí en un reservado del castillo donde me quité el vestido y lo cambié por otro que reservaba para la noche y que nadie, absolutamente nadie, lo sabía y ese me lo había regalado yo.

Era precioso, me miré al espejo y me gustó tanto como el de por la mañana, era perfecto, de un solo tirante tipo griego, con una caída desde el pecho hasta medio muslo, en color blanco puro; era una cucada.

Me dejé la peineta a un lado y me estiré el otro trozo hasta el otro, me lo recogí con una coleta donde quedaban las blondas preciosas.

Salí hacia y todos entonaron un *ohhh* que hasta los camareros miraron sonriendo, vamos parecía que lo tenían estudiado al milímetro.

Los chicos me obligaron a hacer un Tik Tok con él, hasta me tuve que aprender el bailecito de los bracitos, todo por hacerles felices, aunque debo reconocer que quedó de lo más gracioso.

Estuvimos hasta altas horas de la madrugada, se fueron en taxi sobre las cuatro de la mañana y nosotros nos quedamos en la suite de ese castillo que era una maravilla y donde hicimos por primera vez de casados eso que tanto nos gustaba; perdernos en nuestros cuerpos.

Epílogo

—Te vas a comer las lentejas a la de ya —dije en tono enfadada a Elle, nuestra hija que ya tenía seis años.

—No me gusta.

—Si que te gustan y me las pediste hace dos días.

—Pues ya no me gustan —se cruzó las manos en el pecho y puso esa cara de enfado.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó mi marido entrando por las puertas con Julio, nuestro bebé de seis meses al que le había acabado de cambiar los pañales.

—Elle está enfadada y mamá también —contestó Zulema que ya tenía tres, como su hermana Claudia que la miraba fijamente, eran gemelas.

Sí, siete años desde que nos casamos y ya teníamos familia numerosa, al final nos tuvimos que comprar una casa con jardín y cinco dormitorios para poder tener espacio. Nuestra cuarta criatura iba a ser la última ya que Sebas se operó para no jugárnosla más y es que todos llegaron sin buscarlos, bueno y porque no poníamos medio, aún manteníamos esa tensión sexual desde que nos conocimos.

Nos organizábamos muy bien, ya que la revista me había autorizado a trabajar indefinidamente desde mi casa con lo que me estructuraba muy bien el día. Además, Sebas llevaba a los niños al colegio y a la guardería por la mañana y le cuadraba a la hora de salir el recogerlos ya que él por las tardes echaba un par de horas en casa con sus artículos.

A ver, mis niños eran buenos, pero eran niños y estaban dispuestos a sacarme de quicio cada día. Mi tía decía que eran una bendición de Dios y yo le contestaba que no les echó bastante agua bendita, menos mal que se reía.

Las gemelas eran tremendas, además se unían en torno a una idea e iban a por ella a muerte. Encima convencidas de tener la razón, cosa que quemaba mucho a Elle, menos mal que el bebé aún no se enteraba de nada que si no aguantar a cuatro me daba para pensar si tirarme del tejado.

Bueno no, del tejado no, que era una casa baja y lo más que me iba a hacer sería romperme los huesos, así que descartado.

Fuera de bromas, amaba a cada uno de esos bichos que me agotaban constantemente, eran mi vida, mi familia, mi todo, de no tener nada a estar así de rodeada ¡No podía ser infeliz!

Mi cuñada se había casado con Luis, un compañero de universidad con el que pasó unos años de coqueteo; eran muy felices, pero por ahora no querían niños, así que nos ayudaron muchos con los nuestros. Más de una vez se los llevaron a todos de fin de semana para que nosotros tuviéramos relax y vaya si lo teníamos.

Por supuesto que otros fines de semana se los llevaban Jorge y Pedro que si por ellos fuera se los habrán quedado de por vida. De hecho, se los querían llevar todos los fines de semana, pero vamos que no era el caso; también teníamos que disfrutarlos su padre y yo.

Ahora precisamente no encontrábamos en la casa de la sierra, la habíamos ampliado ya que sus padres nunca iban, pero a nosotros nos encantaba hacerlo.

Habían pasado dos días desde Navidad, ya habíamos cenado el veinticuatro con su familia y

almorzado al día siguiente con mi tía. Aquello era un ritual, luego nosotros nos escapábamos a la sierra hasta el día siguiente de Reyes, así que el Fin de Año y ese día tan especial para los niños los pasábamos en nuestro rincón favorito.

Eso sí, Jorge y Pedro pasaban siempre el Fin de Año aquí, venían el veintinueve y se iban el dos; era fijo, no fallaba y eso nos encantaba.

La vida nos sonreía, teníamos trabajo, nuestra familia y un amor permanente que duraba a pesar del paso del tiempo y es que desde que conocí a Sebas sabía que era una nueva vida para mí.

Nos encantaba adornar la cabaña con los niños, hacer muñecos de nieve fuera, galletas con caras de personajes de Disney, jugar al escondite... pero allí en nuestro mundo apartado del resto, disfrutando de nosotros, sin estar pendientes de un móvil ni de nada, no dejando que se perdiera la esencia de la familia.

Y ahora a esperar a que llegaran los chicos, esos que en breve aparecerían para despedir un año y recibir al otro...